

REFUGIO SAN BARTOLOMÉ

PARA INADAPTADOS SOBRENATURALES



REFUGIO SAN BARTOLOMÉ

Para inadaptados sobrenaturales

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

REFUGIO SAN BARTOLOMÉ

Para inadaptados sobrenaturales

© edición 2026

© Kelly Dreams

Portada: <https://stock.adobe.com>

Diseño y Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

***A Maren y Willa.
Gracias por enseñarme que
incluso el bicho más raro
puede tener un hogar.***

ARGUMENTO

A **Willa Hawthorne** solo le quedan noventa días de vida. La maldición que persigue a las mujeres de su familia desde hace quinientos años ha comenzado a reclamarla y solo hay un ser capaz de romperla: **Maren**, el demonio al que su aquelarre ha culpado durante generaciones.

Decidida a salvar su vida, Willa lo invoca, mas quien se presenta ante ella dista mucho de ser lo que esperaba. El temible *Maestro Demonio*, responsable de su fatalidad, dirige un refugio para criaturas sobrenaturales inadaptadas, un lugar en el que nadie es lo que parece y en el que deberá permanecer los próximos treinta días si quiere deshacerse de ese legado maldito y recuperar su libertad.

Mientras intenta adaptarse al caos cotidiano de San Bartolomé y a sus particulares inquilinos, Willa descubrirá que no todo lo que sabe sobre su nuevo jefe es cierto y que la verdad que se oculta entre aquellas paredes podría cambiar su vida para siempre.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1: LA PEOR INVOCACIÓN DEL SIGLO](#)

CAPÍTULO 2: BIENVENIDA AL REFUGIO

CAPÍTULO 3: EL DEMONIO QUE FUE DESPEDIDO DEL INFIERNO

[CAPÍTULO 4: DONDE TAMBIÉN CAEN LOS ÁNGELES](#)

[CAPÍTULO 5: ENTRE FLORES Y VERDADES](#)

[CAPÍTULO 6: LA VERDAD BAJO LA MANSIÓN](#)

CAPÍTULO 7: LA FANTASMA QUE NECESITABA UN EXORCISTA... PARA OTROS.

[CAPÍTULO 8: CUANDO SE TERMINAN LOS TRATOS](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1: LA PEOR INVOCACIÓN DEL SIGLO

La invocación había salido mal, pero que muy mal.

Miró el libro, luego el pentagrama que había dibujado y... Sí. Bien. No era precisamente la mejor obra de ingeniería. De hecho, tenía pinta de un dibujo hecho por un niño del jardín de infancia, aunque en esencia era igualito al del libro!

Si tan solo hubiese aparecido lo que esa estúpida página prometía que aparecía. Esa cosa que la miraba con ojillos saltones y cara de malas pulgas era cualquier cosa excepto un maestro demonio; era un *capuchino*.

Y no. No era un tipo de *café*. Eso al menos le habría tenido su gracia, en cierto modo. Incluso habría podido bebérselo o, aún mejor, tirárselo por encima. No, lo que había en medio de su cuestionable intento de hechicería era un jodido *mono*. Un primate. Una de esas diminutas bestezuelas que parecían adorables y que, sin embargo, tenían muy mala leche.

Ladeó la cabeza, observó al animalito con detenimiento y acabó preguntando la cosa más absurda.

—Eres un poco pequeñajo para ser un demonio, ¿no te parece?

—Ella no es un demonio, pero yo sí.

Una voz le acarició el oído desde atrás. Willa dio tal bote que acabó levantando ambos pies del suelo. Se giró y sus ojos se posaron en la encarnación de un gótico deprimido, de corto pelo negro, que la miraba con unos particulares ojos rojos. Era como si la observasen dos pedazos de rubíes tallados en esos iris.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —Su voz era igual de impresionante que su apariencia, aunque mucho más vivaz y, sobre todo, profunda. No la proyectaba, pero tampoco creía que le hiciese

falta, no cuando era capaz de ponerle la carne de gallina con tan solo escucharle—. *Um...* Humana, sin duda. —Dio un paso adelante cuando ella retrocedió y casi podría afirmar que olfateó el aire—. Ah, sangre de bruja, además. Aunque no demasiado experimentada, a juzgar por... Eso.

Estaba apuntando con el índice hacia el círculo de invocación y, a pesar de que llevaba las uñas negras y algo largas, su manicura era impecable.

—La geometría no es lo tuyo, ¿eh? —Sus labios se estiraron ligeramente, mostrando una particular sonrisa, aunque no llegaron a despegarse por completo—. Y pareces tener el mismo pulso que alguien que va hasta arriba de cafeína. Es probable que Lucrecia dibuje incluso mejor que tú.

La aludida emitió un chillido, haciéndola saltar una vez más. El nombre, así como el género del primate, quedaron esclarecidos en un solo instante.

—Tranquila, está atrapada en el círculo de invocación. —Su aliento volvió a acariciarle el oído, sobresaltándola. ¡Ni siquiera lo había visto moverse! Se apartó, mirándole de nuevo, manteniendo los labios apretados para no darle una sola réplica. Oh, no era una novata, no se dejaría embaucar—. Ya sabes cómo funciona esto. Ella es mi ancla. Yo, en realidad, ni siquiera estoy aquí.

Esos enigmáticos ojos volvieron a encontrarse con los suyos. Su intensidad era abrumadora, de una forma que no le gustaba ni un pelo. Poseía un atractivo demasiado perfecto, todo en él exudaba sensualidad y peligro, hacía que quisieras estirar la mano y tocarle, comprobar si todos esos músculos que se apreciaban bajo la ajustada ropa negra eran de verdad... El truco perfecto para embaucar a los humanos y quedarse con sus almas.

—Te ordeno que te muestres ante mí con tu verdadera esencia —declaró, señalándolo con el dedo.

El tipo enarcó una ceja y su sonrisa, esta vez sí, se desplegó en toda su amplitud.

—Ah, conoces las viejas normas —mencionó. Había una particular satisfacción en su voz, en vez del esperado fastidio—. Bien, bien. Eso está muy bien. —Dio un paso más hacia ella, aunque

no la tocó, no podía, esas eran las normas—. Sin embargo, deberías leerte de nuevo el manual. Lo primero que se le pregunta a un demonio es su nombre. Después, si tienes suerte, podrás exigirle que muestre su verdadera esencia. Es cuestión de protocolo, ya sabes.

Abrió la boca para replicar que estaba equivocado, pero contuvo la lengua a tiempo.

—Te ordeno que te muestres ante mí con tu verdadera esencia, demonio —insistió, echando un vistazo tras ella, para asegurarse de que no pisaba el círculo por descuido. Si lo hacía, todo se iría a la mierda—. ¡Ahora!

Él chasqueó la lengua, se enderezó y se cruzó de brazos.

—Tú primero, bruja —le soltó él, volviendo a recorrerla con la mirada de la cabeza a los pies—. ¿Cómo debo llamar a mi desastrosa invocadora?

Apretó los labios aún más, mientras lo llamaba de todo para sus adentros.

—Dame tu nombre y yo te daré el mío —contestó ella tras unos segundos, buscando la forma correcta de conseguir la información que deseaba.

—Marenkinis. —El nombre salió de sus labios con tanta facilidad que le llevó unos instantes entender que acababa de responderle—. Aunque puedes llamarme Maren. Es más corto.

Parpadeó un par de veces, mirándole, esperando que se echase a reír o algo, pero él se limitó a mirarla.

—Ahora es cuando se supone que tú debes decirme el tuyo, brujita —le recordó con esa palpable satisfacción—. Ya sabes, normas de cortesía y todo eso...

—Wilhelmina —pronunció con cuidado, sabiendo que el poder de una bruja estaba en su nombre, en su significado y en cómo este era pronunciado—. Tú puedes llamarme...

—¿Willa? —la interrumpió él.

—*Ama* —puntualizó ella, ignorando esa sexy sonrisa—. Y ahora, muéstrate ante mí con tu verdadero rostro, Marenkinis.

Lo escuchó chasquear la lengua, se encogió de hombros y, acto seguido, dejó caer su aspecto humano y adoptó su verdadera

esencia, una que provocaría pesadillas al más poderoso de los brujos y que a ella, personalmente, la dejó sin palabras.

—No... Me... Jodas... —Consiguió articular, observando entre fascinada y aterrorizada la encarnación que había cobrado vida ante sus ojos. Fue algo fugaz, tan solo un instante, aunque suficiente para saber qué clase de demonio había convocado en realidad—. Hostia puta...

—Sí, esa sería una buena definición —admitió él, alisándose la ropa una vez recuperada su encarnación humana—. Bueno, ahora que ya nos hemos presentado, dime, pequeña Willa, ¿qué ha llevado a una bruja como tú a convocar un demonio como yo? No es que me queje, que conste, hacía tiempo que uno de los tuyos no me llamaba a este plano... Ya sabes. La última vez las cosas no fueron demasiado bien... para tu linaje.

¡Lo sabía! ¡Él sabía muy quién era ella!

Apretó los labios una vez más y enderezó la espalda, levantando la barbilla para mostrarse como una bruja poderosa, algo muy lejos de la realidad. No iba a intimidarla con esa referencia al pasado y lo que había supuesto para los suyos.

No sabía si lo que acababa de pasar era un golpe de suerte o el mayor desastre de toda su vida. Acababa de encontrar al demonio que llevaba tiempo buscando y del que otros se habían negado a hablarle. En los últimos años había realizado distintos hechizos, creado círculos de invocación, pero o no funcionaban o los demonios y elementales que acudían a su llamado acababan riéndose en su cara cuando les hacía una sola pregunta: *cómo romper su maldición*.

Esta era su última oportunidad, ya no le quedaba más tiempo y había estado más que dispuesta a retorcerle el cuello al demonio que apareciese si con ello conseguía una respuesta.

Y mira por dónde, esta se encontraba ahora delante de sus propias narices.

—Eres tú. —Ya no se lo estaba cuestionando, era una certeza que llevaba grabada en los huesos, literalmente, además—. Tú fuiste quien lanzó ese maleficio sobre la sangre de mi linaje.

—Diría que soy culpable, mas... —Canturreó, levantando la mano.

—¡Te exijo que la borres! ¡La elimines! ¡La erradiques! ¡Lo que sea!

—Cuánta intensidad... —Sonrió y ahora parecía incluso más complacido consigo mismo. Volvió a recorrerla con la mirada, como si estuviese valorando sus posibilidades—. *Um*. Entiendo. La muerte ya está viniendo a por ti.

Se tensó y tiró de las mangas de la camiseta, como si las manchas que habían empezado a ennegrecerle la piel pudiesen asomar más allá de sus muñecas.

Esa era su condena, una cuenta regresiva que terminaría con su propia muerte antes de cumplir los veintisiete. Y el demonio frente a ella era el culpable de ello, el único responsable de la maldición que recaía sobre las mujeres de su linaje. Ninguna llegaría jamás a cumplir los veintisiete años, pues esa inesperada e incurable enfermedad se las llevaría antes.

Y a Willa se le estaba acabando el tiempo. El ciclo había empezado pocos días después de cumplir los veintiséis, y ya solo le quedaban unos meses para su vigésimo séptimo cumpleaños, uno que no llegaría a celebrar a menos que consiguiese que ese maldito revirtiera lo que había hecho.

—Te he convocado. Eres mi esclavo y te exijo...

—*Wow*. Echa el freno, brujita. —Dejó escapar una divertida carcajada y señaló el mono que permanecía en el centro del círculo de invocación con cara de mala hostia—. Me has convocado, sí, aunque no he sido yo el que ha venido, sino Lucrecia. Como ya te dije antes, yo no estoy realmente aquí. Lamento decirte que no tienes el poder necesario para convocar a un demonio de mi rango. Pero te concedo algo, el que consiguieses arrastrar con esta dudosa creación artística a mi *familiar* tiene mucho mérito. Despertaste mi curiosidad. Ese es el motivo por el que te he concedido el honor de contar con mi presencia.

—Eso no es un honor, es una desgracia —rezongó, sin sacarle la mirada de encima. Este ser era el que llevaba buscando desde hacía casi un año y ahora que lo había localizado, no pensaba dejarlo irse de rositas—. Y sea como sea, has venido y estás aquí.

Ese círculo te mantiene prisionero de mi voluntad hasta que decida liberarte.

—¿Tú crees? —En un abrir y cerrar de ojos estuvo de nuevo delante de ella, invadiendo su espacio personal, tan cerca que podía notar su aroma, algo oscuro, picante, con una pizca de incienso—. ¿Piensas que tienes el poder suficiente para mantenerme atado a esta chapucera obra de arte? ¿Qué puedes ordenarme como si fuese tuyo? —Una de las manos masculinas acabó hundiéndose en su pelo, sus dedos le aferraron la nuca, echándole la cabeza hacia atrás y exponiendo su cuello—. ¿No te has planteado que puede ser al revés, pequeña Willa? ¿Que la que esté atrapada seas tú? —Se inclinó sobre ella, tan cerca que sus ojos parecían ahora dos pedacitos de rubí y el calor de su aliento le acariciaba los labios—. Una invocación mal ejecutada a menudo trae consecuencias, ¿no te enseñaron eso en tu aquelarre?

—Libérame ahora mismo de mi maldición —siseó, negándose a ceder ante él. No le tenía miedo. ¿Cómo iba a tenérselo cuando en pocos meses moriría? Ya no tenía nada que perder—. Te lo exige tu convocadora.

Chasqueó la lengua ante sus labios, sonrió y, para su completo estupor, acabó por besarla.

No sabía decir qué la sorprendió más, si el hecho de que él la besase o el calor que se extendió por todo su cuerpo cuando lo hizo. Fue un beso breve, aunque carnal, lo suficiente como para notar todavía el tacto de su lengua incluso después de que se hubiese retirado.

—Qué interesante —murmuró clavando esos ojos rojos sobre ella. Su expresión había cambiado. La satisfacción y ese aura de autocomplacencia habían dado paso a una oscura meditación, como si hubiese encontrado algo que no esperaba—. No eres tan inútil como pensé. De hecho, podrías incluso resultarme útil...

—Por encima de mi cadáver.

—Bueno, no falta mucho para eso, ¿verdad? —Esa sonrisita apareció de nuevo curvándole los labios y avivando su mirada—. Se te está agotando la vida. El maleficio ya está en proceso y es cuestión de... ¿Cuánto? —Entrecerró los ojos sobre ella e inspiró

profundamente, como si la respirase a ella—. Oh... Tres meses. Estás justo en el borde, ¿eh?

—Maldito...

—Te sorprendería lo acertada que es esa palabra —ronroneó y, antes de que pudiese mandarlo al cuerno, volvió a inclinarse sobre ella—. Te propongo algo, brujita. Trabaja para mí esos tres meses y te liberaré de tu condena.

—No hago tratos con demonios.

—¿Estás segura, Wilhelmina?

La manera en que pronunció esas tres palabras fue una sentencia en sí misma.

CAPÍTULO 2: BIENVENIDA AL REFUGIO

La regla número uno del manual de Wilhelmina Hawthorne, *no hacer jamás tratos con demonios*, acababa de saltar por los aires.

Su mano, engullida por la más grande y callosa del tal Maren, sellaba un trato del que ya se estaba arrepintiendo. ¿Pero qué otra opción le quedaba? Si no hacía algo, aunque fuese estúpido, moriría en tres meses y no era algo que le apeteciese especialmente.

Su padre iba a montarle un buen pollo cuando se enterase de lo que acababa de hacer. Él había tenido suerte, aunque pertenecía al linaje maldito, había nacido varón, lo que significaba que la putada se lo saltaba y recaía en sus descendientes femeninos.

Ya era mala suerte que tuviese tres hijos varones y ella hubiese nacido mujer.

Puede que el hecho de que fuese hija de su primer matrimonio y los trillizos del segundo, tuviese algo que ver. Sí. Puta suerte la suya.

Su madrastra estaría más que encantada de verla desaparecer. Nunca se habían llevado bien. El que Willa se pareciese tanto a la difunta primera esposa de su marido la traía por la calle de la amargura. Era una mujer insegura y más zorra que bruja, aunque ambas acepciones le iban como anillo al dedo.

—¿Hay trato? —Las palabras del demonio la anclaron de nuevo a ese momento, a sus manos unidas y a la fuerza y el calor que emanaba de ese traicionero ser.

—¿Tres meses? —preguntó, queriendo cerciorarse de cada una de las partes de ese acuerdo, sin dejar nada al azar.

—Tres meses —confirmó él.

—¿Y al nonagésimo día eliminarás mi maldición?

—Correcto.

—La eliminarás de mi sangre y de la de todos los hombres y mujeres vivos del linaje de la primera bruja a la que maldijiste. —No pensaba dejar nada al azar.

—Si eres tan puntillosa con el resto de las cosas, serás una empleada perfecta para el refugio —aseguró con visible satisfacción.

—Responde —entrecerró los ojos sobre él.

—Sí, pequeña Willa, la eliminaré de tu sangre y de la de todos los descendientes, sin importar el sexo, de la madre de tu aquelarre —canturreó al tiempo que le ceñía un poco más la mano—. Reconozco que la condena es una putada mayúscula, pero la hija de puta se la ganó a pulso. Algunas brujas no saben aceptar un no y...

—No quiero escuchar los detalles —resopló y, antes de dar por válido el trato, añadió una última cosa más—. Lo que sí quiero es una garantía de que sobreviviré a esos tres meses. De nada me sirve hacer un trato con un demonio si voy a diñarla antes.

—Así que también eres melodramática... —Sonrió divertido—. Qué bonito.

—Responde, demonio.

—¿Planteando de nuevo exigencias, brujita? —chasqueó la lengua y señaló el círculo de invocación y al mono que todavía ocupaba el centro con una expresión cada vez más cabreada—. No eres precisamente la mejor en tu campo, cariño.

—A la mierda contigo. No voy a dejar que juegues conmigo como lo has hecho con otras brujas, yo no...

—Mientras cumplas con tu parte del trato, nada ni nadie pondrá fin a tu vida antes de que se cumpla el plazo impuesto por la maldición —la interrumpió, sus ojos carmesíes se clavaron en ella con una intensidad que la estremeció—. Trabaja para mí durante los próximos noventa días y te juro que levantaré el legado maldito que pesa sobre ti y tu sangre antes de la puesta de sol del último día de nuestro acuerdo.

Un juramento. Ese demonio no iba de farol. Ninguno de su tipo haría algo semejante si no estuviese plenamente dispuesto a cumplir con su parte.

—¿De qué clase de trabajo estaríamos hablando? —Necesitaba que cada parte de ese acuerdo estuviese claro, no pensaba dar un solo paso en falso—. No pienso envenenar ni matar a nadie por ti, ya te aviso...

—*Nah*. Para eso no necesito asistente. De ti requiero otro tipo de servicio. —La manera en la que la miró y se lamió los labios la hizo dar un respingo.

—¡Ni de coña! ¡No estoy dentro de ese tipo de trabajos! —Por muy bueno que estuviese el maldito demonio, no iba a convertirse en su juguete sexual.

Maren se echó a reír y le ciñó aún más la mano cuando ella intentó arrancarla de su férreo agarre.

—Trabajarás para mí durante tres meses como empleada del refugio —dijo por fin, captando entonces su atención.

—¿Un refugio? —No podía haber oído bien.

Él asintió.

—Ando escaso de personal —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Y algo me dice que tú eres bastante competente en cualquier cosa que no sea... dibujar círculos de invocación.

Willa entrecerró los ojos. Quería mandarlo a la mierda, pero él era la única forma que tenía de escapar del mal que la aquejaba.

—Noventa días en mi refugio. Si lo abandonas antes, nuestro trato se rompe y tú... pasarás a ser de mi propiedad.

—¿Disculpa? —jadeó ella, abriendo los ojos como platos—. Eso no es de lo que estamos hablando...

—Me estás pidiendo que levante una poderosa maldición, querida, que menos que obtener algo a cambio, ¿no? —Sonrió de una manera que le provocaron escalofríos—. Además, ¿qué son tres meses trabajando para mí a cambio de ponerle punto final y liberarte de la muerte? Tendrás una vida larga y plena y todo lo que debes hacer a cambio es trabajar para mí y permanecer dentro de la propiedad durante esos noventa días...

—Maldito demonio... —Siseó. No le sorprendía lo más mínimo que le saliese ahora con esas. Era un embaucador, ¿qué otra cosa sino?

—Decídete, Wilhelmina, se me está cansando la mano y tengo un montón de cosas que hacer —declaró, dándole un pequeño apretón—. ¿Aceptas o nos olvidamos del tema?

Apretó los dientes. Deseaba escupirle, hundir los dedos en ese perfecto y sedoso pelo negro y tirar de él hasta arrancárselo a mechones, pero sabía que nada de eso la iba a liberar de su problema, así que no le quedó otro remedio que claudicar.

—Trabajaré tres meses para ti. Ni un día más, ni un día menos —resumió ella—. Y el día noventa, en cuanto se ponga el sol, me liberarás de ella. Sin trucos.

—Trato hecho.

En cuanto esas palabras fueron pronunciadas, Willa notó cómo los huesos de su mano se hacían pedazos. El dolor fue de tal magnitud que la dejó sin respiración, con el grito atascado en la garganta. Fue algo fugaz, tan pronto como vino, el malestar se fue y, al retirar la mano, la vio completamente intacta. La única diferencia radicaba en la estrella de cinco puntas envuelta por un círculo que ahora marcaba la parte superior de su mano; acababa de sellar un pacto con un demonio.

—Bueno, ¿nos vamos?

Levantó la cabeza y se encontró con una expresión de pura satisfacción en el rostro masculino.

—Que vaya a trabajar para ti los próximos tres meses, no significa que vaya a gustarme hacerlo —siseó ella, dejando clara su postura desde el primer momento.

—Te sorprendería la cantidad de gente que me dice eso —respondió con un ligero encogimiento de hombros. Solo entonces se volvió hacia el círculo, chasqueó los dedos y Willa notó al instante la ruptura de su magia—. Lucrecia, vuelve a casa. Ya me ocupo yo de nuestra nueva empleada.

No sabría decir qué la impactó más, si la mirada fulminante que la mona le lanzó al demonio o que se volviese hacia ella y, con esa pequeña manita, estirase dos deditos y se señalase sus ojos antes de volverlos hacia los suyos en el clásico gesto de *«te estaré vigilando»*.

Un segundo después, la criatura desapareció en una voluta de humo.

—Ignórala. A veces se pone un poco intensa —chasqueó él, acercándose ahora por la espalda y envolviéndole la cintura con los brazos—. ¿Lista para conocer el que será tu hogar durante los próximos tres meses?

Se estremeció al notar el aliento en su oído. No tuvo tiempo siquiera de protestar o empujarle. El suelo pareció moverse bajo sus pies, la habitación a su alrededor pareció plegarse sobre sí misma y tuvo que cerrar los ojos para combatir el momentáneo mareo. Fue tan solo un instante, pero suficiente para que todo su mundo cambiase de golpe.

Una inesperada brisa le acarició el rostro, el intenso perfume de las rosas la envolvió y, al abrir los ojos, comprobó que ya no estaba en el salón de su casa.

De hecho, dudaba siquiera que siguiese en el mismo plano de existencia.

El camino adoquinado que se extendía ante ella desaparecía entre jardines cuidados con esmero. Más allá, una neblina suave rodeaba la propiedad como si la aislase del resto del mundo. Sobre su cabeza se extendía un cielo de un intenso color magenta, pero nada de eso fue lo que captó realmente su atención.

La construcción eduardiana de ladrillo rojo parecía alzarse ante ella como si hubiese sido arrancada de otra época y colocada allí.

Willa se tambaleó cuando las manos que la ceñían se retiraron. La sensación de mareo persistía, haciéndola sentir como si el suelo se moviese bajo sus pies. Se dobló por la cintura, apoyando las manos sobre las rodillas en un intento por aliviar el malestar que amenazaba con hacerla vomitar allí mismo.

No habría estado mal hacerlo en las lustrosas botas de ese demonio.

El aroma de las flores era, con toda probabilidad, lo más «normal» en aquella particular dimensión. Apostaría lo que fuese a que ya no estaban en ningún lugar del mundo humano, lo cual no era extraño teniendo en cuenta quién estaba al frente de semejante viaje.

Respiró hondo y se incorporó, mirando hacia delante para verlo a él allí de pie, de espaldas a ella, contemplando la propiedad como un terrateniente orgulloso de sus dominios. Como si supiese que la estaba mirando, ladeó la cabeza lo justo para mirarla de soslayo y dedicarle un sonriente:

—Bienvenida a San Bartolomé.

Lo miró unos instantes y luego a la casa.

—¿Me tomas el pelo? —Estaba intentando que no se le cayese la mandíbula al suelo, aunque era difícil permanecer impertérrita ante semejante visión.

—No creo que te tomases demasiado bien que lo hiciese, sobre todo cuando acabamos de conocernos —replicó él con una petulante sonrisa, entonces le hizo un gesto para que la siguiese. Así, sin más.

Dejó de prestarle atención durante un instante para volver a mirar la casa ante ella.

—Tiene que ser una broma... —Musitó para sí.

Cuando pensaba en demonios, esperaba algo más... lúgubre, con un toque demoníaco, algo similar a una fortaleza infernal en medio de ríos de lava o algo así, pero esto... ¡Esto parecía una puñetera escena sacada de la campiña inglesa!

—¿Sigues conmigo, señorita Willa?

El canturreo de Maren llegó hasta ella con una pizca de jocosidad que la irritó inmediatamente. No se había molestado en detenerse, seguía caminando con las manos en los bolsillos, como si, más que un maestro demonio, fuese un puñetero lord volviendo a casa después de una fiesta en la alta sociedad.

¡Qué infiernos!

Apretó los puños a ambos lados y apuró el paso, mas no por ello dejó de admirar los distintos macizos y plantas que parecían crecer sanas y frondosas a ambos lados del camino. Quienquiera que se ocupase de los jardines hacía una labor extraordinaria.

No tardó mucho en dar alcance a su nuevo patrón, quien apenas le dedicó un fugaz vistazo, quizá para asegurarse de que no había desertado todavía. Acompasó sus pasos a los de él, poniéndose a su altura, pues se negaba a caminar detrás. Con todo, no hacía más que perder el ritmo cada vez que algo le llamaba la atención: un columpio colgando de un árbol, una fuentecita de piedra con un cupido de la que borboteaba un agua... morada e incluso creyó ver una casita para pájaros en un pedestal al borde del área ajardinada antes de detenerse frente a la fachada.

Si de lejos le había parecido impresionante, de cerca la casa ganaba aún más presencia y lo hacía de una manera bastante particular.

¿Dónde estaban las gárgolas, la piedra negra, los promontorios de roca?

Nada de aquello tenía el menor sentido, empezando por la elegante placa, que destacaba sobre la columna de piedra, en la que podía leerse:

REFUGIO NOCTURNO SAN BARTOLOMÉ
Eres libre de atravesar nuestras puertas.
Zona de exclusión de exorcistas.

Leyó tres veces el cartel y acabó sacudiendo la cabeza en continua negación.

—No.

—¿No qué?

—Esto.

—¿Qué le pasa?

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Eres un demonio —señaló lo obvio.

—Sí. ¿Y?

Willa volvió a señalar la casa, abriendo los brazos.

—Que esto no grita: «*Aquí vive uno de los maestros demonios más grandes de todos los tiempos. Entrad bajo vuestra propia responsabilidad*». —Agitó los brazos, intentando abarcarlo todo—.

¡Esto no pega con alguien capaz de lanzar un maleficio que lleva matando a las brujas de mi linaje desde hace más de quinientos años!

—¿Qué esperabas? ¿Que llevase una camiseta con el eslogan «*Soy Mareskini, un Maestro Demonio de la Hostia. ¡Temedme o morid!*»? —La miró de la cabeza a los pies y chasqueó la lengua—. Qué poco respeto por la clase trabajadora, en serio. Qué poco respeto.

Willa abrió la boca y volvió a cerrarla, pues era incapaz de encontrar algo coherente que decir ante semejante respuesta.

—Pago mis impuestos religiosamente, eso sí que debería resultar aterrador —continuó parlotando mientras se dirigía a la escalera que llevaba a un porche cubierto—. Ya lo creo que sí.

Alzó la mirada una vez más hacia la fachada de la casa y sacudió la cabeza.

—No entiendo nada... —musitó. Y era verdad. Nada de aquello tenía sentido. Pero ni el más mínimo.

Acabó reanudando su avance solo para detenerse en el primer escalón al escuchar un chapoteo procedente de alguna parte de su izquierda y una especie dramático alarido.

—¡No me comprendéis!

—Ya estamos otra vez... —Maren dejó escapar un resoplido y volvió sobre sus pasos, saltó los últimos escalones con gracilidad y pasó por delante de ella como una exhalación, avanzando a zancadas hacia el lugar del que provenía el sonido.

No se lo pensó. Lo siguió de inmediato, teniendo que acelerar el paso para no perderle mientras bordeaba la casa.

—Nadie me entiende en esta casa. —La voz que ahora escuchaba con bastante claridad era joven, masculina y con ese ímpetu típico de la adolescencia—. No tenéis la menor idea de lo difícil que es ser yo. Si estoy en la bañera, porque estoy en la bañera, si quiero quedarme en la charca a ver las estrellas, porque estoy en la charca y eso os estorba. ¡No es justo! ¡Yo no veo a nadie quejándose de Vera cuando le entran los nervios y se pone a masticar las margaritas de Boris!

—¿Qué Vera ha estado masticando mis margaritas? —escuchó otra voz ronca y muy indignada.

—¡Yo no he roto ni me he comido ninguna planta!

—¡Te has zampado los nenúfares y los peces de la charca!

—¡Es que estoy creciendo! —lloriqueó el chico al tiempo que un largo tentáculo de color morado con ventosas rosas se alzaba en el aire y volvía a caer, provocando ese sonido de chapoteo.

—¿Pero qué coño...? —Se detuvo en seco, abriendo los ojos como platos mientras veía a Maren plantarse ante aquel estanque de piedra.

—Nix, ¿qué demonios haces en la charca? —preguntó este, con un tono que evidenciaba que no era la primera vez que hacía semejante pregunta—. ¿No habíamos quedado en que este territorio estaba vedado para ti?

Sentado en el centro de este, con medio palmo de agua a su alrededor y algunas hojas de los mentados nenúfares, había un chico de unos veinte años, con el pelo de un azul oscuro, revuelto seguramente por la acción de sus manos, y una sudadera con capucha, con la conocida imagen de una villana Disney y el eslogan «*Team Úrsula*» en letras grandes.

—¡Es que no me dejáis ir a ningún lado! Nix, no hagas esto, Nix, no te metas en esa acequia, Nix, no se te ocurra tocar la charca... —rezongó el chico y acompañó sus quejas de un nuevo chapoteo de... *eso*.

Tentáculos. Eso eran dos jodidos tentáculos morados, con ventosas rosas, saliendo del agua y chapoteando en torno al chico. No sabría decir si era aterrador o adorable, sobre todo con ese colorido tan chic.

—¡Me asfixiáis! —gimoteó, golpeando ahora el agua con los puños, haciendo que esta se elevase en torno a él como dos géiseres—. ¡Yo también tengo derecho a disfrutar de la vida! ¡Y de la puta charca si quiero!

—Esa boca, jovencito —lo reprendió Maren, lo cual, quizás, fuese lo más absurdo de todo.

—Te dije que teníamos que traerle un tanque, la bañera ya no es suficiente —rezongó el hombre que había escuchado y que ahora

veía finalmente con una pala al hombro y cara de pocos amigos. Se trataba de alguien mayor, con el pelo cano, además de una complexión y lozanía que desmentía la edad que parecía tener; unos setenta años.

—¡Nadie toca mi bañera! —chapoteó una vez más el muchacho, agitando ahora uno de esos tentáculos en el aire.

—¿Qué coño... es *eso*? —Las palabras salieron de su boca antes incluso de que pudiese ponerles freno. De inmediato, tres pares de ojos cayeron sobre ella con distintos grados de irritación, curiosidad o sorpresa.

—Eso es Nix.

—¿Quién es esta? —preguntó el chico.

—Esta es Willa.

—¿Te la estás tirando? —inquirió el hombre de la pala.

—Acabo de conocerla.

—¿Y eso cuando ha sido un problema para ti? —bufó.

—Es una de las brujas afectadas por la maldición.

—Coño, ¿pero es que todavía viven?

—Esta sí.

—Hola, Willa. —El chico de la charca levantó la mano y la agitó en un avergonzado saludo.

—Hola —respondió al saludo por inercia, porque su cerebro seguía pendiente de esos tentáculos que empezaban a hundirse bajo el agua como si también estuviesen avergonzados.

—Nix es un *kraken*, por si te lo estás preguntando, que salta a la vista por la cara de pánfila que se te ha quedado que sí. —La voz de Maren empezaba a convertirse en un molesto zumbido para ella, por lo que tardó en identificar sus palabras y fulminarlo con la mirada en respuesta.

—Un kraken... —repitió, pues estaba claro que su cerebro había colapsado en algún momento de los últimos instantes.

—Uno en su fase adolescente —resopló el hombre mayor, entonces se volvió hacia Maren y la señaló a ella—. Así que es una bruja. Y una de las malas, por lo que huelo...

—No es, lo que se dice, un portento —admitió el demonio, para su creciente irritación—. Me convocó y acabó reclamando a Lucrecia.

—¡No me jodas! —El hombre estalló en carcajadas, lo que incrementó el sonrojo que empezaba a cubrirle las mejillas—. Estás jodida, bruja. Sentenciada.

—No la acojones, Boris, que acabo de contratarla —chasqueó el portador de esos ojos carmesíes que volvieron a clavarse en ella—. Y tiene que durarme los próximos tres meses... ¿verdad?

—¿Se va a quedar aquí? —El chico se levantó y el agua empezó a chorrear de unos flojos pantalones vaqueros. Si no hubiese visto antes esos tentáculos, hubiese pensado que se trataba tan solo de un chaval común y corriente.

Pero aquí nada era común y corriente, ¿verdad?

Volvió a mirar al hombre de pelo cano y se encontró con unos ojos amarillos que eran de todo menos humanos.

—Sí. Y tienes prohibido ahogarla como le hiciste a la última.

—Oye, que eso fue un accidente. —El chico se envolvió con sus propios brazos y bajó la cabeza, visiblemente avergonzado, mientras arrastraba los pies y abandonaba por fin la charca, dejando un reguero de agua púrpura detrás de él—. Ni que vosotros nunca hubieseis cometido errores en vuestra juventud, claro, eso sí os acordáis de cuando todavía erais jóvenes.

—¿Puedo pegarle con la pala? —preguntó el hombre, bajando dicha herramienta y empuñándola con ambas manos.

—No. —El demonio fue tajante en su respuesta.

—Pues entonces esto no hay quien lo arregle —bufó, les dio la espalda a ambos y se quedó mirando la charca—. Ya estás buscándome nuevos peces, Maren. Y mantén a ese mocosito lejos de mi jardín o te juro que le conseguiré a la cocinera uno de esos tentáculos para la sopa.

—Sí, sí, tomo nota —resopló el aludido, dándole la espalda al tiempo que se frotaba la cabeza. Daba la sensación de que no era la primera vez que se enfrentaba a algo semejante y eso era... desconcertante.

—Un kraken... —volvió a pronunciar nada más lo tuvo delante. Era como si su cerebro se hubiese quedado con esa palabra y fuese incapaz de ir más allá.

—Sí, brujita. Un kraken, ¿te explico lo que es o ya te haces una idea? —le dijo, rodeándole la cintura con el brazo para hacerla girar y conducirla de vuelta a la entrada de la casa—. Y el otro tipo, el gruñón, es un licántropo. Ya sabes, esos tipos a los que les sale pelo y se ponen a aullarle a la luna llena.

—¡Te he oído! —Se escuchó la voz malhumorada de Boris a sus espaldas.

Maren se limitó a sonreír satisfecho y la empujó, de modo que esta vez era ella la que caminaba delante de él.

—Pero no te preocupes, son inofensivos —añadió como si nada—. Mientras no atentes contra el jardín o las plantas de Boris y te mantengas lejos de los tentáculos del kraken hormonal, no tendrás problemas.

—¿Es una broma?

—Repites mucho esa frase últimamente, ¿no crees? —le soltó él, con una amplia sonrisa, señalándole ahora las escaleras que llevaban a la puerta principal—. Ven. Te enseñaré dónde vas a vivir los próximos tres meses.

A Willa se le encogió el estómago.

Empezaba a arrepentirse de haber cerrado un trato con ese demonio.

La palabra refugio tenía una connotación muy distinta en su mente, una que poco o nada tenía que ver con lo que se encontró nada más entrar en el hall del edificio victoriano. Los techos altos con molduras ornamentadas, el papel pintado con motivos damasquinos que decoraban las paredes de aquella parte del inmueble y los suelos de madera oscura que parecían extenderse más allá del hall, eran todo lo opuesto a lo que debería ser cualquier lugar regentado por un demonio capaz de lanzar una maldición como la que la aquejaba.

Tendría que haberse encontrado con una decoración fría, lúgubre y no con la calidez y el colorido de la recepción. Incluso la mujer que estaba detrás del mostrador parecía alguien demasiado

luminoso para estar en este lugar, por no hablar de su voz, la cual era como un murmullo suave, casi tímido.

—Oh, menos mal que has vuelto, Maren —murmuró la chica. Sus ojos de cervatillo se abrieron de par en par y empezó a agitar las manos con rapidez—. Oliver está...

Un brusco estruendo interrumpió a la muchacha. La lámpara del techo empezó a balancearse, agitada por el temblor que sacudió la casa.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó, recorriendo el techo sobre su cabeza con la mirada, como si esperase que fuese a caerse de un momento a otro.

—Oliver —respondieron ambos a la vez.

Willa bajó la cabeza para mirar a Maren.

—¿Quién es Oliver?

—Alguien que suele poner a prueba mi paciencia —resopló, sacudió la cabeza y se dirigió a la recepcionista—. ¿A quién ha invitado ahora?

La chica se mordió el labio, remetiéndose un mechón de pelo rosa detrás de la oreja.

—Creo que es el alma de un antiguo alquimista. —Lo dijo tan bajito que le costó entender lo que decía.

—¡Joder! —Su estallido la sobresaltó e hizo que la chica de detrás de la barra diese también un respingo antes de desaparecer por completo en una nube de... ¿Humo?—. ¡Dejé bien claro que no quiero ninguno de esos charlatanes en el refugio!

Y, donde hacía tan solo un momento había una chica de pelo rosa, ahora había un... caballo. Con las crines rosas y el pelaje blanco.

—¿Qué coño...? —Abrió los ojos como platos, observando lo más bizarro que había presenciado jamás.

—¡Joder, Vera! —Maren descargó el puño sobre la superficie del mostrador y el caballo desapareció de nuevo en esa nube de humo para acabar apareciendo a continuación una cabra.

—*Lo siiiientoooo* —baló la cabra... O habló. Sí, la cabra habló.

—Dos horas. —La señaló con el dedo—. Desaparezco dos horas y todo está patas arriba.

—*Lo siiiiientooooo, Maaaaaren* —volvió a balar la cabra. Y, por Dios, era tan absurdo que no podía dejar de mirarla. La puta cabra también tenía el pelo rosa.

El demonio siseó, pronunciando algo en un idioma que no había oído jamás, entonces se volvió hacia el pasillo que se abría a la derecha de la recepción y señaló con un gesto en aquella dirección.

—¿Ha vuelto a la oficina?

La cabra empezó a agitar la cabeza de arriba abajo, para finalmente, tras otro de esos humeantes cambios, apareció de nuevo la chica.

—Sí —respondió en voz aún más bajita. Tenía el rostro enrojecido y parecía a punto de llorar—. Y no parecía nada contenta.

—No me digas... —resopló. Ladeó la cabeza y clavó esos ojos carmesíes ahora sobre ella—. Es una cambiante. Una casi tan mala en lo suyo como tú en lo tuyo. —Y ahí estaba de nuevo la versión *Encantador* de ese irritante demonio—. Vera, ella es Willa. Trabajaré en el refugio durante los próximos tres meses.

—¿Has contratado una nueva recepcionista? —No sabría decir si era una pregunta o una súplica.

—Sí, ¿por qué no? —replicó, sus labios extendiéndose poco a poco—. Será una buena forma de que se familiarice pronto con el refugio y sus... —El techo volvió a temblar y con él toda la casa—. Voy a enviar a ese inútil de nuevo al infierno...

Vio cómo la chica se mordía el labio inferior, como si dudase entre decir alguna cosa o permanecer callada. Al final se volvió hacia ella y le dedicó una pequeña sonrisa que, sorprendentemente, hizo que su rostro se volviese precioso.

—Bienvenida a San Bartolomé, señorita Willa —susurró, saludándola con la mano, como ya había hecho antes Nix.

—Sí, sí. Ya tendréis tiempo de charlar después —rezongó Maren y, sin mediar palabra, arrancó a caminar de nuevo en dirección a aquel pasillo—. Muévete, Willa.

Apretó los dientes y miró a su alrededor, buscando algo, lo que fuese que pudiese tirarle a la cabeza, pero todo lo que veía era demasiado grande o pesado para poder lanzárselo con precisión.

—Ese imbécil es el único que puede acabar con tu maldición. Todavía no puedes matarlo —murmuró para sí misma, necesitando un motivo para no sucumbir a sus recién descubiertos instintos homicidas—. Maldita mi suerte.

Echó un último vistazo a la chica, quien bajó inmediatamente la cabeza al darse cuenta de que la había pillado mirándola, y siguió al demonio.

No llegaron a alejarse demasiado de la recepción. Maren se detuvo en la primera puerta a su derecha. Estaba abierta y se escuchaba el inequívoco sonido de alguien al teclado.

—Necesito registrar una nueva incorporación —escuchó que decía él, nada más cruzar el umbral.

El tecleo no se detuvo un solo segundo, era como si la persona de allí dentro estuviese demasiado ocupada con sus propios asuntos como para atender los del recién llegado.

—¿Me estás escuchando? —La voz masculina sonaba algo irritada—. Lucrecia.

¿Lucrecia?

El nombre hizo que se acercase a la puerta y entrase en lo que a todas luces era un enorme despacho. Al contrario que la luminosa entrada, esta habitación era algo más masculina. Estaba revestida en madera, con muebles robustos oscuros e incluso el papel de las paredes era de tonos verdes y marrones. Con todo, la estancia estaba lo bastante bien iluminada como para que pudiese advertir las estanterías repletas de libros, algunos cuadros en las paredes, el par de sillas frente al enorme escritorio de caoba y, lo más bizarro de todo, a Lucrecia, sentada sobre la mesa, con una pila de documentos más alta que ella, unas diminutas gafas redondas haciendo equilibristas sobre su cara mientras tecleaba a toda velocidad sobre el teclado del ordenador.

Willa tuvo que parpadear varias veces para entender qué narices estaba viendo.

—Lucrecia.

La pequeña capuchina estaba sentada sobre sus patas traseras, sus manitas se movían con una rapidez inusitada sobre un teclado adaptado a su tamaño y parecía concentrada en su tarea.

—Lucrecia.

La mona volvió a ignorar la voz cada vez más irritada de su amo.

¿No le había dicho que esa criatura era su familiar?

—¡Lucrecia! —A este punto Maren acabó alzando la voz con visible irritación.

El simio levantó la cabeza, apartándola de la pantalla. Miró al hombre, luego a ella y volvió a clavar esa cara de mala leche en él para finalmente señalar un montón de formularios. Dos segundos después volvía a teclear a una velocidad endemoniada.

—Gracias —resopló este, cogió los documentos que necesitaba y salió de la oficina.

No dudó en seguirle, deteniéndose tan solo un segundo al ver la placa en la puerta que ponía «*Administración*» y *justo debajo* «*Doña Lucrecia*».

Miró la placa, luego a la monita que seguía trabajando.

—No. No puede ser verdad —decidió. Era demasiado bizarro incluso pensar en ello.

Maren la esperaba en el pasillo, ojeando los papeles.

—¿Por qué hay un mono en la oficina de administración tecleando como si no hubiese un mañana?

—Tiene trabajo pendiente.

—Es un mono —señaló lo que para ella era evidente.

—Sí.

—Y te ha ignorado.

—Sí.

Parpadeó un par de veces seguidas ante las monosilábicas respuestas que parecían ser todo lo que iba a sacar de él.

—¿Y no piensas hacer nada?

Sus labios se estiraron de esa forma entre irritable y sexy.

—Cuando lleves algún tiempo por aquí entenderás que es mejor no molestar a Lucrecia cuando está ocupando esa oficina —le soltó y, sin más, le tendió los papeles—. Rellena eso. Después te enseñaré tu habitación.

Miró los formularios y luego a él.

—¿Va en serio? ¿Lo de trabajar para ti?

—Tenemos un trato, brujita, por supuesto que va en serio —le aseguró y, esta vez, la condujo a la biblioteca que se encontraba en el pasillo contiguo a la recepción—. Tómame tu tiempo. Después te enseñaré tu habitación.

—¡Maren! ¡Maren, ven rápido! —Escuchó una voz aguda, chirriante, procedente de alguna parte de aquella planta—. ¡A Nix se le ha atascado un tentáculo en el desagüe de la bañera!

—Por todos los infiernos, ¿es que no voy a tener un solo instante de tranquilidad? —lo escuchó farfullar antes de salir por la puerta y empezar a dar voces—. ¡Que alguien suba el desatascador del sótano!

—¡Voy!

Willa se quedó allí sentada, mirando la puerta por la que acababa de salir el demonio sin entender muy bien a dónde coño había ido a parar en realidad.

—No. Esto no puede ser real —murmuró para sí, sacudió la cabeza y le echó un vistazo a los formularios que tenía delante—. Joder.

Esto casi parecía un mal chiste.

Hacía tan solo unas horas estaba en el salón de su casa, lista para enfrentarse a lo que fuese con tal de conseguir deshacerse de su maldición. Y ahora, aquí estaba, con un puñado de folios con varias casillas a rellenar porque el demonio al que invocó se había reído en su cara.

Al menos esta vez había convocado al tipo correcto. Él era el único responsable del mal que la aquejaba y también el único con el poder de erradicarlo de raíz.

Bajó la mirada sobre la marca del acuerdo que tenía sobre la mano, tiró hacia arriba de la manga del suéter e hizo una mueca al ver una de esas manchas negras cubriéndole la piel. Se había extendido en los últimos días, era la más grande, la más visible, pero no la única. Su cuerpo parecía el de un jodido dálmata o el de alguien al que hubiesen pegado una paliza, solo que lo suyo no eran moratones, sino la muerte paulatina de su ser.

Tiró de nuevo de la manga hasta casi los dedos para evitar ver lo que llevaba atormentándola todos estos meses. Ahora tenía una

salida, aunque esta pasase por permanecer en este lugar los próximos tres meses.

—No puedo creerme que esté haciendo esto... —Masculló, cogió el bolígrafo y empezó a rellenar las líneas, comenzando por añadir su propio nombre.

Apenas había cubierto un cuarto de la primera página cuando escuchó algo parecido a una explosión. Las paredes temblaron, alguno de los libros cayó de las estanterías y la lámpara sobre su cabeza empezó a parpadear. Miró hacia arriba con gesto consternado solo para escuchar a continuación lo que parecían voces airadas del piso superior.

«¡Os voy a matar a todos!».

«¡Mi tentaculito!».

«¿Qué coño era eso?».

«El líquido desatascador, Maren».

«¡Mi tentáculo! ¡Mi tentaculito!».

«Deja de lloriquear, idiota. Mañana ya se te habrá regenerado».

Las voces se confundían unas con otras, pero a Willa le daba igual. En realidad, ni siquiera quería saber qué estaba pasando.

—La ignorancia es la mayor de las bendiciones —se repitió como un mantra y siguió escribiendo, aunque no por ello dejó de hacerse la única pregunta que importaba de verdad—. ¿Cómo coño voy a sobrevivir noventa días aquí?

«Nix, joder, o te estás quieto o juro por el más allá que te cortaré yo mismo cada uno de esos apéndices».

Alguien se echó a llorar y finalmente llegó el silencio.

—Nop. No pienses, no preguntes, solo escribe, Willa... —Se dijo una vez más.

Había cosas de las que era mejor no conocer nunca la respuesta.

CAPÍTULO 3: EL DEMONIO QUE FUE DESPEDIDO DEL INFIERNO

—Supongo que así no tendré que pensar en qué ponerme cada día.

Willa se miró en el antiguo espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación. Su dormitorio estaba en el primer piso y desde la ventana podía ver el jardín lateral de la casa, así como algunos árboles antes de que esa neblina lo engullera todo. No tenía idea de qué había más allá de la línea de árboles, si es que había algo. Y la verdad, tampoco sentía curiosidad por averiguarlo.

—Refugio San Bartolomé —leyó las letras bordadas a la altura del corazón en la ajustada camiseta que llevaba. La ropa la había estado esperando sobre una butaca, con una nota encima. Ni siquiera recordaba que estuviese allí la noche anterior, pero tampoco podía asegurar que no fuese así. Había estado demasiado cansada para fijarse en algo más que el tamaño de la habitación, que contaba con baño privado y una cama.

El uniforme constaba de camiseta, falda, chaqueta y unas cómodas zapatillas. Al menos no le habían entregado unos tacones. Eso habría sido un verdadero problema, pues se habría matado con ellos.

—Parezco una azafata de congresos —chasqueó la lengua y tironeó de la falda, intentando bajarla. No era excesivamente corta, de lo contrario, habría volado por la ventana, aunque tampoco era algo que ella soliese vestir en su día a día.

Pero es que este ya no es tu día a día, ¿verdad? Has hecho un trato con ese demonio y de él depende que te libres de esta maldición.

Se miró los brazos y las piernas. Las manchas estaban presentes como lagunas de alquitrán sobre su piel. Rozó una de ellas con las yemas de los dedos, notando su dureza de esas zonas oscuras y nada más. Podía pincharse, cortarse incluso, que no sentiría absolutamente nada. Era como si esos puntos de su cuerpo estuviesen ya muertos.

Cogió la chaqueta y se la puso de inmediato. Ni le gustaba ver las marcas, ni quería que otros las vieran. Era difícil de explicar su procedencia y no estaba por la labor de dar explicaciones.

—No pienso llevar esa falda sin medias —resopló. Desabrochó el botón, bajó la cremallera y se la quitó, lanzándola sobre la silla de donde la había cogido.

Cinco minutos después ya se había puesto un pantalón, peinado y cepillado los dientes.

Anoche todo había ocurrido con demasiada rapidez, ni siquiera pensó en coger algo de ropa, aunque Maren había puesto remedio a eso. Su maleta apareció también esa mañana al lado del armario, llena con algunas de sus cosas.

La sola idea de que ese demonio hubiese hurgado en su habitación y toqueteado su ropa interior, la ponía de los nervios.

—Respira, Willa. Respira —se recordó a sí misma—. Solo serán tres meses y entonces tendrá que cumplir su parte del trato. Puedes hacerlo. No puede ser tan difícil estar detrás de la recepción de este lugar...

Un estrepitoso golpe al otro lado de su puerta la sobresaltó. No pasaron más que unos pocos segundos antes de que escuchase pasos a la carrera y gritos entre los que destacaba el nombre de Nix.

«¡Cierra el puto grifo de esa bañera o te juro que te cortaré el agua y dejaré que te seques como un jodido pulpo!».

«¡Es mi habitación! ¡Es mi territorio! ¡Aquí mando yo!».

«¡Estás inundando el puto pasillo!».

«¡Yo siempre tengo la culpa de todo! ¡De todo! ¡Estoy harto!».

«Se va a inundar toda la casa, la humedad hinchará la madera, se pudrirá y la integridad estructural del refugio se vendrá abajo... ¡Y ya no tendremos donde vivir! Ay, qué desgracia. ¡Qué desgracia!».

«¡Cierra el pico, Agnes!».

«¿Cómo se lo digo a Maren? Se deprimirá, querrá suicidarse. Ay, qué desgracia».

En contra de su buen juicio, abrió la puerta y echó un vistazo al pasillo. Las voces venían del otro lado de la planta, del pasillo que conectaba con las escaleras que llevaban abajo. No tuvo que ir muy lejos. Nada más girar, se encontró con un considerable charco de agua que parecía ir ganando terreno y varias personas chapoteando en él.

—Buenos... días —saludó en voz baja.

Tres pares de ojos se posaron sobre ella. Reconoció a Boris y a Nix, aunque no a la pelirroja con pecas y enormes ojos verdes que parecía estar al borde del llanto.

—Bonito uniforme. —Boris la recorrió de la cabeza a los pies, sus labios estirándose en una mueca.

—Mola la camiseta. —Nix ladeó la cabeza y entrecerró los ojos—. ¿Crees que la tendrán de mi talla?

—No lo sé —admitió, sin saber muy bien por qué había dicho aquello.

—No sabía que tuviésemos uniformes... —murmuró la chica. No podía ser mucho mayor que ella. Puede que incluso fuese algunos años más joven, pero era difícil adivinarlo cuando vestía con esas ropas anchas y la enorme sudadera que parecía tragársela. Tenía una voz ligeramente aguda, casi chirriante, que la hizo encogerse de manera automática.

—No los tenemos —chasqueó Boris, mirándola a los ojos—. Maren te la ha jugado, ¿eh?

Le llevó un par de segundos procesar sus palabras y lo que aquello significaba.

—Maldito demonio... —siseó.

—Pues a mí la camiseta me mola —insistió Nix, abandonando el umbral de la que debía ser su habitación para acercarse a ella. El chico resultó ser unos cuantos centímetros más alto que ella, tenía los vaqueros mojados hasta las rodillas, pero, por lo demás, parecía completamente normal.

Excepto que ayer había tenido tentáculos. Y ese era un detalle muy a tener en cuenta.

—¿De verdad eres un kraken? —La pregunta se le escapó de entre los labios.

—Es de muy mala educación hacer preguntas tan personales... —murmuró la pelirroja en voz baja, hundiéndose en su propia ropa—. Podrías herir sus sentimientos y entonces se deprimirá, y llorará, y la casa se inundará y...

—Joder, Agnes, ve a proclamar desgracias al piso de abajo, anda, guapa —la echó Boris con un resoplido.

—¿Nunca habías visto un kraken? —Más que ofendido, Nix parecía casi complacido de ello, como si aquello le diese la oportunidad de alardear.

Willa negó con la cabeza.

—Dudo que la humana haya visto algo más raro que una pizza con piña del lugar del que viene —rumió Boris, llevándose las manos a las caderas—. Ya estás cogiendo un cubo y una fregona para achicar esto, *tentaculitos*.

—No ha sido culpa mía —resopló el chico, volviéndose hacia el hombre—. Mi bañera no pierde agua. Es la tubería la que se ha roto...

—¿Y no podías haber empezado por ahí?

—¡Nunca me dejáis explicarme! ¡Me acusáis y ya! ¡Yo siempre tengo la culpa de todo! ¡Es que nadie me escucha!

—¡Nix! ¡Cierra el puto grifo ahora mismo!

La voz tronó desde el otro lado de la planta, acompañada de pesadas pisadas que se aproximaban.

—¡Que no hay ningún grifo abierto, joder! —exclamó el aludido, dando un pisotón en el agua que la salpicó.

Pasaron tan solo unos segundos hasta que lo vio aparecer doblando la esquina. La apariencia de gótico deprimido de anoche había desaparecido. A pesar de que seguía vistiendo de negro, su aspecto hoy era más mundano, aunque eso no evitaba que el aura que lo envolvía le produjese un escalofrío. Los ojos carmesíes se posaron sobre ella y sus labios empezaron a estirarse en una sonrisa, la recorrió de la cabeza a los pies y se detuvo sobre sus pantalones.

—¿No acerté con la talla de la falda? —chasqueó él.

—Prefiero los pantalones.

Maren levantó la cabeza, sus ojos se encontraron de nuevo.

—Ya veo. —Su voz fue como una caricia, una que no le gustó un pelo—. Te conseguiremos unas medias. Tienes un par de piernas estupendas, sería una pena que las ocultases.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla al ver lo que ese demonio llevaba en una de las manos.

—¿Eso es una caja de herramientas?

—Sí.

—¿Qué haces con una caja de herramientas?

—Arreglo cosas —respondió y, como si hubiese recordado en ese instante el motivo de su llegada, miró a Nix y luego entró en la única puerta abierta en todo el pasillo; el lugar del que procedía el agua—. Mierda. La tubería se ha roto otra vez.

—¡Ves! —El chico se cruzó de brazos con un resoplido—. Ya os dije que no había sido cosa mía. Pero, ¿me escucháis? Claro que no.

Willa no pudo evitarlo y se acercó a la puerta. Nada más echar un vistazo al interior, se quedó inmóvil. La habitación estaba completamente vacía, a excepción de la enorme bañera con patas que había en medio de un suelo de damero y algunos pósters en las paredes. No había nada más. Ni un solo mueble a la vista.

—Soy muy fan de BTS —declaró el chico, al que ni siquiera se había dado cuenta de que tenía ya a la espalda—. ¿Los conoces? ¿Te gustan? Su último disco es brutal...

Ladeó la cabeza para encontrarse con el rostro juvenil y sacudió la cabeza.

—Sé quiénes son, sin embargo...

—Nix, no entretengas a Willa —escuchó a Maren desde el interior de aquella absurda habitación—. Deberías bajar al comedor y desayunar, brujita. No querrás comenzar tu primer día a mi servicio con el estómago vacío, ¿verdad?

—¿De verdad vas a trabajar aquí? —Nix parecía emocionado por ello.

—Pobre muchacha —resopló Boris y la miró de soslayo—. Solo a ti se te ocurre invocar a este...

—¿Espera? ¿Invocaste a Maren?

—En realidad, invocó a Lucrecia.

El silencio cayó sobre el pasillo como una manta. Todo el mundo, incluso la mansión, pareció contener la respiración durante unos segundos.

—Es un milagro que siga viva.

—El milagro es que lo siga Maren —afirmó el licántropo, poniendo los ojos en blanco—. *Bah*. Tengo que trasplantar los rosales. Estaré en el jardín toda la mañana. No me molestéis a menos que alguien se esté muriendo y sea necesario cavar su tumba.

Sin más, giró sobre sus talones y se marchó como si nada.

—Nix, trae tus tentáculos aquí —añadió el demonio, ignorando los comentarios referidos a él—. Willa, a menos que tengas conocimientos de fontanería, te sugiero que bajes y desayunes. Lucrecia te estará esperando en su oficina a las diez. No llegues tarde. Se lo tomará como algo personal.

Lucrecia. *La mona*. ¿La esperaba en su oficina?

—Tiene que ser una broma.

—No dirías eso si conocieses realmente a Lucrecia —le dijo Nix, posando la mano sobre su hombro antes de entrar en la habitación.

—La recepción es tuya toda la mañana —añadió el demonio.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —replicó. Ese maldito no le había explicado nada en absoluto.

—Métete detrás del mostrador y sonríe —le soltó—. Eso es lo que suele hacer Vera y le funciona.

—¿Me tomas el pelo?

—Quizá algún día —le soltó—. Ahora mismo estoy demasiado ocupado. Si no sabes algo, pregúntale al primero que pase. Cierra la puerta, Nix.

Antes de que pudiese volver a preguntar, un enorme tentáculo púrpura con ventosas rosas apareció y empujó la puerta, cerrándola de golpe en sus narices.

—¿Pero qué coño...?

Miró la puerta cerrada ante ella, el agua en torno a sus pies y sacudió la cabeza, llegando a una única conclusión.

—No voy a preguntar más.

Dio media vuelta, siguió el ejemplo de Boris y se largó.

Jamás en la vida se había sentido juzgada por una mona... Hasta ahora.

Willa miró la carpeta que tenía delante e hizo una mueca. La manera en que esa pequeña simia la había mirado, como si la estuviese juzgando, le había parecido tan absurda como inquietante.

Todavía no superaba el hecho de verla sentada sobre la mesa, tecleando a la velocidad de la luz. Incluso la vio subirse las gafas con una de sus manitas, como si las necesitase para trabajar. Lucrecia le recordaba a esos funcionarios asiáticos que parecían vivir solo para el trabajo, que se pasaban prácticamente toda la vida en la oficina y salían lo justo.

La capuchina había toqueteado una carpeta y le había hecho un gesto con la mano, diciéndole sin palabras que se la llevase antes de ignorarla de nuevo por completo.

Dejó escapar un resoplido y la abrió. Lo primero que se encontró fue un *planning* semanal. Allí figuraban las tareas, los horarios, incluso los descansos que le habían sido asignados. En las sucesivas páginas había un desglose completo de cada una de las tareas que debía realizar, desde funciones administrativas en la recepción, inventarios en las despensas, comprobación de habitaciones a cosas como días de colada, de limpieza y... lo que quiera que fuese «*alimentar a los inútiles*».

—Querías saber cuáles iban a ser tus funciones, ¿no? —farfulló para sí—. Pues ahí lo tienes.

Miró a su alrededor. El área de recepción era diminuta, el mostrador y el mueble bajo pegado a la pared eran toda la utilería que había a su disposición. Eso y los miles de *post-its*, bolígrafos, subrayadores y clips de todos los colores que había justo debajo del mostrador. Tenía una zona habilitada para escribir, una pantalla a su derecha e incluso un pequeño cactus cuya maceta estaba envuelta por un lazo rosa.

«*Que tengas un grandioso primer día*».

Le costó un poco entender la apretada caligrafía, aunque la firma de cuatro únicas letras dejaba claro de quién había sido el detalle; Vera. La chica de pelo rosa que había estado ocupando ayer este mismo lugar.

Y una, ahora se daba cuenta, que no había llevado uniforme.

—Maldito demonio... —rezongó. Deseaba estrangularlo, rodearle el cuello con las manos y apretar hasta que se pusiese azul, morado o del color que fuese.

Extrajo un nuevo papel de la carpeta que le había entregado Lucrecia y se encontró con una hilera de fotos a cuyo lado había un nombre, apellidos y una pequeña biografía o explicación de cada una de las personas que parecían ocupar ahora mismo el refugio.

—Joder, si le ha dado tiempo de meterme a mí... —murmuró al ver su foto. ¿De dónde demonios la había sacado?—. Wilhelmina Hawthorne. *Bruja inútil, mala invocadora y tonta de narices*. ¡Pero qué coño!

Se levantó de un salto, acercándose la página a la nariz, como si de esa manera la descripción en cursiva fuese a desaparecer por arte de magia.

—Víctima de una maldición de sangre. Refuerzo para el refugio. Trabajadora temporal a cargo de Maren —continuó leyendo cada vez más indignada—. ¿A ver lo que le dura? La madre que parió a la mona...

Un ligero carraspeo hizo que levantase la cabeza.

—Bue-buenos días. Que-querría regi... registrar a un nuevo inquilino.

Se lo quedó mirando. Era difícil no hacerlo, sobre todo cuando al hombre lo acompañaba una figura fantasmal; literalmente.

—Es un re-refugiado po-político —añadió el hombre, quien parecía tener una ligera tartamudez.

Su sonrisa era amable, aunque un poco nerviosa. Tenía unos ojos azules tan claros que casi parecían grises y un pelo rubio oscuro peinado a la perfección. No debía de tener más de treinta y tantos, puede que cuarenta, y vestía como uno de esos empresarios rusos,

con un abrigo de cachemira encima de un traje de chaqueta y corbata impoluto.

Si bien no era un hombre bajo, pues la obligaba a levantar la barbilla para poder mirarle a la cara, no resultaba amenazador, más bien todo lo contrario.

—Eh, sí... claro. —Se espabiló lo suficiente para rebuscar entre los papeles el libro de registros que había visto antes. Lo sacó, no sin esfuerzo, y lo dejó caer sobre el mostrador—. A ver... Esto debería ir aquí... creo. —Hizo una mueca y lo miró de nuevo, con una sonrisa de disculpa—. Es mi primer día aquí...

—Oh, sí. Mati-Matilda dijo que Maren había jo-jodido a alguien de fu-fuera —contestó con algo de dificultad. De pronto, tenía un pañuelo en las manos y se secaba el sudor de la frente con evidente nerviosismo—. Eres... la nueva.

—Soy Willa —corrigió con delicadeza. El tipo casi resultaba entrañable con su nerviosismo. Casi. Miró de soslayo y se estremeció al ver esos ojos blancos fantasmales clavados sobre ella.

Sí, *fantasmas*. No era la primera vez que se topaba con uno, aunque este tenía un aspecto mucho más lúgubre que el de los espíritus con los que alguna vez se había cruzado. Y era antiguo, lo bastante como para que sus ropas estuviesen en un museo de la moda, etiquetadas como «*estilo renacimiento italiano, siglo XV*».

—Oliver —respondió el hombre, llevándose una mano al pecho, señalándose a sí mismo—. Es-es un placer co-conocerle, Willa. Bien-bienvenida a San Bar-Bartolomé.

Sonrió, ahora de manera automática. El hombre era agradable y, a primera vista, parecía mucho más normal que todos aquellos con los que se había cruzado hasta el momento.

—Gracias —asintió y giró el libro hacia él—. Bien. Rellena nombre y apellidos, lugar de origen, ¿signo zodiacal? ¿Pero qué coño...? —Volvió a mirar el libro y comprobó que las siguientes casillas eran igual de curiosas—. Categoría sobrenatural, nocturno o diurno, ¿preferencias alimenticias?

—Yo... yo lo re-rellenaré por él —murmuró, cogiendo el libro con sumo cuidado, para luego volverse hacia el fantasma—. Es-está un poco de-deprimido.

Más que un poco, a juzgar por las formas grises que rodeaban al espectro.

No estaba especializada en espíritus y esas cosas, aquel era el campo de su padre, mas juraría que ese color no era síntoma de un alma saludable, más bien todo lo contrario.

—Cristoforo da Parigi —leyó el nombre que Oliver acababa de escribir con una letra de lo más elegante—. Alquimista... —Levantó la cabeza y miró al espíritu—. ¿Era alquimista?

—Y far-farmacéutico —corroboró el hombre—. U-uno de los mejores del re-renaci... renaci-cimiento italiano.

—¿Y qué coño hace aquí? —preguntó, volviéndose de inmediato hacia el fantasma—. *Non si offenda, signore.*

El fantasma levantó la cabeza al escuchar aquella frase en italiano.

—¿Ha-hablas italiano?

Hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—No tan bien como para mantener una conversación —admitió y señaló con un gesto al espectro—. Pero, hasta dónde sé, las almas entienden todos los idiomas...

—No... siempre —contestó Oliver, posando una mano con suavidad sobre el hombro del espíritu. Y el hecho de que esa mano no lo atravesara, encendió al momento todas sus alarmas.

El hombre que estaba ante ella no era humano, a menos que fuese un mago, un nigromante, aunque no tenía ese tufillo a cadáver que solía rodear a los brujos negros.

—Al-algunos olvidan... incluso como hablar. —Había tal tristeza en su voz que no pudo evitar volver a posar los ojos sobre él. Viéndolo ahora de perfil notó cierta melancolía en su rostro, así como también algo en lo que no había reparado antes, unos pequeños símbolos que discurrían junto a la sien y que habían estado ocultos por su pelo—. Su alma es de-demasiado valiosa para... que se la queden ahí abajo. Ellos no los entienden. Solo ven nú-números.

—¿Ahí abajo? —Empezaba a pensar que no era buena idea hacer semejante pregunta, pues con cada nueva frase que salía de su boca sus alarmas iban en aumento.

El hombre se sonrojó. La cara empezó a enrojecérsele y su mirada se volvió algo esquiva.

—So-solo se que-quedará u-unos días. —El tartamudeo se hizo más presente—. No da-dará, pro-problemas. Lo prometo. Por favor. So-solo será hasta que pu-pueda cru-cruzar...

Miró al fantasma y al tipo que tenía delante. Y, esta vez, lo recorrió de la cabeza a los pies, no fijándose en su apariencia, sino intentando ver qué había debajo. Desde que la maldición empezó a afectarla, contaminando su cuerpo, sus habilidades como bruja habían mermado considerablemente. Le costaba el doble de esfuerzo hacer cosas que antes realizaba con los ojos cerrados y, percibir la esencia de alguien era una de ellas.

Lo vio. El aura que lo envolvía en un color rojo fuego, el que solía envolver a los seres vinculados con las artes oscuras y una naturaleza igual de cuestionable. El tipo que tenía delante de ella era un demonio. Y no uno cualquiera. Miró al fantasma una vez más y tragó.

—Eres... un recolector de almas. —Se estremeció en cuanto las palabras salieron de su boca.

—Ex re-recolector —pronunció él en voz baja, cada vez más avergonzado—. Ya... ya no tra-trabajo pa-para... —Señaló con el dedo índice el suelo, ahorrándose palabras—. Me... des-despidieron.

Parpadeó un par de veces tras escuchar sus palabras.

—Perdona, ¿te despidieron?

Él asintió con la cabeza y se pasó una mano por el pelo, desordenándolo.

—Me di-dieron... la ba-baja por in- in... —Se frustró al no ser capaz de dejar salir la palabra—. In-co-co... Incompetente.

Escupió la última palabra como si le quemase en la lengua.

—Te dieron la baja por incompetente —repitió de carrerilla, sin saber si echarse a reír por lo ridículo que sonaba eso o sacar la caja de pañuelos de debajo del mostrador y ofrecérsela, porque el tipo parecía a punto de echarse a llorar.

Oliver volvió a asentir y miró al fantasma a su lado.

—Él ti-tiene asu-asuntos pendientes —añadió con voz queda—. No se qui-quiere ir... todavía.

Willa volvió a mirar al fantasma, su indumentaria, e hizo una mueca.

—Yo diría que lleva siglos sin querer irse —mencionó encontrándose de nuevo con la mirada blanquecina del fantasma—. Tiene un aspecto horrible para un alma...

—Lo sé —admitió e hizo una mueca—. Yo intenté ayu-ayudarle, pe-pero no... no salió bien.

La fugaz mirada que dedicó hacia el techo la llevó a sospechar de inmediato.

—¿Ayudarle cómo exactamente?

—In... invocando sus re-recuerdos de cu-cuando estaba vivo. —Y, a juzgar por la mueca que le curvó los labios, aquello no había funcionado—. No... No salió bien.

—No. Ya veo que no —admitió mirando de nuevo al fantasma.

—Por favor, solo... regístralo, ¿vale? Yo... Yo me ocuparé de... él.

—Bueno... —Miró a su alrededor—. No he encontrado ningún cartel que diga que no se pueden registrar fantasmas... Aquí hay uno, aunque pone «EXORCISTAS», así que...

—No me jodas...

Ambos se volvieron al escuchar cómo Maren alargaba aquellas tres palabras mientras paseaba la mirada sobre el espectro.

—¿Otro? ¿Otro, Oliver?

El aludido se movió con rapidez, poniendo al fantasma detrás de él, entre el mostrador y él mismo, lo cual fue tan absurdo como tierno. Hasta que el espectro atravesó la superficie de madera y acabó a su lado, mirándola fijamente.

—*Sei maledetta, signora.*

—Sí —afirmó y señaló con un gesto de la mano al recién llegado—. La culpa es suya.

El fantasma miró más allá de su inesperado aliado, sacudió la cabeza y no dijo nada más.

—Es... es un re-refugiado po-po... político, Maren —declaró con una seguridad que no había mostrado hasta ese momento—. El re-refugio ti-tiene que aco-acogerle...

—Qué refugiado político ni qué ocho cuartos —resopló, dejó en el suelo la caja de herramientas que traía consigo y avanzó a zancadas hacia la recepción—. ¿A quién se lo birlaste esta vez?

—A nadie.

—Oliver.

—Lo... juro.

Esos ojos carmesíes pasearon entre el demonio y el espectro, para luego caer sobre ella.

—Entonces, ¿lo registro o no lo registro? —preguntó con total inocencia.

—Sí.

—No.

—¿Otro espectro? —La desconocida voz la hizo girar la cabeza hacia el pasillo de su derecha—. ¿Cuántos van ya esta semana?

—Este sería el segundo —siseó Maren, fulminando a Oliver con la mirada—, al menos del que yo tenga constancia.

—Pues que siga siendo así —replicó el recién llegado. Vestía una bata blanca, llevaba un fonendoscopio colgando del cuello y las manos en los bolsillos. *Dr. Vyktor Graves*. Eso era lo que llevaba bordado en la pechera de la bata—. A ti te conozco, a ti no, pero ya sé a dónde vas a irte. En cuanto a ti... Tú eres nueva y... te mueres.

Sutil como una apisonadora.

—¿Por qué hay una bruja moribunda ocupando la recepción, Maren?

—Porque he hecho un trato con ella y trabajará para mí los próximos tres meses —resumió con un ligero encogimiento de hombros—. Si resiste hasta entonces, me desharé de la maldición que pesa sobre su sangre.

—Espera, ¿esa maldición?

Él asintió.

—No creí que siguiese vigente.

—Pues ya ves.

—Ya veo que no exagerabas al decir que habías metido la pata.

—Willa, este viejo carcamal es Vyktor.

¿*Viejo carcamal*? Ese hombre debía de estar en sus treinta y no había una sola cana en su espeso pelo oscuro. Debajo de la bata

blanca iba impecable, por no hablar de que poseía una dicción perfecta y su voz sonaba de lo más agradable.

—Es el médico del refugio —concluyó Maren—. Si alguien se hace daño o se muere, se lo mandas a él.

—¿Morirse? —No lo decía en serio, ¿verdad?

Ninguno de los dos hombres dijo nada, se limitaron a depositar toda su atención en Oliver y el fantasma que lo acompañaba.

—No tiene el mejor de los aspectos, todo sea dicho... —mencionó el médico—. Se está desmoronando, dentro de poco no será otra cosa que un *olvidado*.

El término le provocó un escalofrío. Se lo había escuchado mencionar en alguna ocasión a su padre, refiriéndose a aquellas almas que acababan consumidas por completo. Todo lo que quedaba de ellas era una figura oscura a la que ya nadie reconocía, a la que eran incapaces de ponerle cara, despojada de recuerdos, de todo lo que había sido en vida e incluso en la muerte.

Era una existencia sin existencia, si es que eso tenía algo de sentido.

—¿Cómo ha acabado en el refugio? —Maren estaba mucho más serio que antes. Posiblemente, era la primera vez que le veía esa expresión, una que carecía de la habitual petulancia y esa irritante sonrisa. Este era el maestro demonio, el ser lo bastante poderoso como para maldecir a todo un aquelarre y perpetuar esa maldición en el tiempo—. ¿Lo invocaste?

Oliver negó con la cabeza.

—Estaba... fuera. Ne-necesitaba ayuda.

—¿Fuera de la barrera? —inquirió Vyktor, mirando ahora el fantasma que seguía detrás del mostrador—. Interesante. Algo ha debido atraerlo hasta aquí.

—No podía de-dejarlo allí, Maren —aseguró el recolector con una firmeza inesperada—. Fue... Importante en vi-vida. Su muerte también lo es.

—Alquimista, originario de Venecia, alrededor del 1400... —Empezó a enumerar el médico, ladeando un poco la cabeza antes de añadir—. Uno de los grandes maestros, ya veo.

El espectro, quien no parecía tener demasiado interés por nada y por nadie, se volvió de pronto hacia ella. Sus ojos blanquecinos le provocaron un nuevo escalofrío, pero fueron sus labios al moverse y la voz, que no emergió de su boca, aunque igualmente escuchó, lo que la hizo muy consciente de que aquel ser estaba tan cerca de la muerte como ella misma.

Una muerte muy distinta a la que la aquejaba, y que, sin embargo, prometía el mismo fin; la completa destrucción de lo que un día había sido.

—*Andrea Ognibene* —dio voz a las palabras que habían resonado en su mente—. Alguien llamado Andrea Ognibene tiene algo que le pertenece.

—*¿Ognibene?* —Maren clavó esos inquietantes ojos carmesíes sobre ella.

Willa señaló de inmediato al fantasma.

—Es lo que ha dicho —se defendió al instante—. Ese tal Andrea se quedó con algo que le pertenecía y ese algo parece estar ahora... aquí.

El espectro inclinó la cabeza y, acto seguido, se volvió y atravesó una vez más el mostrador para detenerse al lado de Oliver y quedarse allí, flotando, como si algo lo uniese al recolector.

—¿Y qué narices es ese algo y por qué cojones iba a estar en mi refugio? —No había ni terminado la frase y ya se estaba volviendo de nuevo hacia Oliver, quien dio un respingo—. Dime que no lo has vuelto a hacer.

—Ma-Maren... —Empezó levantando las manos, como si pretendiese calmar al demonio.

—Oliver, por tus amígdalas, dime que no has vuelto a invocar algo en mi puto refugio. —Esos ojos rojos empezaron a refulgir, la verdadera esencia del demonio se manifestó en torno a él, desdibujando su figura humana y endureciendo su voz.

—Maren, cálmate, o tendré que recurrir a los sedantes y ya sabes lo mal que te sientan —le recordó Vyktor, quien no parecía en absoluto preocupado por la mirada asesina del maestro demonio—. Todos notamos anoche las sacudidas, ¿para qué le preguntas algo que todos sabemos?

—Todos no. —Willa levantó la mano, señalándose a sí misma. Puede que no fuese la mejor idea, pero no le apetecía tener que limpiar sangre o vísceras en su primer día de trabajo y el demonio parecía estar de humor para hacer una fiesta de la matanza en esos momentos—. ¿Alguien me lo explica?

—Oliver no es precisamente ducho con los círculos de invocación —resumió el médico.

—Igual que cierta bruja presente —siseó Maren, posando su mirada ahora en ella.

Eso había sido un golpe bajo.

—Mi invocación habría salido mucho mejor si tu legado maldito no me estuviese matando —replicó ella.

—Para eso tendrías que aprender primero a dibujar bien los círculos.

Apretó los labios, luchando consigo misma para no decirle cuatro cosas a ese demonio.

—Tienes suerte de que hoy sea mi primer día y no el último —masculló, entrecerrando los ojos sobre él.

—¿Ya os habéis acostado? —preguntó el médico, alternando la mirada entre uno y otro.

—¿Por qué todo el mundo pregunta eso? —resopló ella, volviéndose hacia Vyktor—. ¿Tengo aspecto de querer tener algo con un demonio corruptor de sangre?

La sonrisa que le curvó los labios la estremeció.

—¿No es tu-tu... tuya? —La pregunta de Oliver hizo que el aludido pusiese los ojos en blanco.

—Sí. Es mía. Pero no de la manera en que estáis pensando... al menos de momento.

—¿Cómo que «*al menos de momento*»? —replicó ella, posando ambas manos sobre la superficie del mostrador—. Ni de momento ni nunca. Soy tu empleada durante tres meses y nada más.

—Sí, sí. Lo que tú digas, Willa. —Desestimó su respuesta con un gesto de la mano y se volvió a concentrar en Oliver—. Tú. Invocaciones. Anoche. ¿Qué salió del círculo?

—Un... un calcetín.

De repente se hizo tal silencio que Willa empezó a escuchar el tic tac de un reloj en alguna parte de aquella planta.

—Y ex-explotó.

—El calcetín.

Oliver asintió.

—Eso tuvo que ser el temblor que sacudió la casa —concluyó Vyktor—. ¿A quién pertenecía el calcetín, por curiosidad?

El fantasma levantó el brazo.

—Ya.

—Genial.

—No lo entiendo —musitó ella. Y, para ser honestos, hacía ya un rato que había perdido completamente el hilo de aquella conversación.

—Oliver + invocación = caos —resumió Maren de forma sencilla y rápida—. Por eso tiene prohibido hacer invocaciones dentro del refugio.

—¿Entonces fuera...?

—¿Quieres verme realmente cabreado, *Oliverias*? Porque si eso es lo que quieres, vas por el buen camino.

La palidez que recorrió el rostro masculino al escuchar lo que debía ser su nombre de demonio, fue inmediata.

—No, señor. —Bueno. Esta vez no titubeó ni un segundo, lo que solo podía sugerir que no era algo que deseara ver en esta vida.

—Bien —concluyó el propietario del refugio. Un par de zancadas después estaba justo delante del mostrador, girando el libro hacia sí y, pasando el dedo sobre la línea que habían empezado a rellenar, la eliminó por completo; como si nunca hubiese sido escrita—. Para futuras referencias. No aceptamos: Exorcistas, plantas carnívoras y fantasmas que no vengan acreditados.

—¿Plantas carnívoras?

—Boris tiene un pequeño problema con ellas —mencionó Vyktor, echando un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca—. Tengo que volver a la enfermería. Avisadme cuando hayáis encontrado lo que sea que ha extraviado el fantasma desahuciado y lo prepararé para su viaje al más allá.

Con eso, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

—Perdón... —murmuró entonces Oliver, dirigiéndose a ella—. No... que-quería causarte problemas en tu pri-primer día.

Se lo quedó mirando y sacudió la cabeza.

—Tú no me has causado problemas. Él, por otro lado... —Se volvió hacia Maren, quien cerraba el libro y lo empujaba hacia ella—. ¿Por qué tengo que llevar uniforme cuando nadie parece llevarlo?

—Porque tú trabajas oficialmente para mí, brujita. Los demás... Ellos me dan problemas —le dio un toque en la punta de la nariz que la descolocó durante un segundo—. Mañana ponte la falda. Tienes unas piernas estupendas.

Se giró antes de que pudiese decirle algo y recogió la caja de herramientas que había dejado en el suelo.

—Estaré en el sótano —le informó antes de marcharse de nuevo—. Oliver, mueve el culo y encuentra lo que sea que haya perdido ese fantasma o seré yo quien os desvanezca a los dos.

El aludido asintió con la cabeza y, podría decirse que incluso suspiró de puro alivio. El espectro, por su parte, parecía haber vuelto a sumirse en ese estado deslucido, como si no hubiese algo de fuerza.

—Te ayudaremos —escuchó que le decía el demonio, posando de nuevo la mano sobre el hombro fantasmal—. Encontraremos lo que has perdido y al fin podrás reunirte con los tuyos en el más allá.

La figura etérea levantó la cabeza. No estaba segura de si estaba viendo al recolector que tenía delante o simplemente se había sentido atraída por su voz.

—Se está apagando —murmuró, más para sí misma que para él.

—Lo sé —respondió el demonio, mirándola de soslayo—. Pero tengo... que intentarlo.

La decisión mantuvo estable su voz y le dio un brillo particular a sus ojos.

—Bueno, en ese caso, ¿por dónde empezamos? —le preguntó.

Acababa de decidir que iba a ayudar a ese recolector de almas a encontrar lo que quiera que hubiese perdido su fantasma.

—No es la pri-primera vez que tratas con es-espectros, ¿verdad?

La pregunta llegó de forma tan natural que Willa no encontró razones para negarse a responderla. Oliver se había mostrado atento y educado en el tiempo que llevaban recorriendo la mansión. Probablemente, este fuese el mejor tour que hubiese podido conseguir para familiarizarse con una propiedad que era mucho más grande de lo que había pensado en un principio.

San Bartolomé no era solo el edificio. Eran los jardines, las fuentes, el columpio suspendido entre un par de árboles en la parte de atrás, los senderos que parecían breves y por los que, sin darte cuenta, caminabas más de la cuenta. Y todo ello envuelto en esa particular neblina que, ahora sabía, era una frontera y también una línea de defensa para cualquiera que intentase entrar en este lugar sin permiso.

No era un lugar normal, lo cual debió de quedarle claro en el mismo instante en el que llegó, aunque solo ahora entendía qué tan anormal era aquel sitio.

Sacudió la cabeza en una negativa y contestó a la pregunta del demonio.

—Mi padre es un brujo espiritual. Llevo toda la vida viéndole interactuar con las almas en cada uno de sus estados... —Señaló al fantasma que les precedía, deambulando por aquí y por allá—. Suele acompañar a los *olvidados* en sus últimos momentos, pues dice que es lo único que puede hacer por ellos.

Oliver siguió su mirada, posándola en el espectro.

—Parece un bu-buen hombre.

—Lo es —confirmó, pero no dijo nada más. No quería hablar de su familia en esos momentos. No podía pensar en ellos, en cómo habían sido estos últimos meses y las discusiones que habían tenido. Los próximos tres meses eran una meta y necesitaba toda su energía para llegar a ella y conseguir lo que ninguna otra bruja de su sangre había logrado hasta ahora.

—Lo que di-dijo Viktor... —Sus ojos azules se volvieron hacia ella—. Te mueres. ¿Es verdad?

Se sostuvo la mirada unos segundos y asintió con la cabeza mientras se tocaba el brazo por encima de la chaqueta.

—Estoy maldita —confirmó con total entereza—. Cortesía del gótico de ojos carmesíes. Maldijo a mi tatarabuela y a su linaje a consumirse antes de cumplir los veintisiete. Se supone que mi cuerpo se necrosará hasta convertirme en algo así como una estatua. Cuando la ponzoña alcance mi corazón... Todo se acabará.

Dejó escapar un largo y bajo silbido en respuesta.

—Tu tatarabuela debió de cabrear a base de bien a Maren para que desatase una maldición semejante sobre toda la línea de sangre de una bruja.

—En realidad, solo afecta a la línea femenina —rezongó—. Los hombres no la experimentan.

—Y eso es aún mu-mucho más extraño —murmuró y casi parecía hablar más para sí mismo que para ella.

—No cuando eres un demonio hijo de puta y te importa una mierda lo que le pase a varias generaciones de brujas inocentes —masculó sin poder evitarlo—. Pero no me rendiré. Hemos hecho un trato y tendrá que cumplir su parte en el momento en que llegue el nonagésimo día de mi estancia aquí.

Oliver la miró de soslayo y no dijo nada.

Continuaron caminando en silencio, comprobando habitaciones, recovecos e incluso palpando paredes en busca de algún hueco oculto o algo que pudiese llamarle la atención a su fantasmal acompañante. A decir verdad, no tenían la menor idea de lo que estaban buscando, tan solo que tenía que tratarse de algo muy importante para que Cristoforo se hubiese negado a marcharse sin ello.

Cuando escuchó sus palabras, la acusación en aquella agotada y lejana voz, tuvo la sensación de que fuese lo que fuese, era antiguo y querido para él. Posiblemente, personal.

—¿Qué le habrá robado ese tal Ognibene? —preguntó en voz alta—. ¿Alguna joya? ¿Alguna fórmula secreta? ¿Su trabajo de toda

una vida? —Hizo una mueca—. La verdad es que ni siquiera me suena su nombre...

—Cristoforo de Parigi era un ma-maestro alquimista, uno de los buenos —mencionó Oliver—. De los que realmente conocieron los usos de la magia y no solo se limitaron a fin-fingir que podían convertir plomo en oro. Es posible que este Ognibene fuese alguien de su mismo círculo, un alumno, incluso...

—¿Tú crees? —Aquello la hizo pensar—. ¿Un alumno robándole algo a su mentor?

—O un mentor de-dejando su legado a su alumno. Un legado que quizá nunca llegó a con-convertirse en lo que Cristoforo quería que fuese —sugirió Oliver, mirando de nuevo al desdibujado espectro—. Sus recuerdos ya no están. Intenté traerlos de vuelta, pero... solo conseguí arrastrar un... calcetín.

—Bueno, yo arrastré a Lucrecia, así que... —murmuró, encogiéndose de hombros.

—El calcetín... explotó —señaló él.

—Maren se rio de mi círculo de invocación y de que intentase «ordenarle» como a un siervo.

—*Auch*.

—Sí. Eso mismo.

Se sonrieron y volvieron a concentrarse en el fantasma, siguiendo sus pasos como si este pudiese llevarlos a lo que estaban buscando.

Revisaron la biblioteca de arriba abajo, deambularon por el segundo piso y subieron al tercero, donde el recolector le informó que había un desván y un par de habitaciones más que ya nadie usaba.

—Hubo un tiempo en el que estas ha-habitaciones estaban ocupadas, pero ya nadie quiere quedarse en este lugar —le informó Oliver y Willa no pudo evitar darse cuenta de que el demonio llevaba ya un buen rato tartamudeando mucho menos. Todavía se enganchaba en alguna palabra, mas ni de lejos como al principio.

—¿Sabemos quién fue su último ocupante?

—*«Storie di un vecchio»*.

La voz de Cristoforo fue apenas un susurro, como un eco lejano.

—Ha dicho...

—Historias de un viejo —confirmó él mirando la puerta ante ellos—. El último in-inquilino fue un antiguo chamán. Un auténtico ermitaño. No se... relacionaba con nadie. Ya estaba aquí cuando yo llegué. Se marchó sin más... Creo que tu-tuvo problemas con... Maren.

—¿Existe alguien en este mundo que no haya tenido problemas con Maren?

Hizo una pequeña mueca, algo que casi le pasa desapercibida.

—Maren no es... como otros demonios.

—No. Es peor.

Oliver negó con la cabeza.

—No... no dirías eso si hubieses conocido el infierno. —El tartamudeo volvió y, apostaría que tenía que ver con la fuerza con la que dijo aquello—. Ellos no per-permiten fallos. O eres... útil o eres prescind... pres... prescindible.

—¿Por eso te despidieron? —preguntó con tacto.

—Despedido. Expulsado —asintió y añadió, mirándola ahora a la cara—. Estaría muerto si Ma... Si Maren no me hubiese... acogido.

Y de todas las cosas que esperaba escuchar de boca de ese hombre, esa no era una de ellas.

—¿Qué quieres decir?

—Un recolector de almas que no re-recolecta almas, no es apto —resumió con cierta amargura en la voz—. Los espíritus como Cristoforo son... erradicados. Las almas puras... corrompidas. Cuantas más almas recaudas, mayor es tu estatus. Yo dejé de recolectarlas porque empecé a es-escuchar lo que tenían que decir.

Los ojos azules de Oliver se posaron entonces sobre Cristoforo.

—Él no quiere ser olvidado... —musitó, como si le confesase un secreto—. Lo encontré fu-fuera de la barrera... *Non dimenticarmi. Eso era lo que... decía entonces.*

No me olvidéis.

Willa miró también al espectro y supo que lo que estaban buscando no era tanto algo que echase en falta el fantasma, como

probablemente aquello que evitaría que el mundo lo olvidase.

—A un erudito o a un científico siempre se les recuerda por sus logros... —murmuró para sí—. ¿Por qué no iba a recordarse de igual manera a un alquimista veneciano del siglo XV?

Como si supiese que estaba hablando de él, el espectro levantó la cabeza y clavó de nuevo esos ojos blanquecinos en los de ella.

La morte è oblio

Las palabras fueron como una caricia en su mente, una sentencia que conocía a la perfección.

—Y una mierda que lo es —masculó, giró sobre sus talones y miró la puerta ante ella—. Es aquí.

Oliver la miró un poco incrédulo.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Puede que hacer círculos de invocación no sea lo mío, pero... sigo siendo una bruja —declaró, extendió la mano y la puerta se abrió sin esfuerzo bajo su orden—. Y se me da muy bien abrir cerraduras.

La habitación estaba algo polvorienta y olía a cerrado. Parecía que nadie la hubiese limpiado o aireado en el último siglo, por lo menos.

—Bueno. Ya tengo una habitación que añadir a la lista de la limpieza —sonrió ante tamaña ironía.

El fantasma, por su parte, no se molestó en usar la puerta que acababa de abrir, se limitó a atravesar la pared y quedarse quieto en mitad de la habitación, mirando al suelo.

—¿Qué tal se te da levantar tablas del suelo? —le preguntó al recolector.

—Permíteme —respondió este.

No les llevó mucho tiempo. Las tablas del suelo resultaron estar cortadas en esa zona y, en un hueco, envuelto en pieles, encontraron lo que estaban buscando.

—*Non dimenticarmi* —murmuró el fantasma, extendiendo sus fantasmales manos hacia el atado.

Oliver retiró el envoltorio, descubriendo un viejo cuaderno lleno de anotaciones a mano, dibujos y también cartas, infinidad de cartas dirigidas a un único destinatario: Andrea Ognibene. Empezó a pasar las páginas despacio, mostrando una caligrafía apretada, elegante, muy del siglo XV, pero lo que llamó la atención de Willa fue algo muy concreto.

—Espera... —Posó la mano sobre la página, impidiéndole pasar a la siguiente—. Yo he visto esto antes... —Deslizó los dedos sobre el símbolo, la manera en la que estaban escritas las letras y empezó a traducir mentalmente del italiano las primeras líneas—. ¡Hostia puta!

Levantó la cabeza como un resorte, clavando los ojos en la figura fantasmal que tenía delante.

—Nunca fue olvidado, maestro di Parigi —aseguró, sonriendo casi sin darse cuenta—. Sus conocimientos, sus escritos, esto... —Señaló de nuevo el cuaderno—, sigue formando parte del mundo y de su legado.

—¿De qué estás ha-hablando, Willa? —Se interesó Oliver.

Miró al demonio y su sonrisa se hizo aún más amplia.

—De que has salvado el alma de uno de los grandes alquimistas del Renacimiento, Oliver, uno que siempre ha formado parte de la historia. —Volvió a señalar la hoja y tradujo el título, dotándolo de identidad propia—. Este material forma parte de uno de los compendios de alquimia más famosos de todos los tiempos. No conozco todos los detalles, admito que no es mi campo, pero mi padre tiene una de las primeras copias en su biblioteca privada y esta hoja, este símbolo, estas letras... Están escritas en él.

El maestro nunca había sido olvidado y, a partir de ahora, tampoco lo sería su nombre.

—Te di-dije que era un re-refugiado político.

Maren miró a Oliver de soslayo y acabó poniendo los ojos en blanco, mas no dijo nada. Se limitó a mirar a Vyktor, quien ojeaba el cuaderno y las cartas que habían encontrado con notorio interés. El

fantasma estaba a su lado, como un silencioso guardián de aquel objeto. Su aspecto era cada vez más desdibujado, sus bordes más grises, el tiempo corría en su contra a pesar de haber encontrado lo que se había negado a dejar este plano de existencia.

¿Acaso era ya demasiado tarde? ¿Estaba tan al borde del fin que no había solución posible?

El pensamiento la hizo estremecer, se llevó la mano de forma inconsciente al pecho y se frotó la zona del corazón, como si pudiese sentir la ponzoña abriéndose paso hacia él.

—El cuaderno está lleno de anotaciones, hay pasajes muy conocidos, pero otros... —El médico levantó la cabeza—. Hay material inédito aquí dentro. Cartas que nunca han visto la luz. Es un legado impresionante, maestro di Parigi.

La cada vez más inconsistente figura del fantasma pareció ondularse, sus ojos blancos se alzaron hacia el médico y, acto seguido, acabaron sobre Oliver.

Él era el que había hecho posible que Cristoforo pudiese encontrar su legado y, a través de ello, supiese que nunca había sido realmente olvidado.

Una segunda figura fantasmal, aunque esta poseía una forma mucho más física y conservaba cierto color dentro del espectro monocromático de grises, posó la mano sobre el brazo del recolector.

—Es la hora —susurró con voz de ultratumba, casi como si fuese un eco lejano.

Matilda había llegado unos minutos antes en compañía de Maren. La bruja fantasma era otro de los integrantes del refugio, Willa la había reconocido de las fichas que había en la carpeta que le entregó Lucrecia esa misma mañana.

Ante sus palabras, el médico asintió, cerró el cuaderno y miró al maestro demonio, quien dio su permiso para seguir adelante. El espectro se desplazó hasta colocarse ante Oliver y, aun cuando no salía ya ninguna palabra de esos desdibujados labios, Willa las escuchó en su interior.

«Grazie, mio caro amico».

—Hasta que vol-volvamos a encontrarnos, maestro.

El fantasma asintió y, solo entonces, la miró a ella. Le dedicó una ligera inclinación de cabeza y volvió con el médico. Sus transparentes manos se envolvieron en torno al cuaderno como si pudiese cogerlo y, de algún modo, puede que así fuese. La esencia de sus recuerdos regresó a sus manos, en una copia tan intangible como él mismo.

—El tiempo corre... —apremió la bruja. De algún modo sintió que esas palabras podían también estar dirigidas a ella, aun cuando jamás la miró.

Un par de velas se encendieron sin que nadie las hubiese tocado, las piedras, estratégicamente colocadas en el suelo, formando un triángulo, empezaron a brillar.

—Nos encargaremos de que el contenido de ese cuaderno sea publicado en su totalidad y reconocido en el mundo académico como obra de Cristoforo di Parigi —añadió Maren, dando un paso adelante—. Ve a casa, espíritu.

El fantasmal alquimista se llevó la mano al pecho, inclinó la cabeza ante él y entró en el espacio delimitado.

Un ensalmo después, su figura se consumió por completo, dejando tras de sí el recuerdo de una sonrisa fantasmal y un último «*grazie*».

—Y así, damas y caballeros, es como se realiza correctamente un paso al otro lado —declaró el demonio a cargo, rompiendo el silencio que siguió a la partida del fantasma—. Vykto, encárgate de hacerle llegar ese cuaderno a alguien de confianza que pueda autentificarlo y filtrarlo en el mundo académico. Que hagan una transcripción fiel al original.

—Tengo algunos nombres en mente —confirmó el médico, dando media vuelta y marchándose con el objeto.

—Oliver. No más invocaciones. —Apuntó al demonio recolector con el dedo—. Si vuelve a estallar algo ahí arriba, te arranco la piel a tiras.

—Sí, Maren —respondió de inmediato.

—¿Puedo estar presente cuando le arranques la piel? —preguntó la bruja fantasma con esa voz de ultratumba—. No me

importaría hacerme con algunos pedazos para futuros conjuros. Me estoy quedando sin suministros.

—No. —Fue tajante, lo que llevó al espectro a hacer una mueca.

—Aguafiestas —chasqueó la mujer y, acto seguido, se volvió hacia ella y la miró de arriba abajo—. Tú sí que estás jodida, ¿eh? Las maldiciones de sangre son una putada. Marenkini fue muy estúpido. Esa bruja era una egoísta hija de puta.

—Mati, cállate la boca.

—¿Qué? Lo era. Una auténtica perra —resopló el espectro y volvió a señalarla, ahora con un dedo ligeramente ennegrecido—. Aunque esta no tiene su aura, solo su sangre... Deberías hacer algo al respecto, Maren. Le quedan dos telediarios.

—¿Has acabado? —Los ojos carmesíes del demonio parecieron ganar intensidad, como si brillasen.

—En realidad solo estaba empezando —aseguró la mujer, dejando claro que le importaba más bien poco lo que dijese o no ese hombre—. ¿El uniforme también ha sido idea tuya? Me sorprende que no le dices una faldita con la que casi se le viese el culo. Es más tu estilo.

—Matilde Hécate Alisius, estás a una palabra de darte una vueltecita por el infierno —respondió él con tanta suavidad que le produjo un escalofrío.

La mujer chasqueó la lengua y optó por dirigirse a ella.

—Lo hizo, ¿verdad?

—No era tan corta, pero sí —admitió, encogiéndose de hombros con facilidad.

Los ojos de la mujer se abrieron un poco más, casi como si le sorprendiese que le hubiese respondido. Sus labios negros empezaron a estirarse en una espeluznante sonrisa.

—Ya me caes bien —aseguró con una rotundidad sorprendente, entonces volvió a mirar al demonio—. Es más espabilada que la media, deberíamos quedárnosla.

—Ya me he encargado de eso —replicó él—. Trabajaré para mí los próximos tres meses a cambio de liberarla de su maldición.

La mujer soltó una carcajada que le puso los pelos de punta.

—Ay, Maren. Tú no cambias, ¿eh? —mencionó la mujer entre risas—. Bien, bien. Que sea así entonces. —Fue entonces cuando se dirigió de nuevo a ella—. Ándate con ojito con este, querida. Es un seductor de primera.

—¡Mira qué casualidad! Yo también soy la primera en algo: En ignorarle completamente.

Su respuesta trajo consigo otra carcajada, hasta el punto de que la fantasma acabó desvaneciéndose en medio de carcajadas.

Willa se sobresaltó, dio un paso atrás y empezó a mirar de un lado a otro, buscando a la fantasma.

—¿Decidme que no acaba de morir de un ataque de risa?

Maren respondió con un resoplido, mientras que Oliver sonreía de una forma que no lo había visto hacer hasta ahora. Y, diablos, eso lo hacía bastante atractivo.

—No tendremos esa suerte —chasqueó el propietario del refugio—. En fin, me vuelvo al sótano. Ese condenado dragón está empeñado en cargarse las tuberías.

—¿Un dragón? —Esperaba haber escuchado mal.

—La caldera —explicó Oliver, viendo cómo su compañero de gremio se marchaba sin otra palabra.

—¿Va a ocuparse de la caldera? —murmuró, mirando de soslayo a su acompañante.

Este asintió.

—Él es quien se... se encarga de las re-reparaciones del refugio —confirmó e hizo un gesto con la mano, abarcando el espacio—, y de... todo lo demás.

—Parece más un conserje que un *Maestro Demonio* —murmuró para sí.

—No... No te fíes de las apa-apariencias, Willa. —El tono en la voz de Oliver le llamó la atención—. Maren tiene... muchas caras y no todas son a-amables.

Asintió con la cabeza. Empezaba a entender eso por sí misma.

—Creo que...

Willa no llegó a terminar la frase, pues la casa eligió ese preciso instante para sacudirse. Un segundo después, empezó a aullar una sirena en alguna parte de la mansión.

—¿Qué coño...?

Oliver posó la mano sobre su hombro y le sonrió.

—Vete... acostumbrando —le dijo el demonio—. En este lugar siempre pasan... cosas.

Y, con ese último comentario, ambos se dirigieron a la parte principal de la casa para averiguar qué nuevo desastre acababa de dar comienzo.

Sin duda, estaba siendo un primer día de trabajo memorable.

CAPÍTULO 4: DONDE TAMBIÉN CAEN LOS ÁNGELES

Seguía viva. Y, no solo eso, de algún modo la enfermedad parecía estarle dando una tregua. Aunque era probable que solo fuesen imaginaciones suyas, un momento de relajación antes de clavarle los dientes en lo más profundo. Fuese como fuese, lo cierto es que las manchas no habían crecido y tampoco le habían salido otras nuevas.

Por lo que recordaba haber escuchado sobre la progresión normal de la ponzoña atada a la maldición, la cosa empeoraba mucho en los últimos meses, pero incluso los dolores que normalmente la aquejaban se habían reducido a puntuales molestias.

Dos semanas. Llevaba en este lugar tan solo catorce días, aunque, dependiendo de la jornada, algunos podían contar el doble e incluso el triple.

Levantó la cabeza y observó la lámpara que colgaba de la recepción. Era ya casi media mañana y todavía no la había visto moverse una sola vez. Y eso era raro, jodidamente raro.

San Bartolomé era cualquier cosa menos un lugar tranquilo, así que el hecho de que llevase todo este tiempo detrás del mostrador de la recepción y no hubiese escuchado la sirena de incendios, a Nix gritando porque se había pillado un tentáculo en el desagüe o a Agnes anunciando alguna tragedia inminente, era sinónimo de que algo horrible estaba a punto de ocurrir.

—Son las doce —murmuró, echando un vistazo al reloj que figuraba en la esquina de la pantalla del ordenador—. Y todavía no ha habido ni una sola explosión.

Un ligero trote llamó su atención, levantó la cabeza justo a tiempo de ver a un poni de las Shetland con el pelaje rosa cruzando

por delante de ella.

Había cosas demasiado bizarras para terminar acostumbrándose a ellas, aunque al menos ahora ya no pegaba respingos cuando se las encontraba. Vera era una de ellas. La cambiaformas tenía una particular habilidad para ser incapaz de conservar su forma humana. Cada vez que se ponía nerviosa, terminaba adoptando alguna forma animal.

—¿Todo bien, Vera? —preguntó.

El caballito giró la cabeza y unos enormes ojos castaños se posaron sobre ella.

—Sí, *siiii*. —La voz de la chica saliendo de la garganta del pony era difícil de clasificar—. Lucrecia... Me acaba de enseñar la *liiiiista* de la compra y me he acojonado.

—¿Por qué?

—¡Ha reducido la asignación para *fertilizaaaaante*! —soltó un pequeño relincho—. Boris va a volverse loco cuando se *enteeeeeeere*.

Willa se encogió automáticamente.

—Dime que no me toca a mí la tarea de comunicárselo —suplicó. La última vez que le había dicho a Boris que no podía encontrar lo que necesitaba alguna de sus plantas, había amenazado con usarla a ella como fertilizante.

Ese hombre era gruñón por naturaleza, pero cuando estaba en pleno ciclo de luna llena, ahí era mejor hacerse a un lado y no dirigirle la palabra a menos que él te hablase primero.

—He enviado a *Aaaaaagnes* —acabó pronunciando el nombre como un relincho—. Puestos a dar malas noticias, es la mejor.

Se mordió el labio para no reírse, porque si había alguien a quien se le daba fatal dar malas noticias, era a esa *banshee*. No porque no pudiese hacerlo, sino porque siempre se ponía en lo peor y acababa con unas crisis de ansiedad de órdago.

—Será mejor que el Dr. Graves tenga libre la consulta, porque la va a necesitar —vaticinó, sabiendo que era así como siempre acababan las cosas.

Desde luego, el médico nunca tenía tiempo para aburrirse. Era raro el día en que no tuviese algún paciente en su puerta.

—Voy a ayudar en la cocina, hoy me toca poner las mesas —le informó, con un meneo de la cola, antes de marcharse trotando.

La siguió con la mirada hasta verla desaparecer por el corredor. No tenía duda de que, antes de recuperar su forma humana, adoptaría al menos un par de cambios más.

—Un día cualquiera en...

No llegó a terminar la frase. La puerta principal se abrió dando paso a un hombre con una expresión de puro agotamiento existencial. Iba vestido de traje y corbata, lo cual sería elegante y le aportaría un toque de sobriedad de no ser porque parecía estar hastiado de la vida. A Willa le recordó a uno de esos agentes de bolsa cuando acababan la jornada, despeinados y pidiendo a gritos una ducha y una copa.

El recién llegado fue directo hacia ella, levantó el maletín que traía consigo y lo posó sobre el mostrador. Lo abrió y sacó un fajo de papeles unidos por un clip que no dudó en empujar hacia ella.

—Traigo un ingreso para el refugio San Bartolomé —le informó, al tiempo que levantaba el brazo y echaba el pulgar por encima del hombro—. Viene derivado del *Piso de Arriba*.

—¿El Piso de Arriba?

Preguntó, siguiendo el gesto del tipo para encontrarse ahora con un segundo individuo cruzando el umbral.

Durante un breve instante se olvidó absolutamente de todo. Estaba demasiado pasmada con el hombre que acababa de entrar en la recepción. Lo recorrió de la cabeza a los pies, desde su pelo, una gama completa de rubios, marrones y negros, que se ondulaba sobre unos ojos de un prístino azul cielo, pasando por unos hombros anchos, un pecho amplio y unas estrechas caderas que daban paso a unas largas piernas enfundadas en un pantalón de vestir. Iba de punta en blanco, literalmente, pues no había otro color en su atuendo. Hasta los zapatos que llevaba eran tan claros como su traje de tres piezas.

El recién llegado era todo un Adonis. Debía de medir en torno al metro ochenta o puede que un poco más, y parecía más interesado en la arquitectura del hall que en que estuviesen hablando de él.

—Una entrega especial. —La voz del agente la sacó de su ensimismamiento, obligándole a prestarle atención.

—¿Qué?

Volvió a señalar por encima del hombro y le dio unos toquecitos a los papeles con cierta impaciencia.

—Entrega especial —repitió con premeditada lentitud, como si pensase que era tonta—. Le han dado la patada y, de las opciones disponibles, esta era la menos mala.

Aquello la hizo parpadear un par de veces, aprovechando esos segundos para procesar lo que le estaba diciendo.

—¿Quiénes le han dado la patada?

Ahora fue el hombre el que la miró de arriba abajo, entrecerró los ojos y resopló.

—Es usted nueva, ¿no? —chasqueó el tipo—. Justo el día en que más trabajo tengo, tiene que tocarme la novata. —Recogió los papeles que había dejado sobre el mostrador y los pasó hasta llegar a una especie de ficha—. A ver, bonita. Yo aquí solo ejecuto las órdenes que me dan y, en este caso, es traer a este ángel caído al refugio San Bartolomé y dejarlo bajo su custodia.

Willa bajó la mirada a la documentación y vio de un solo vistazo que no había escuchado mal.

—Un ángel caído.

—Eso he dicho —afirmó. Volvió a hurgar en su maletín y sacó una pluma—. Ahora, si firmas aquí y aquí, daré la entrega por realizada y me marcharé a seguir con mi trabajo. Porque, al contrario que otras, yo sí hago algo.

Si algo había aprendido en las dos semanas que llevaba aquí era que el porcentaje de gilipollas por metro cuadrado en esta dimensión era muy superior al de toda la superficie de la Tierra. Pero este, había entrado a encabezar el nuevo top cinco, por encima incluso de su nuevo jefe.

—Tendrá que rellenar una serie de impresos para que podamos tramitar su ingreso —respondió ella con una beatífica sonrisa, mientras echaba la mano a la bandeja que tenía sobre el escritorio y le plantaba tres copias—. Es cómo funcionan las cosas aquí, aunque ya lo sabrá dado su alto nivel de experiencia.

—*Um*, formularios. —El presunto ángel caído se adelantó, cogió los papeles que había dejado sobre el mostrador y pareció examinarlos como si fuesen un duro contrato—. Aquí hay una falta de ortografía...

—Ezrael...

—Y este apartado debería tener más espacio para poder escribir. No cogerán todos los dígitos —añadió, ignorando la llamada de atención del hombre—. ¿Tienes un bolígrafo? Puedo hacer las correcciones oportunas y solo tendrás que volver a imprimirlo.

El tipo le arrancó los papeles de las manos, los puso de nuevo sobre el mostrador y fulminó al ángel con la mirada, quien se limitó a levantar las manos a modo de rendición.

—Ya traigo los formularios correspondientes rellenos, así que solo tendrá que sellarlos y darles trámite —resopló, sacando un nuevo fajo de papeles de su maletín.

—Lo haré, en cuanto rellene eso —insistió ella, señalando los papeles que le había entregado—. Las normas del refugio son muy claras...

Y las de Lucrecia también. Lo último que quería era llevarse una mirada fulminante de esa mona cuando le entregase la nueva documentación y viese que no constaba en ella sus preciosos formularios.

—Y yo le estoy diciendo que...

—Joder, Baster, ¿otra vez aquí? —El bufido de Maren se escuchó hasta en la China, estaba segura. La manera en que el demonio apareció y miró al hombre como si se hubiese encontrado con una plaga en su hall, fue bastante cómica—. ¿Qué es *eso*?

No quién, sino *qué*. Su jefe no se andaba precisamente con sutilezas, pero empezaba a entender el que usase esa fórmula, ya que ninguno de los seres que convivían bajo este techo podía ser considerado normal.

—Nos mandan del Piso de Arriba un ángel caído —se adelantó ella, tendiéndole los papeles.

—¿Del Piso de Arriba? —Bufó de risa. Cogió los documentos, los ojeó con rapidez y, sin perder dos segundos más de su tiempo, se los devolvió a su dueño—. No.

Bueno. Eso había sido rápido.

—No puedes rechazarlo, es una derivación —replicó de inmediato el tipo trajeado.

—Acabo de hacerlo —zanjó Maren—. Puedes llevártelo de vuelta.

—No voy a llevarlo de vuelta —bufó—. No lo quieren allí.

—Y yo no lo quiero aquí.

—No puedes rechazarlo. —El tipo se llevó las manos a las caderas—. El traslado está firmado.

—Me da igual.

—Es legalmente vuestro.

—Y una mierda.

—Maren... —El hombrecillo empezaba a ponerse de todos los colores, lo que era algo habitual cuando se batallaba con ese demonio. Sorprendentemente, tenía un dominio de las leyes que la había dejado pasmada.

—No voy a meter un puto ángel caído en mi refugio, Baster. Solo dan problemas —siseó, sus ojos carmesíes parecieron encenderse al posarse sobre el hombre en discusión. Este se limitó a enarcar una ceja y sonreír de una manera bastante irónica.

—Como si el resto de tus inadaptados no los diesen —chasqueó. Estaba claro que conocía muy bien el refugio y a sus habitantes—. Cursa los malditos formularios y deja de joderme. Pon una queja a los de arriba si quieres, pero mi trabajo era traerlo, entregarlo y eso he hecho.

—No te atrevas...

—Ezrael, buena suerte. —El tipo le dio la espalda a Maren, se despidió del ángel con esas palabras y se marchó por donde había venido. De hecho, más bien habría que decir que se «esfumó» en el mismo instante en que cruzó de nuevo la puerta.

—Demonios burocráticos... —siseó su jefe, le echó un nuevo vistazo al ángel y se volvió hacia ella con esa expresión que ponía los pelos de punta—. Ocúpate tú de él.

Giró sobre sus pies y salió en tromba. Lo próximo que escuchó fue la puerta de la oficina de Lucrecia cerrándose de golpe.

—Y el Apocalipsis ha llegado a San Bartolomé —musitó, pues era la primera vez que veía a Maren comportarse de esa manera.

—En realidad, el Apocalipsis empieza con la apertura del Primer Sello.

La inesperada respuesta hizo que se volviese hacia él.

—Era una forma de hablar...

Se encogió de hombros, un gesto que le quedó incluso elegante.

—Las formas de hablar a menudo suelen ser imprecisas.

—A ti te echaron del... Piso de arriba, ¿no?

—Digamos que... tuvimos algunas discrepancias —admitió el ángel reuniéndose con ella del otro lado del mostrador—. Soy Ezrael, por cierto. Y tú... ¿por qué no estás muerta todavía? No te ofendas, es que antes trabajaba para Azrael y he visto unas cuantas almas moribundas...

—Ya.

—Mierda. Te has ofendido —dejó escapar un resoplido y sacudió la cabeza—. Parece que se me va a dar de puta madre ser un ángel caído.

—¿Cuánto tiempo llevas, ya sabes, siendo caído?

Se apartó la manga de la chaqueta y el Rolex casi la deja ciega.

—Diría que poco más de doce horas —calculó—. La verdad es que me han parecido muchas menos.

—No puedo imaginarme por qué —mencionó y, acto seguido, dejó escapar un largo suspiro—. Bueno, Ezrael, vas a tener que rellenar un formulario de ingreso mientras busco una habitación libre en la que puedas instalarte.

—¿Podría ser una habitación con vistas? —preguntó, apoyándose en el mostrador—. Es que me adapto mejor a los sitios si puedo ver lo que hay fuera.

—No me digas...

—Todavía no me has dicho cómo te llamas —añadió él, ladeando un poco la cabeza—. Y, por cierto, muy chungu la maldición que tienes encima. El que te la haya echado es un cabrón de primer orden. Uno muy poderoso.

—Mira por dónde vamos a estar de acuerdo en algo —le dijo, poniéndole el formulario correspondiente y un bolígrafo delante—. Y soy Willa, tu comité de bienvenida, al parecer.

Él le sonrió, tendiéndole a continuación la mano.

—Es un placer conocerte, Willa. Gracias por darme la bienvenida y hacerte cargo de mi acomodación.

Miró su mano y acabó por estrecharle la suya.

—Lo mismo digo, Ezrael.

—Llámame Ezra —pidió él y, durante los próximos minutos, se entretuvo rellenando el formulario y haciéndole sugerencias de cómo podía mejorarse.

Nunca pensó que una asignación de dormitorio sería tan complicada. No se trataba tanto de la disponibilidad de habitaciones libres como de la ubicación de estas. En la actualidad solo contaban con tres en la segunda planta y la del ático, pero esta última ni siquiera podía contabilizarse, ya que necesitaba una reforma.

Al final no le quedó más remedio que asignarle el dormitorio frente al suyo. La alternativa era darle el colindante al de Nix o el que estaba en frente de Maren y, algo le decía que ese irritante demonio quemaría el maldito edificio si hacía tal cosa.

Su jefe había dejado claro que no quería saber nada del ángel caído y no podía evitar preguntarse si se trataba de la enemistad eterna entre «*ángeles y demonios*» o algo más personal. Como fuese, le había endosado el nuevo a ella y estaba haciendo exactamente lo que le habían explicado que hiciese.

Lucrecia apenas había apartado la mirada del ordenador cuando le entregó toda la documentación. Le llevó tan solo un segundo mirarla por encima de sus diminutas gafas y descartarla como si fuese una pelusa.

Esa mona nunca le perdonaría que la hubiese atrapado en un círculo de invocación.

Al final, su mañana se había reducido a mostrarle a Ezrael su dormitorio y hacerle un tour por la mansión, explicándole dónde estaba cada cosa y el funcionamiento al que ella misma empezaba a acostumbrarse. Y debía admitir que no le supuso una carga, más bien todo lo contrario.

El ángel caído era un hombre educado, agradable y bastante ingenioso. Y también observador. Muy observador, de hecho. Era capaz de fijarse en cosas a las que ella ni siquiera había prestado atención y sus observaciones a menudo eran acertadas, aunque no siempre bienvenidas.

—Por favor, nunca vuelvas a llevarle la contraria a Boris con respecto a sus plantas si no quieres terminar como abono para alguna de ellas.

—Un hombre interesante, ese viejo licántropo —mencionó Ezra, caminando a su lado. Habían entrado por la galería con acceso al jardín antes de que se desatase la ira del jardinero—. Aunque sus petunias tienen exceso de abono.

—¿Te ocupabas de los jardines en el Piso de Arriba? —preguntó, mirándole de soslayo.

—No. De la jardinería y el paisajismo se ocupaba Raziel. Tenía una mano estupenda para las rosas, pero no tan buena para las orquídeas. No le duraban demasiado. Y menudos berrinches que se cogía cuando se le moría alguna. Su rostro se ponía casi tan azul como sus alas.

—¿Entonces cómo puedes saber si las petunias tenían exceso de abono?

—Por la acidez de la tierra —respondió, mirándola como si fuese algo de dominio público—. Se veía a simple vista.

—Sí, bueno. Un consejo —le dijo, deteniéndose ante las puertas abiertas del comedor—. Lo que diga Boris de sus plantas, va a misa.

—¿Y qué favor le haces dándole la razón cuando sacarle de su error es mucho más efectivo? No solo para sus plantas, para su cuidado, sino porque adquirirá un conocimiento del que carece.

—Tu lógica no tiene fallas —admitió ella.

—Lo sé. Gracias.

—Sin embargo, a veces es más sano guardarse los comentarios, sobre todo cuando nadie te los pide —concluyó, dándole un toquecito en el brazo y señalando la enorme estancia ante ellos—. Última parada del *tour*. Aquí está el comedor, por allí las cocinas y al final de aquel pasillo están las escaleras al sótano. La

lavandería está abajo. La colada se hace los martes y los jueves. Si eres alérgico o intolerante a algún alimento, díselo a Vera y ella avisará en cocinas.

—Nunca he tenido que preocuparme por cosas como alergias o intolerancias alimenticias —admitió con gesto pensativo—. Arriba, la comida siempre sienta bien, independientemente de lo que lleve.

—¿Ah, sí?

Él asintió con la cabeza y entró en el comedor, observando todo con ojo crítico.

—La distribución de mesas podría ser un poco más eficiente, pero el menú parece ser de primera calidad —mencionó, dirigiéndose hacia la línea de bandejas del autoservicio—. Huele muy bien.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste, Ezrael?

—Me comunicaron mi nuevo destino antes del desayuno.

—¿De ayer?

—Así es —respondió, enderezándose y alisándose al mismo tiempo la ropa, como si acabase de recordar dónde estaba—. Mi traslado ha llevado más tiempo del esperado. Burocracia, ya sabes.

Se lo quedó mirando unos segundos y negó con la cabeza.

—Sí. Estoy cada vez más puesta al día con los temas burocráticos, aunque incluso yo encuentro huecos para poder comer —resopló.

Willa no se pensó dos veces en arrastrar al ángel con ella a la mesa de Oliver. El demonio se había convertido en su primer amigo en el refugio, alguien con quien podía despotricar de Maren sin que le pusiesen pucheros o la mirasen como si les estuviese hablando de otra persona.

Aquello, sin duda, fue el comienzo de todo lo que vino después. El ángel acabó conquistando con su presencia y carisma a todo aquel que se cruzaba en su camino. El hecho de que pareciese saber qué decir en cada momento y que fuese tan honesto, parecía enamorar a unos y hacer desconfiar a otros, pero a grandes rasgos ya empezaban a considerarlo «*un tipo agradable*».

A Vera la conquistó alabando su trabajo en el comedor y mostrándose impresionado al verla cambiar de repente a una

pequeña conejita; con toda probabilidad, la cosa más adorable que había visto en mucho tiempo.

Con Oliver resultó tener conocidos en común y el hecho de que estuviese a favor de escuchar a las almas, fue algo que sin duda conectó con el demonio recolector.

Incluso tuvo palabras amables para Nix y se mostró mucho más paciente que algunos de los que conocían al kraken adolescente desde hacía mucho más tiempo. El chico parecía haber encontrado a alguien que finalmente le entendía.

Solo Maren seguía desconfiando, más que eso, estaba convencido de que todavía no habían visto el verdadero desastre que estaba a punto de cernirse sobre todos ellos.

—¿Qué problema tienes tú con el ángel?

El demonio se había pasado por la recepción para recoger algunas cosas.

—Ninguno. —Ni siquiera la miró, estaba demasiado ocupado hurgando detrás del mostrador—. ¿No había un cúter por aquí?

Señaló el cajón superior con el dedo.

—No lo quieres aquí.

—Eso ya lo dejé claro cuando nos lo endosaron —replicó, encontrando al fin lo que estaba buscando.

—¿Por qué?

—Porque traerá problemas.

Bufó y puso los ojos en blanco.

—Pero si es la persona más educada y amable que he conocido en mucho tiempo...

La miró de soslayo y sonrió.

—Sí, claro.

—Lo es.

—No lo pongo en duda.

—Tú, en cambio, eres de lo más irritante —resopló ella, llevándose las manos a las caderas.

—Dale tiempo, brujita, solo dale tiempo —le dijo, abandonando la recepción—. Si mañana sigues pensando lo mismo, te subo el sueldo.

—¿Subirme el sueldo? ¡Si ni siquiera me pagas!

Maren se detuvo en medio del hall, se volvió hacia ella y la miró de arriba abajo.

—Es verdad. —Sonrió de una manera que le puso los pelos de punta—. Tu recompensa vendrá al final de los tres meses. No lo olvides.

—No podría aunque quisiera —farfulló, viendo cómo salía por la puerta principal—. Maldito demonio.

A la mañana siguiente, Willa tardó exactamente siete segundos en comprender que Maren tenía razón. No sabía si lo que alertó fue el que el mostrador de recepción estuviese tan pulido que casi pudiese reflejarse en él, o hubiese un jarrón con... *margaritas*.

—Ay, Dios.

Nada más colarse detrás de su puesto, se encontró con que su escritorio había sufrido una transformación. Los bolígrafos estaban alineados por colores, los archivadores tenían unas etiquetas escritas a mano con una caligrafía de lo más pulcra, incluso los *post-its* estaban agrupados por categorías y formas. Y allí, encima del teclado, había una lista:

—*Tips para mejorar el funcionamiento de la recepción.* —Parpadeó varias veces, releyendo una y otra vez la línea antes de pasar a la siguiente—. Mejorar el sistema de clasificación, reducir el tiempo de respuesta, optimizar el espacio de trabajo... —Debajo de cada punto había una serie de consejos. Y la hoja remataba con una línea subrayada en amarillo en la que ponía—. Corrige las faltas de ortografía de los formularios 307 y 669.

Sacudió la cabeza, miró a su alrededor e incluso salió del cubículo para asegurarse de que no había alguien escondido en algún rincón, como si aquello fuese una cámara oculta.

—¿Pero qué coño...? —Se pasó una mano por el pelo y volvió a mirar la recepción. Las flores en el jarrón eran el equivalente a una enorme luz roja, a una sirena de emergencia sonando a todo trapo—. Alguien va a morir hoy.

Y, por Dios, que no pensaba ser ella.

Miró el jarrón, las flores y una vez más el jarrón.

—Vale. Tranquila. Tú no has hecho esto, aunque eso a Boris le va a dar exactamente igual —gimió para sus adentros. Volvió a mirar a su alrededor y, buscando en lo más profundo de sí misma algo de calma, posó las manos en torno al jarrón y empezó a murmurar un encantamiento básico. No era nada del otro mundo, algo muy sencillo que cualquier bruja podría hacer. Se lo enseñaban a los niños del aquelarre, aunque a ella nunca se le había dado demasiado bien—. Cambia ahora.

Las margaritas mutaron, literalmente. Empezaron a retorcerse y a crecer hasta el punto de que terminó con alguna especie botánica de dudosa procedencia, que a duras penas cogía en el jarrón. De hecho, este último también mutó y, unos segundos después, se encontró con una maceta en la que había una especie de planta con tres flores con una sonrisa siniestra.

—Bueno, no es lo ideal, pero... evitará que me usen de abono para las plantas.

«*Abono para plaaaaantaaaaassss*».

—¡No me jodas! —Se llevó las manos a la cabeza al ver que esas sonrisas se abrían y se convertían en bocas cantarinas.

—*No me jooodassssss*.

—La madre que me... —Cerró la boca de inmediato. Estiró la mano, con intención de coger esa cosa y sacarla de allí, ¡y las putas flores intentaron morderla!—. ¡Oye!

Las tres cabezas florales empezaron a ladrar como chihuahuas. Escandaloso, demencial, una auténtica locura.

—*iWillaaaa! iWillaaaa!*

Se volvió justo a tiempo de ver a una cabra con el pelo rosa trotando hacia ella.

—Mis *menuuuuuusssss* —baló la recién llegada—. Han modificado mis *menuuuuuusssss*.

—¿Qué?

«*Menuuuuuuuusssss*». Canturrearon las flores, uniéndose en un coro espectacular.

La cambiaformas se sobresaltó al escuchar el cántico. Donde había una cabra, apareció un pequeño zorro, también con el pelo

rosa.

—¿Qué es eso? ¿Boris ha pedido otra planta rara? —La voz de la chica sonaba ahora demasiado gruesa, canina, en realidad.

—Me temo que esto ha sido cosa mía, no de Boris...

—¡Maren! —El vozarrón llegó acompañado de fuertes pisadas. No pasó mucho tiempo hasta que vieron aparecer al mentado licántropo y, a juzgar por su expresión, estaba dispuesto a asesinar a alguien—. ¿Dónde está Maren?

—Yo no lo he visto esta mañana... —murmuró la zorrita, escondiéndose detrás de sus piernas.

—No te lo pregunto a ti, se lo pregunto a *esta*. —Y su dedo índice acabó señalándola a ella—. ¿Dónde está Maren?

«*Mareeeeeennnn*». Canturrearon las malditas flores.

—¿Quién coño ha tocado mis plantas? ¡La galería está patas arriba!

«*Mis plantasssssss*».

«*Patas arribaaaaaaaaa*».

Los ojos amarillos del licántropo salieron disparados hacia el mostrador. Su expresión de «*voy a hacerte pedazos*» se quedó congelada durante unos instantes, parpadeó un par de veces de manera muy rápida y en dos zancadas se encontraba delante de la maceta, acercando los dedos.

—Yo no haría eso —señaló ella—. Muerden.

Pero las flores, cabronas como ellas solas, no solo dejaron que las tocase, sino que se rozaron contra sus dedos como gatitas ronroneantes.

—Hay que joderse...

—¿De dónde has sacado esta maravilla?

—Eh... digamos que... ¿La cree?

La zorrita emitió un pequeño chillido y volvió a cambiar, adoptando ahora forma humana, mientras Boris la miraba de arriba abajo, como si quisiera asegurarse de que seguía siendo ella.

—Maren dijo que eras una nulidad como bruja —rezongó el hombre. Sus ojos se encontraron con los de ella y los entrecerró—. No es exactamente así, ¿verdad?

—Convocó a Lucrecia... —mencionó Vera. Al parecer aquello era ya de dominio público y lo que la había etiquetado como «*bruja inepta*» gracias a ese insufrible demonio.

Ni loca iba a decirles que lo de las flores había sido otro intento fallido. Decir que había intentado convertir unas margaritas, presumiblemente cortadas en el jardín de la mansión, en rosas, sería como declarar que había atentado contra la flora de Boris.

No. Podía ser una nulidad como bruja, pero no estaba loca.

—Algunas veces... acierto, supongo —resopló.

«*Algunas veceeeeeessss*». Repitieron las flores.

Las ignoró y señaló la maceta con un gesto de la mano.

—En realidad, creo que estarían mucho mejor en tus manos, Boris.

—De eso no te quepa la menor duda —replicó el hombre con su habitual sequedad, aunque no le pasó desapercibido el brillo de ilusión en sus ojos—. Me las llevaré, solo para asegurarme de que no acabas dejándolas morir.

Willa hizo una mueca y optó por no decir nada más al respecto.

En cambio, se volvió hacia Vera, intentando averiguar qué narices estaba pasando.

—¿Dijiste que alguien había cambiado tus menús?

Ella asintió con la cabeza.

—Y no solo los menús. —Se mordió el labio inferior—. Las mesas estaban colocadas de otra manera. Las bandejas de cubiertos, las servilletas. Todo está puesto de otra manera.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—Eso es algo que a mí también me gustaría saber.

El doctor Graves apareció por el pasillo, caminando con total tranquilidad mientras examinaba algo que traía en las manos.

—Acabo de encontrarme sobre la mesa de mi despacho un nuevo protocolo de admisión de pacientes —mencionó, mirándola a ella, como si hubiese sido la que hubiese entrado en la enfermería a dejarle aquello—. Y también me han dejado una lista con el título «*Recomendaciones para reducir la mortalidad de criaturas sobrenaturales*».

—Le juro que yo no he sido, doctor Graves.

—Vyktor, querida. Solo Vyktor —le recordó, como ya había hecho en otras ocasiones—. He de admitir que algunas anotaciones son de lo más interesantes. Aunque no sucede igual con la reorganización que ha sufrido mi botiquín.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Vera.

—Alguien los ha reorganizado poniéndolos por orden alfabético.

—¿Y?

—Que los tenía clasificados por compatibilidad química —suspiró el médico—. Ahora encontrar cualquier cosa me llevará diez minutos más. Diez preciosos minutos.

—Busca a Maren —gruñó Boris. Ahora llevaba la maceta bajo el brazo y las flores estaban encantadas, rozando sus pétalos contra él—. Muévete.

—Supongo que estará en el sótano... —Miró hacia el pasillo lateral—. Iré a ver y...

—¿Willa? —La voz de Oliver precedió la llegada del recolector, el cual venía ojeando un pedazo de papel—. ¿Me has de-dejado tú esto en mi puerta?

—Yo no he dejado nada en ningún sitio —aseguró antes de salir al paso de su amigo—. ¿Qué es? ¿Otro formulario? Puede que eso sea cosa de Lucrecia.

El demonio recolector negó con la cabeza y giró el papel de modo que pudiese leer el encabezado: *Normativa eficiente para la gestión de almas*.

—Y n-no fui el único en recibirlo —recordó, señalando con un gesto detrás de sí, justo a tiempo de ver aparecer a Nix arrastrando los pies y con la cara roja de indignación.

—¿Uso responsable de tentáculos en espacios compartidos? —Se quejó el chico, agitando el papel—. ¡Esto es discriminación!

—Vale, está claro que aquí ha pasado algo, pero no tengo la menor idea de qué narices es —admitió. Aunque, siendo sincera consigo misma, más que no saberlo, no quería pensar siquiera en la posibilidad de que la advertencia que le había hecho su jefe la noche anterior se estuviese haciendo realidad.

—¿Dónde está Maren? —preguntó Nix.

—En el sótano, seguramente —resopló Boris, quien le hacía cosquillas a las flores.

—¿Otra vez?

—*Eusi* se está haciendo de rogar.

—¿Quién es Eusi? —No había escuchado jamás ese nombre.

—Nadie.

—Es mejor que no lo sepas.

—Un incomprendido.

—Otro inútil como tú —rezongó el licántropo—. A Maren se le pegan.

—¿Por qué me da la sensación de que no te caigo demasiado bien, Boris?

Él la miró de la cabeza a los pies y se encogió de hombros.

—No me caías demasiado bien hasta... Hace cinco minutos. —Y podía entender que el cambio se debía a la planta que tenía en los brazos—. Al menos ahora sé que tu incompetencia puede que tenga algún beneficio.

No sabía si eso era bueno o malo.

—Boris, eso ha sido ru-rudo... —chasqueó Oliver—. Willa... hace lo que pu-puede...

—Gracias, Oli...

El demonio se sonrojó, pero asintió.

—La verdad es que Maren está de mejor humor desde que ella está aquí —añadió Vera, mirándola de arriba abajo—. ¿Ya os habéis acostado?

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué manía os ha entrado a todos en preguntar semejante estupidez? —resopló—. Yo a ese demonio no lo tocaría ni con un palo... ¡Es el culpable de mi maldición!

—Y de que esta haya quedado en suspenso —señaló el médico—. Deberías darle las gracias.

Su comentario hizo que se volviese como un rayo hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Willa no terminó la frase, pues un agudo grito sacudió la planta baja y dejó a todo el mundo congelado en el lugar.

—Oh, no.

—Mierda.

—Alguien va a morir.

—Será mejor que vayas a buscar a Maren ya.

De repente, la mansión entera pareció dejar de respirar. Se escuchó el sonido de una puerta abriéndose y cada uno de los presentes se encogió, como si esperasen la llegada del Apocalipsis.

No entendía nada, pero el ambiente tampoco daba lugar a preguntas.

Se escucharon unos diminutos pasitos y, un segundo después, apareció Lucrecia con sus gafitas sobre la nariz, una expresión peluda que prometía una muerte lenta y dolorosísima. La monita parecía diminuta en medio del pasillo, pero había algo en ella, un aura que no había notado antes y que se asemejaba mucho a la de Maren.

La capuchina miró a cada uno de los presentes, echó un vistazo al mostrador reluciente, a la planta que tenía Boris en brazos y abrió su boquita, mostrando esos puntiagudos colmillitos.

—¿Dónde está?

Una voz fina, algo aguda y profundamente heladora resonó en el hall.

Nadie se movió durante un largo segundo, hasta que Vera, a su espalda, cambió de nuevo, rompiendo ese momento de puro suspense.

Un pequeño hámster que se subió como un rayo por su cuerpo y se escondió en su pelo, los hombres se quedaron aún más inmóviles y, juraría que incluso escuchó algo similar a un gemido procedente de alguno de ellos. Hasta las plantas se quedaron en silencio, como si presintiesen que algo muy malo acababa de suceder.

—No me jodas... —jadeó ella, incapaz de desprenderse de la sorpresa de lo que acaba de oír—. ¿Lucrecia puede hablar?

La aludida giró su cabecita y clavó sus ojos en ella, haciéndola respingar.

—Estamos muertos... —musitó alguien a sus espaldas.

—Esto es malo, muy malo.

—No la mires. No le hables. No respires. —Escuchó la vocecilla de Vera en aquella forma que había adoptado—. Cuando Lucrecia habla, es porque alguien está a punto de morir.

La aludida volvió a abrir la boca y pronunció una vez más. Habló despacio, muy despacio, con una tranquilidad que resultaba aterradora.

—¿Dónde está el ángel?

Y con esas cuatro palabras, las sospechas de Willa quedaron completamente probadas.

—Oh, mierda.

—¿No piensas hacer nada?

—Deja que lo estrangule un poco más.

Jamás podría sacarse de la cabeza la imagen de la mona lanzándose como un misil sobre el ángel, derribándolo en el suelo y agarrándose a su cuello con sus pequeñas manitas.

Y, lo más absurdo de todo, es que él se estaba poniendo azul, pues era incapaz de quitarse a la criatura que lo estaba estrangulando de encima.

—Maren, que lo va a asfixiar.

—Solo hasta que se ponga morado.

—¡Maren!

El demonio dejó escapar un resoplido. La miró de soslayo con visible irritación y chasqueó.

—Déjalo, Lucrecia.

—Tocó mis archivos... —chilló la mona—. ¡Mis archivos!

—¡Solo intentaba ayudar!

—¡Nadie toca mis archivos! —siseó el animalito—. ¡Nadie!

—¡Pero mi sistema es mucho más eficiente!

Esta vez Lucrecia no habló, se limitó a rodearle también el cuello con la cola.

—Joder, que lo mata.

—Qué pena...

—¡Maren!

—Le quitas la diversión a todo, brujita —rezongó y, con un solo gesto de la mano, su familiar abandonó a su atacante y acabó a sus pies. Aunque no por ello parecía menos cabreada—. Te dije que nos traería problemas.

—Por el último sello, sí que tiene fuerza —tosió Ezrael, sentado en el suelo, intentando recuperar el aliento.

Lucrecia se recolocó las gafas, incluso se alisó el pelo, como quien se alisa un traje y, dos segundos después, le hacía esa particular señal suya llevando dos deditos a los ojos y conectándolos al momento con los del caído.

—Le estaré vigilando. —Con ese último aviso, la monita giró sobre sus patas y se marchó con la dignidad intacta.

—Diría que has tenido suerte, plumillas —declaró Maren, llevándose las manos a las caderas—. Podría haber dejado que te matase.

—Habrías violado un tratado, quebrantado varios acuerdos y obtenido al menos un expediente disciplinario por ello —replicó este, poniéndose en pie—. Y eso ni siquiera serviría para que pudieses deshacerte de mí.

Ezrael seguía vistiendo de blanco y con el mismo traje de tres piezas de ayer, solo que hoy no llevaba la chaqueta y las mangas remangadas de la camisa mostraban un par de tatuajes en cada antebrazo.

—Aunque eso ya lo sabías, ¿no?

—Yo no te invité, así que, no me corresponde a mí darte la patada —respondió el maestro demonio encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero si decides irte tú, no me verás llorar por ello.

Él se limitó a sonreír de soslayo, asintió con la cabeza y extendió los brazos. Un par de alas enormes se desplegaron entonces desde su espalda, con un plumaje totalmente blanco.

—Si te da lo mismo, me quedaré un tiempo —mencionó, plegando las alas con naturalidad—. Te vendrá bien contar con mi experiencia. Puedo ayudarte a ejecutar un *planning* más efectivo para el mantenimiento del refugio. Y no os vendría mal que alguien actualizase el sistema informático. Se ha quedado obsoleto.

—Te das cuenta de que un mono ha estado a punto de estrangularte, ¿verdad? —le recordó Maren.

—Sí.

—¿Y eso no te preocupa? —intervino ella.

—No especialmente.

—¿Por qué no? —Estaba pasmada ante semejante respuesta.

—Se ha enfadado un poco, pero acabará viendo que tengo razón y el nuevo sistema de clasificación es mucho más efectivo.

Willa se quedó con la boca abierta.

—No pierdas el tiempo, brujita. Es un ángel, un funcionario del Piso de Arriba —le dijo Maren, divertido—. Tienen una visión bastante cuadrículada de las cosas... No es culpa suya, nació para ese trabajo y es lo único que sabe hacer.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada carmesí.

—Eso es un poquito insensible, ¿no te parece?

—Es la verdad —respondió Ezrael, a quien no parecía importarle lo más mínimo el comentario del demonio—. Al llegar a la edad de elección, nos asignan un departamento y nos dedicamos por completo a él. La meta es alcanzar la perfección en nuestro campo, aunque no siempre es fácil... De hecho, a veces resulta demasiado aburrido.

—Aburrido.

Él asintió.

—Por eso me gusta ayudar —concluyó satisfecho consigo mismo—. Si puedo hacer que las cosas funcionen mejor, que se obtenga un mayor rendimiento, ¿por qué no hacerlo? Después de todo, soy bueno en lo que hago, demasiado bueno...

—¿Lo has entendido ya o te lo explico con figuritas de plastilina? —canturreó Maren en su oído.

Willa lo fulminó con la mirada, cosa que hizo sonreír aún más al demonio.

Ezrael no era malo, tampoco era cruel, sí, era arrogante a morir, pero no de forma consciente. Ese ángel estaba convencido de que sabía cómo sacarle partido a las cosas, hacerlas más útiles para los demás, aun cuando nadie se lo pedía.

Y ahí radicaba el verdadero problema.

Él no preguntaba, se limitaba a actuar, lo cual sin duda podía acabar, como acababa de comprobar por sí misma, en una enorme montaña de problemas.

—Dime una cosa, ¿qué fue exactamente lo que hiciste para que te echasen del Piso de Arriba?

—Digamos que tuve ciertas discrepancias profesionales con otros departamentos.

—¿Qué tipo de discrepancias?

—Corregí varios estamentos divinos —admitió, haciendo un aspaviento con la mano—. No fue nada demasiado evidente, tengo que admitir que Raziel es bueno redactando las normas, aunque algunas cosas se habían quedado obsoletas.

—Como por ejemplo... —preguntó Maren, metiéndose en la conversación.

—Los pecados que debe cometer un ángel para marcarlo como caído y degradarlo —señaló y empezó a enumerar con los dedos—. La soberbia, la envidia, la lujuria o la desobediencia ya no pueden considerarse como tales. Nadie ahí arriba es puro y casto como una palomita. Algunos ángeles tienen más vida sexual que la mayoría de los demonios... En cuanto a la soberbia, no quiero hablar de más, pero... cuidadito con Samael. Menudos aires se da. ¿Y la envidia? *Puf*. Luego hablan de los humanos. ¿Sabes lo que es presentarte a trabajar con un traje de Gucci y ver cómo todos se mueren por tener uno? Por favor... En cuanto a la desobediencia... Ese apartado debería tener ciertos matices. Una cosa es desobedecer abiertamente a un superior, ignorar sus órdenes, sus mandatos e iniciar una revuelta... Sin embargo, ¿qué daño hay en proponer unos cambios menores si es para mejorar la calidad de vida de todos?

—No sé por qué me da en la nariz que tus cambios no fueron «*menores*».

—Sugerí un programa por faltas —admitió con un ligero encogimiento de hombros que le alzó al mismo tiempo las alas—. Es un sistema más justo y da opción a revisiones...

—Vamos, que estaban hasta el culo de ti y te echaron de una patada.

—Maren, por favor.

—¿Qué? Es básicamente lo que ha dicho.

Lo fulminó con la mirada, mas el demonio se limitó a sonreír un poco más.

—Procura no acercarte al despacho de Lucrecia a menos que ella misma te convoque —le dijo, mirando ahora al ángel—. En caso contrario, no te garantizo que vayas a ver un nuevo amanecer.

—Lo tendré en cuenta.

—Sí. Hazlo. —Solo entonces se volvió hacia ella—. Ya me enteré de lo de la nueva planta de Boris... Vamos mejorando, brujita, vamos mejorando.

—Eres insoportable.

Maren se echó a reír y, sin otra palabra más, se marchó, dejándola a cargo del nuevo problema con alas del refugio.

—Él es la causa de tu maldición de sangre, ¿no?

Willa lo miró y resopló.

—El mismo que viste y calza.

—Pues es un pecado que le pesa y mucho —respondió él. Antes de que pudiese preguntarle sobre sus palabras, el caído se extendió las alas, haciéndolas desaparecer para adquirir de nuevo esa apariencia humana—. Bien. A partir de ahora procuraré preguntar primero antes de actuar, así pues, ¿puedo ayudarte en algo?

Willa lo miró durante unos largos segundos y sacudió la cabeza.

—No, gracias. Creo que por hoy... ya has ayudado más que suficiente.

CAPÍTULO 5: ENTRE FLORES Y VERDADES

Las manchas no habían crecido. En un mes, la marca física de su enfermedad no había devorado un solo centímetro de su piel. Willa se bajó la manga de la chaqueta y se miró una vez más al espejo.

El uniforme se había reducido a esa camiseta con el nombre del refugio y la chaqueta. Maren no había vuelto a insistir en que se pusiese la falda, ni había vuelto a dejarle unas medias después de que hubiese intentado ahorcarle con las primeras.

Su jefe se había dado por vencido, si es que eso era posible, y le permitía vestir sus leggins, vaqueros o cualquier cosa que *ella* deseara ponerse.

No sabía qué pensar. Ya no, de hecho. Treinta días habían sido suficientes para darse cuenta de que el demonio al que había estado buscando la mitad de su vida, no era el ser maquiavélico y perverso que creó en su mente. El tipo con el que llevaba conviviendo esas últimas cuatro semanas era alguien muy distinto, alguien que no encajaba con la maldición de la que era víctima. Y, sin embargo, lo era. Nunca había negado ser el autor.

—¿Qué no me estás contando, Maren? —Era obvio que había algo allí, algo que ella desconocía y que otros parecían conocer bastante bien—. ¿Quién eres en realidad?

Le costaba aceptar que alguien que cuidaba con tanto esmero de la gente del refugio, al que parecía importarle cada centímetro de este lugar y los inadaptados que lo habitaban, fuese cruel.

Pero, ¿acaso no era ella una prueba de que sí podía serlo? ¿O de qué lo había sido en el pasado?

—Treinta días menos... —le dijo a su reflejo—. Ya solo quedan sesenta.

Tiró de las solapas de la chaqueta, alisándolas, y le dio la espalda al espejo. Quizá fuese el momento de intentar obtener algunas respuestas.

Recogió su carpeta y abandonó el dormitorio para empezar su jornada laboral.

—¿Qué le pasa hoy a Boris? —escuchó el lloriqueo de Nix—. Me ha echado una bronca monumental y todo lo que he hecho ha sido darle los buenos días.

—Alguien ha estado toqueteando sus plantas.

—¿Otra vez? —bufó el chico—. Si ese ángel ha vuelto a mover las macetas, aunque solo sea un milímetro, va a sufrir una muerte lenta.

—No lo creo. Ezra lleva unos días ayudando a Oliver con las almas, lo que lo ha mantenido entretenido y lejos de los problemas.

No pudo evitar sonreír ante la respuesta de Vera. El ángel caído había causado un gran revuelo tras su llegada y su disposición a ayudar acababa causando más problemas que beneficios. Pese a ello, parecía llevarse especialmente bien con Oliver, quizá porque también entendía las almas de una manera bastante particular. Así que, mientras el Ezrael estuviese con el recolector, San Bartolomé estaría a salvo.

Al menos había aprendido la lección y no se había vuelto a acercarse a la oficina de Lucrecia.

—Buenos días —saludó al encontrarse con los dos inquilinos de la pensión en medio del pasillo.

—Buenos días, Willa. —Vera le dedicó una amplia sonrisa.

—Oye, Willa, ¿sabes si Maren ha podido arreglar la fuga de la charca? —le preguntó Nix con esos enormes ojos verdes puestos sobre ella—. Me prometió que le echaría un vistazo. Y eso fue la semana pasada.

—Sé que estuvo por la zona porque oí a Boris hablando de sus nenúfares...

—No. Los nenúfares están en el estanque, yo hablo de la charca.

—¿Tenemos una charca? —Enarcó una ceja.

—Es su patio de recreo —mencionó Vera.

—No es un patio de recreo, es un *spa* —corrigió el chico—. El lodo de las orillas es perfecto para la piel... y para los tentáculos.

—Cuando pienso que conozco todo lo que hay en San Bartolomé y sus alrededores, aparece algo nuevo de lo que no tengo constancia —dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza—. ¿Sabéis dónde está Maren? Necesito dar con él, pero... Nunca sé dónde encontrarlo.

—Hace un rato lo vi en la conserjería, estaba cogiendo la caja de herramientas para bajar de nuevo al sótano —mencionó Vera e hizo una mueca—. Problemas con Eusi otra vez.

Eusi o Eusevio, como había descubierto que se llamaba el dragón que, al parecer, vivía ahí abajo.

Porque sí, el refugio San Bartolomé también contaba con un dragón entre sus filas. Uno que solo aceptaba las visitas de Maren y calcinaba a cualquier otro que se le acercase.

La criatura era solitaria, no le gustaba la gente, simplemente quería vivir su existencia en paz... o eso era lo que había escuchado de los demás residentes.

—Bien. Iré a ver si le encuentro —suspiró, despidiéndose al mismo tiempo de ellos.

—Recuérdale que mis tentáculos necesitan expandirse y que las tuberías de la casa no son un buen lugar para ello —le pidió Nix—. Es indispensable que tenga mi charca.

—Se lo recordaré —prometió al chico, dándole una palmadita en el brazo para seguir su camino—. Que tengáis un buen día.

—Tú también —le deseó Vera, despidiéndose con la mano. Nix no tardó en imitarla, solo que con uno de sus tentáculos.

Al menos ahora ya no se los quedaba mirando, ni se encogía por pura incomodidad. Tampoco se sobresaltaba cuando Vera cambiaba a llama, conejo o pony. Al final se había acostumbrado a cada uno de los habitantes del refugio.

No había hecho más que llegar a la primera planta cuando se encontró a Agnes medio escondida detrás del mostrador y a uno de los repartidores que solían venir al refugio aferrándose a una caja de plantas como si le fuese la vida en ello. La cara del tipo estaba pálida, tenía los ojos llorosos y balbuceaba:

—Yo... yo solo venía a entregar una bandeja de plantas —gimoteaba él.

Podía imaginarse qué había pasado exactamente. Agnes era una *banshee* y tenía un don natural para comunicar todo tipo de desgracias. El problema era que también sufría de ansiedad social, con lo que tener que hablarle a un desconocido siempre sacaba su lado más pesimista a la luz.

—Buenos días, yo las recojo —anunció, atrayendo la atención del pobre repartidor.

—Oh, Willa. Gracias a los dioses que estás aquí —musitó con esa voz aguda, casi chirriante que la caracterizaba—. No se me dan bien estas cosas. No se me dan nada bien.

—Tranquila. Vete ya si quieres. Me ocupo yo.

Ella asintió, se enjuagó las lágrimas con la manga de la túnica y se marchó como si fuese un espectro gótico.

No le llevó más de unos instantes hacerse cargo del pedido y archivar la factura. Solo le quedaba entregárselo a su dueño.

Con la caja en brazos, se dirigió entonces a la galería que tenía acceso al jardín. Por las mañanas, Boris solía estar por aquella zona, cuidando de los rosales u ocupándose de que el césped no creciese más de lo que él consideraba adecuado.

—Boris, acaba de llegar un pedido de plantas —anunció, esperando encontrar al licántropo con la segadora de mano o unas tijeras.

No había ni rastro de él, lo cual era bastante extraño.

—¿Boris? —lo llamó de nuevo, internándose en el jardín, procurando mantenerse dentro del sendero empedrado.

Lo encontró unos metros más allá, junto a uno de los macizos de margaritas.

«*Guau, guau*».

La planta que había creado, en un intento por hacer desaparecer las margaritas que había cortado Ezrael, ladró a su paso.

—No tenéis ningún respeto por vuestra creadora —chasqueó. La respuesta de las flores fue gruñirle.

—Genial, ahora también gruñís —suspiró y siguió adelante, deteniéndose al llegar a la altura del licántropo—. Han llegado las plantas que encargaste.

Esos inquietantes ojos amarillos se posaron sobre ella un segundo antes de bajar sobre las plantas.

—Déjalas ahí. Con cuidado. Las macetas no son Maren.

Willa puso los ojos en blanco ante la mención del demonio.

—Si lo fuesen, no las habría traído hasta aquí en brazos, créeme.

Él desestimó su comentario con un gruñido y volvió a hundir la pala en el suelo, forzándola hacia abajo con el pie para luego retirar una palada de tierra.

—¿Puedo preguntar qué es eso? —señaló el rectángulo que estaba cavando.

—Es un agujero.

—¿Para qué?

Boris levantó la vista.

—Para el desgraciado que lleva tres noches entrando en mi jardín y esquilmando mis plantas.

Le sostuvo la mirada, pero fue incapaz de decir una sola palabra al respecto. Todavía estaba procesando lo que quería decir con aquello.

—¿Alguien ha estado esquilmando el jardín?

El brazo salió disparado, señalando una zona en concreto.

—Se han llevado tres violetas. —Cambió de dirección—, dos margaritas y han dañado el arbusto de las moras. ¡El de las moras! —Estalló con una fiereza que se reflejó en su voz, la cual adquirió un tono mucho más animal—. Cuando encuentre al responsable, va a abonar las margaritas, lo juro por los callos en mis manos.

—Um... vale. —De verdad que no sabía qué decir al respecto—. Esto... ¿Tienes alguna idea de quién ha podido robarlas? ¿Sospechas de alguien?

Entrecerró ligeramente los ojos.

—De momento, todos sois sospechosos... —declaró, mirándola ahora de arriba abajo—. Menos tú. Eres demasiado blanda e inútil para hacer un trabajo tan delicado.

Willa abrió la boca y volvió a cerrarla.

«*Blanda e inuuuuutillll*».

La maldita planta que había creado y Boris había adoptado decidió ponerse a cantar en esos momentos.

El licántropo sonrió al escucharlas, bastante satisfecho con su cántico.

—Están creciendo de maravilla —mencionó orgulloso.

—Sí, ya lo he visto —masculló, fulminando con la mirada su involuntaria creación.

—Dile a Maren que necesito que venga a instalar unas cámaras en el jardín —añadió, volviendo a su tarea principal; cavar aquel agujero—. Voy a pillar al desgraciado que se ha colado en mi jardín y convertirlo en abono para plantas.

—Le daré el aviso... —confirmó, retirándose lentamente. Sería mejor que dejase al jardinero con sus cosas antes de que encontrase algún motivo absurdo para volver a meterla en la lista de sospechosos.

Había cosas que no deberían impactarla y ver a Maren sin camiseta debería ser una de ellas.

No lo era. Y eso le preocupaba. Ese demonio no debería parecerle atractivo, ni tampoco sexy y, por encima de todo, no debería provocarle una reacción física como la que estaba teniendo.

Los ojos carmesíes se posaron sobre ella y los labios masculinos empezaron a estirarse hasta formar esa perezosa e irritante sonrisa que la sacaba de quicio.

—¿Admirando el panorama, brujita?

Willa hizo un verdadero esfuerzo por no atragantarse con la saliva mientras rezongaba:

—¡Qué más quisieras! —resopló, recomponiéndose con rapidez—. Te estaba buscando.

—Pues ya me has encontrado —aseguró, dándole la espalda para volver a su tarea inicial. Una vez más estaba arreglando la

caldera—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Miró a su alrededor y se sorprendió al ver la puerta del fondo de aquella parte del sótano abierta. Siempre estaba cerrada. Siempre. Así que encontrarla ahora abierta, era tan extraño como contemplar la oscuridad total de su interior.

—¿De verdad hay un dragón ahí dentro?

Los ojos del demonio se posaron durante un breve instante en ella.

—¿Para eso me buscabas?

Ella respingó, no por su comentario, sino por la manera en la que le habló.

—No. Nix quiere que te recuerde que necesita que arregles la charca y Boris que instales cámaras de vigilancia en el jardín. Alguien le ha estado robando plantas y está decidido a descubrir quién ha sido —resumió.

—El día en que dejen de pedir cosas, me preocuparé —aseguró, volviendo una vez más a su tarea—. En cuanto a tu pregunta, sí. Lo hay. Y hoy está especialmente irritado, así que no te acerques a esa puerta, ¿vale?

Miró una vez más hacia el mentado lugar y, acto seguido, se volvió hacia él.

—Maren...

—¿Sí?

—¿Por qué se ha estancado la maldición? —La pregunta salió de su boca con la fuerza de un proyectil. Firme, directa, sin vacilaciones.

El silencio se instaló entre ellos durante un breve instante, más denso que incómodo, como si el tiempo se hubiese parado en ese preciso instante.

—No me servirías de nada moribunda y postrada en una cama, agonizando de dolor. —Su réplica fue igual de directa—. Has puesto tus tres últimos meses de vida a mi servicio, ¿qué clase de empleador sería si no velo por la salud de mis empleados?

—Si de verdad quieres velar por mi salud, libérame de esta ponzoña.

—Dijimos noventa días, brujita, solo llevas treinta —le dijo, dedicándole un guiño por encima del hombro—. Mientras permanezcas en el refugio, tu enfermedad estará suspendida, así que no tienes que preocuparte por empezar a vomitar ponzoña o algo peor.

Willa se lo quedó mirando unos instantes, aunque ya no se estaba fijando en su cuerpo, ni en lo sexy que le parecía ese demonio. No, tan solo intentaba entender cómo el tipo que tenía delante, el que se preocupaba por arreglar una caldera, por un dragón ermitaño y cada uno de los miembros de este lugar, podía ser el mismo ser que hubiese condenado a tantas brujas inocentes a lo largo de los siglos.

—¿Por qué maldijiste a la primera bruja de mi aquelarre?

—Porque ella me maldijo a mí primero.

De todas las respuestas que podía haber esperado escuchar de su boca, en la vida se habría imaginado una como aquella.

—¿Qué?

—Que tu antepasada me maldijo primero, Willa —respondió con total naturalidad—. Ella me ató a este lugar. Hasta que la última de las piedras de la mansión se venga abajo.

—¿Por qué?

—Porque no le di lo que quería —resopló. Se volvió hacia la caja de herramientas y hurgó en su interior hasta que encontró lo que buscaba.

Lo dijo con tanta naturalidad como si le hubiese preguntado por el tiempo, lo cual no hizo sino descolocarla aún más.

¿Le estaba tomando el pelo? ¿Cómo que su tatarabuela lo había maldecido primero y lo había atado a aquel lugar?

No supo cómo reaccionar. Se suponía que él era el villano, el malnacido que había jodido a toda su línea de sangre, el único culpable de todas sus desgracias... ¿Y ahora decía que su tatarabuela lo había maldecido primero?

—Eso es imposible.

—Oh, créeme. No lo es —bufó él, moviendo la llave inglesa con un gesto de desprecio, para luego concentrarse en lo que quiera que estuviera arreglando—. Algunas personas no se toman bien que se

les diga que no. Te montan una pataleta en cuestión de segundos, ¿no te suena de algo?

Se le encendió la cara al pensar en la invocación fallida y en cómo se había enfurruñado cuando las cosas no salieron como debían. El rubor fue dando paso a una creciente palidez al pensar en el trato que había hecho con él.

—Dime que no me has mentido y que puedes retirar la maldición. —Quería sonar exigente, pero su voz empezó a perder fuelle, matizada por el miedo.

Lo escuchó resoplar. Se apartó de la caldera y lanzó la llave de vuelta a la caja.

—No soy de los que pierde el tiempo mintiendo, Wilhelmina — declaró, volviéndose hacia ella. Escucharle pronunciar su nombre completo le provocó un pequeño escalofrío—. Cumpliré con mi parte del trato, siempre y cuando tú cumplas con el tuyo. Noventa días, brujita. Ni un día más ni un día menos. Y, si ya has terminado de dar por culo, tengo que arreglar la caldera... Otra vez.

Aquello último lo dijo mirando hacia la puerta abierta, como si le estuviese echando la culpa al inquilino de aquel lugar.

La respuesta llegó en forma de una especie de gruñido extraño, seguido por una voluta de humo con olor a azufre y ese particular color malva que parecía envolverlo todo en aquella extraña dimensión.

—Sí, claro. Quéjate aún encima... —Oyó mascullar a Maren antes de volver a ponerse manos a la obra—. ¿Qué? ¿No hemos terminado aún o es que te apetece seguir mirándome un ratito más?

Oh, cuando ese hombre se ponía insoportable, era insoportable de verdad.

—Lo que me apetece es abrir la puerta de esa caldera y tirarte dentro para ver si te chamuscas un ratito —le soltó irritada y señaló lo evidente—. No puedes soltar algo como *eso* y quedarte tan ancho.

—Sí que puedo. Lo he hecho. Y no tengo la intención de decir nada más —aseguró con su habitual franqueza—. Así que ya puedes irte, Willa. Encárgate de la recepción o de lo que sea que te toque hoy.

—Si crees que puedes...

—*¡Mareeeeeeeeeen!*

Su nombre resonó en el sótano como un grito espeluznante.

—*¡Maren! ¡Ven! ¡Deprisa!* —reconoció la voz de Vera—. *¡Boris se ha vuelto loco y está persiguiendo a alguien con una pala!*

—¿Es que nadie puede comportarse de manera civilizada aunque solo sea durante cinco putos minutos? —rezongó el aludido.

—Lo dejé en el jardín cavando un hoyo justo antes de bajar aquí —mencionó ella, volviéndose hacia el demonio.

—Pues parece que alguien le ha tocado las narices justo después de que lo dejases —resopló este, recogiendo su camiseta de encima de un mueble—. Vamos. —La empujó suavemente, haciéndola pasar ante él—. Eusie, vuelvo en un rato.

Un gruñido más bajo que el anterior emergió de la habitación misteriosa justo antes de que la puerta se cerrase por sí sola de un portazo.

No, por sí sola no. Algo la había cerrado. Willa había visto algo moviéndose en aquella oscuridad, algo parecido a una... ¿cola?

No tuvo tiempo de pensar en ello, pues los gritos procedentes del piso superior, hicieron que Maren y ella apurasen el paso.

Willa no sabía en qué momento ni cómo se había desatado el caos, pero desde luego, lo que se encontró al volver a la planta principal fue una sucesión de chillidos, estruendos y algo que no había visto hasta ahora; un jodido hombre lobo corriendo sobre dos enormes patas, empuñando una pala.

—Joder. —Fue todo lo que se le ocurrió decir al ver la encarnación sobrenatural de Boris.

—¿Nunca habías visto un licántropo en su forma original, brujita? —El demonio a su lado parecía bastante divertido con su momentáneo asombro.

No podía evitarlo. La criatura que había en la galería que daba al jardín debía medir al menos dos metros, llevaba los restos de unos pantalones colgando de sus caderas y musculosas piernas llenas de pelo. Sus pantorrillas y esas enormes patas eran claramente animales, al igual que la ancha cabeza coronada por dos orejas levantadas y el afilado morro del cual escapaba un amenazador gruñido. Solo su torso, sus brazos y muslos recordaban

esa parte humana de la que procedían, mas en conjunto... ¡Era un jodido hombre lobo!

No quedaba nada del hombre gruñón, del jardinero sarcástico y algo seco.

—Ninguno que empuñase una pala y tuviese toda la intención de devorar... —Entrecerró los ojos sobre la criatura que el licántropo había acorralado en una esquina—. ¿Qué demonios es eso?

Era algo más grande que un conejo, con dos ojos enormes y unas orejas demasiado largas. Se sostenía sobre cuatro patas peludas y bastante delgadas, sin embargo, lo realmente impresionante era la boca llena de aserrados dientes que parecían capaces de triturar una maceta de barro en veinte segundos o menos.

—Vaya, hombre... —chasqueó Maren—. Ha vuelto.

—¿Cómo que ha vuelto?

—Es un *comacodrejo*.

—¿Un qué? —Aquello tenía nombre de caricatura animada o algo peor.

—¡Dijiste que lo habías erradicado! —La voz de Boris sonó distorsionada en la garganta del hombre lobo—. ¡Dijiste que lo habías sacado de aquí, maldito demonio!

El aludido dejó escapar un largo suspiro.

—Lo hice. Ese no es el mismo bicho —confirmó con toda la parsimonia del mundo—. El otro era marrón, creo. Este es blanco.

—¡Me da igual de qué puto color sea! ¡Se ha comido mis flores! ¡Va a morir!

—¿Qué coño es un *comacodrejo* o lo que sea?

—Es una especie de roedor de los Bajos Fondos. —Se encogió de hombros—. Se alimentan de raíces, bulbos, flores, incluso de macetas... o lo que encuentren por delante si tienen hambre.

—De los Bajos Fondos.

Maren la miró y señaló con el dedo hacia el suelo.

—De mi tierra natal —le soltó.

—¿Y qué coño hace aquí?

—No tengo la menor idea —respondió y, por primera vez, parecía genuinamente sorprendido por ello.

Un fuerte golpe interrumpió su intercambio.

—¡Hijo de puta! —siseó el hombre lobo cuando la pala se llevó por delante una maceta, pero no al conejo—. ¡Esas eran mis violetas!

Y entonces, el conejo mutante, porque tenía toda la pinta de eso, pareció olfatear el aire y, con un chillido de lo que solo podía ser felicidad, se lanzó a por la planta recién destruida.

—Mierda. Tenías razón —jadeó ella, viendo cómo trituraba en un abrir y cerrar de ojos no solo las flores, sino también unos pedazos de maceta.

—Te lo dije.

—¡Te mataré!

Un nuevo golpe, este contra el suelo. El animalito saltó por encima de la galería y se escabulló por el jardín, seguido de su incansable cazador.

—¡No toques las frambuesas! —escucharon el vozarrón inhumano de Boris—. ¡Hijo de puta! ¡Me haré un bolso con tu pellejo!

Algo se rompió, no sabría decir qué era, pero el sonido había sido bastante fuerte. El grito del conejo volvió a resonar, aunque no sabía si esta vez estaba contento o chillaba por auxilio.

—¡No! ¡Las rosas no!

A juzgar por el alarido del lobo, sí fue a por las rosas.

Willa siguió a Maren a través del jardín, comprobando la voracidad de la criatura que se había zampado en un abrir y cerrar de ojos un pedazo de terreno aquí, esquilmando otro pedazo allá, dejando un rosal sin sus rosas.

—¡Te matareeeeeeeee! ¡Mueeeereeeeeee!

Tuvo que frenar en seco para evitar tropezar con el conejo, el cual la esquivó con una gracilidad asombrosa, mientras saltaba hacia otra parte del jardín. Boris, ciego de rabia, corría ahora a cuatro patas, con los ojos encendidos, directamente hacia ella.

—Ay, Dios... —jadeó y gritó a pleno pulmón—. ¡Boris!

Unas manos la asieron de la cintura, tirando de ella con rapidez y haciendo que se estrellase contra un cuerpo duro.

—No te pongas jamás delante de un lobo que persigue su próxima comida, brujita. —La voz de Maren la envolvió por completo, al igual que su aroma. Apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza para darse cuenta de que había sido él quien la había salvado en el último momento—. Tanto como me divierte ver a Boris fuera de sí, si no lo paro ahora, luego no habrá quien lo aguante. ¿Me sujetas al *comacodrejo*?

Antes de que pudiera responder, el demonio ya le había colocado el bicho entre los brazos.

Se quedó mirando al animalito que parecía el vivo retrato de la inocencia, y además era bastante mono, antes de levantar la cabeza y ver a Maren agarrando al hombre lobo por el cogote, manteniéndolo a un brazo de distancia.

¿Cómo se había movido tan rápido?

—De acuerdo, amigo, hora de relajarse —le decía, impertérrito ante la rabia y la sed de sangre que parecía haberse apoderado del licántropo—. Si sigues corriendo por ahí a lo loco, acabarás causando tú más daños al jardín que el bichejo ese.

—*Quiero... comerme... al puto... bicho.*

—Y yo quiero tener un día libre sin escuchar que alguien grita mi nombre —le soltó con goteante ironía—. Ahora, sóségate. Retrae al lobo y encárgate del jardín.

—*Esa cosa... Mantenla lejos de mi territorio...* —siseó—. *No lo quiero en mi jardín...*

Y entonces llegó el sonido de huesos quebrándose y el cambio dio comienzo. Willa acabó apartando la mirada, encogiéndose ante cada chasquido hasta que finalmente dejó de oírlos.

—¿Mejor? —preguntó Maren.

—No. —Y aquella ya era la voz del Boris de siempre. Se aventuró a echar un vistazo y se encontró al hombre medio desnudo, con los pantalones colgando precariamente de sus caderas y un torso que nada tenía que envidiar al de hombres más jóvenes—. ¡Quiero esa cosa en la cazuela! ¡Me lo cenaré!

—Te daría una indigestión —le soltó el maestro demonio. Le dio una palmadita en la espalda y volvió sobre sus pasos, deteniéndose

delante de ella. Aunque no la miraba a ella, sino a la criatura—. ¿De dónde has salido tú, pequeñajo?

El conejo mutante olisqueó y emitió uno de esos raros chillidos, pero no hizo el menor movimiento por bajarse de sus brazos. Parecía bastante cómodo.

—*Um*, parece que alguien te ha adoptado, Willa.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —Negó frenética con la cabeza y no dudó un segundo en empujar al bicho hacia Maren—. Yo no sé nada de bichos raros de los Bajos Fondos.

Maren esbozó esa particular sonrisa suya.

—Brujita, llevas un mes encargándote de ellos —le soltó, miró de nuevo el bichejo y se lo metió debajo del brazo como si llevase un fardo—. Échale una mano a Boris con las plantas, ¿vale?

—¡No la necesito!

—O mejor aún... —Se inclinó sobre ella, hablándole al oído—. Ve a las cocinas y que le preparen una tisana. Dile a las cocineras que es para el síndrome lupino y ya sabrán de qué se trata.

—Maren...

—Me vuelvo con la caldera —le soltó—. Lo dejo todo en tus manos, Willa.

Levantó la mano a modo de despedida y se fue por donde había venido, dejándola en medio de un jardín destrozado, con un hombre lobo más malhumorado que nunca y con la sensación de que a partir de hoy su vida no volvería a ser la misma.

Y él era el único culpable de ello.

CAPÍTULO 6: LA VERDAD BAJO LA MANSIÓN

—¡Willa!

Dio un respingo al escuchar su nombre reverberando a través de las puertas abiertas de la entrada principal. Últimamente había visto su nombre asociado a ese grito demasiadas veces y nunca por una buena cosa.

—¡Voy a convertir a ese puto bicho en abono para plantas!

Miró bajo el mostrador de la recepción e hizo una mueca.

No estaba.

—Mierda.

Escuchó un agudo chillido y, un instante después, una bola de pelo blanca entró corriendo como un cohete y saltó por encima del mostrador con una agilidad pasmosa, para acabar directo en sus brazos. El impacto la empujó contra la pared.

—Por Dios... —jadeó.

«*Chiiiiiii*».

La criatura peluda emitió ese bajo chillido de felicidad, mientras la miraba con ojos de adoración, todo ello mientras terminaba de devorar lo que parecían unas margaritas.

—No te salvará que me pongas esa carita de inocente, Coma —resopló.

Los fuertes pasos anunciaron la llegada del licántropo jardinero, quien esta vez traía unas tijeras de podar en las manos.

—¡Mantén a esa jodida alimaña lejos de mis margaritas! —clamó Boris, señalándolos a ambos con las tijeras—. ¡Ha vuelto a comerse el macizo entero!

—Pediré ahora mismo que traigan más plantas para reponerlas.

—¡No quiero nuevas plantas! —Joder, eso sí que era raro—. ¡Quiero que mantengas a esa cosa lejos de mi jardín! —El viejo

licántropo estaba que echaba humo—. Te lo advierto, bruja. Si esa piraña con pelo vuelve a comerse una sola de mis plantas o devora una puta maceta más, se acabó. ¿He sido claro?

Se limitó a asentir, pues no creía que decir algo fuese especialmente bueno en esos momentos.

Dos semanas. Habían pasado dos puñeteras semanas desde que este bichejo apareció en San Bartolomé. El animalito había decidido adoptarla, no podía explicarlo de otra manera. Se daba la vuelta y allí estaba, mirándola como si ella fuese el sol o algo equivalente para esa criatura. Había intentado echarlo, se lo había llevado a Maren, mas el demonio se limitaba a reírse y decirle que el *comacodrejo* ya la había adoptado y ya no había vuelta atrás.

Empezó ignorándolo, esperando que así el bichejo se aburriese; no funcionó. De hecho, el cabrón encontró una forma de llamar su atención: se comía todo lo que tenía en el escritorio, incluidos los formularios de Lucrecia.

Llegados a este punto, empezó a echarlo, a ponerse dura con él, pero entonces esa cosa ponía una carita de animalillo abandonado, chillaba de manera lastimera y, blanda como era, acababa permitiéndole quedarse.

Al final acabó buscándole una cama y solía quedarse en ella bajo el escritorio... Mientras no le entrase el hambre, en cuyo caso se escabullía sin que ella se diese cuenta y se zampaba algunas flores o macetas de Boris. La bestezuela tenía predilección por lo que hubiera en el jardín, lo que lo convertía en el enemigo número uno de Boris.

—Maren y su maldito sistema de acogida... —masculló el jardinero, fulminando a la criatura y a ella con la mirada antes de dar media vuelta y salir por donde había entrado—. Esto se le ha empezado a ir de las manos.

La puerta se cerró por sí sola, como si la mansión quisiese mantener también a Boris fuera durante un ratito. Con todo, sus palabras permanecieron con ella como una especie de nubarrón.

No era la primera vez que escuchaba algo parecido. De hecho, cosas que hasta ahora había pasado por alto cobraban sentido. En especial la actitud de Maren y el hecho de que se pasase el día de

un lado para otro, arreglando esto y aquello o solucionando los problemas de los habitantes del refugio.

El demonio no era solo el tipo al mando, era el que mantenía este lugar en pie y también estaba aquello que le había dicho:

«Tu antepasada me maldijo primero».

Había reproducido en su cabeza una y otra vez cada palabra de aquella conversación, intentando entenderlo, pues no era lo que ella había escuchado.

«Ella me ató a este lugar».

Parecía solo una frase, aunque sabía que encerraba mucho más. La dedicación de Maren hacia el refugio era demasiado personal, su implicación iba más allá de administrar un lugar como este, pero, ¿por qué habría hecho aquello su tatarabuela?

«No soy de los que pierde el tiempo mintiendo, Wilhelmina».

No. Y tampoco era de los que ofrecían respuestas gratuitamente, y no era porque no las hubiese buscado en él. Sin embargo, Maren era muy bueno evitando dárselas. Cuando no estaba «ocupado» con alguna cosa, estaba «desaparecido» detrás de aquella maldita puerta del sótano.

Había empezado su estancia en el refugio evitando a ese hombre, intentando verle lo menos posible, solo para que ahora fuera él quien escatimase sus encuentros.

—No puede esconderse todo el tiempo —rezongó volviendo al mostrador de la recepción—. No puede soltarme una bomba semejante y esperar que no haga preguntas.

«Chiiiiiii».

Bajó la mirada hacia su peluda carga. El bichejo no pesaba apenas, lo cual era sorprendente dado todo lo que se zampaba.

—Boris te va a convertir en una bolsa para semillas si sigues zampándote sus flores, ¿sabes?

«Chiiiiiii».

No hablaba, tampoco es que le hiciese falta. Sus chirridos tenían distintas frecuencias y, por algún motivo absurdo, empezaba a diferenciarlas y saber qué significaba cada una.

—Le pediremos al demonio del sótano que te compre algo que puedas comerte sin provocar un conflicto existencial, ¿vale?

«Chiiiiiii».

—Tomaré eso como un sí.

Y, además, era la excusa perfecta para visitar a ese insoportable individuo en el sótano.

Solo esperaba que esta vez no estuviese de nuevo detrás de esa jodida puerta, porque como fuese así... No respondería de sus actos.

Hoy era martes, día de colada. Se cruzó con Vera y Matilde, aunque solo Dios sabía para qué quería un fantasma hacer la colada. Una de las secadoras estaba en funcionamiento. El sonido era el de una vieja máquina agonizante, pero ya había aprendido que esa cosa había sobrevivido a bastantes batallas como para aguantar unas cuantas más.

Dejó el área de la lavandería y continuó por el extenso sótano hacia la zona en la que estaba la caldera. Esa parte de la casa siempre le había parecido demasiado grande comparada con el tamaño del edificio. Estaba claro que alguien había utilizado un hechizo dimensional para aprovechar el espacio y adaptarlo a sus necesidades; las cuales pasaban por alojar a un dragón presumiblemente grande.

Eusi. Solo conocía el nombre del presunto dragón, así como sus gruñidos y esa nube morada con olor a azufre que a veces emergía de aquella puerta. Por lo que ella sabía, podía ser tan solo una excusa de Maren para evitar que alguien metiese las narices allí abajo, pero algunos de los residentes hablaban de Eusevio como si fuese una criatura con la que era mejor no cruzarse ni tener contacto alguno.

Debía admitir que una parte de ella sentía verdadera curiosidad. Jamás había visto un dragón, de hecho, se consideraban extintos, así que el hecho de que en el sótano viviese uno no dejaba de acicatear su curiosidad.

El silencio fue lo primero que le llamó la atención al llegar a la zona de la caldera. Por lo general, siempre había ruidos, ya fuese de esta o del demonio que solía refunfuñar por la falta de materiales y la mala suerte en general. No se escuchaba nada, era tal la ausencia de sonido que a punto estuvo de dar media vuelta.

La puerta misteriosa, sin embargo, estaba abierta. Y esta vez no era oscuridad lo que había del otro lado del umbral, o no completa, al menos. Una débil luz alejaba las sombras, moviéndolas, como lo haría una vela o una linterna.

—¿Maren? —Lo llamó.

No obtuvo respuesta. Y no sabía si eso era bueno o malo, en realidad.

—Maren, ¿estás ahí dentro?

Nada. Ni un resoplido, que sería lo más habitual escuchar saliendo de la garganta de aquel hombre.

—Como te haya comido el dragón, la cagamos —murmuró para sí.

Sacudió la cabeza ante el absurdo pensamiento e hizo justo lo que le había advertido una y otra vez que no hiciese; se acercó a la puerta.

—¿Maren? —Llamó de nuevo desde el umbral, entrecerrando los ojos en un intento por distinguir mejor lo que había del otro lado.

Una mezcla de olor a tierra y humedad emergía del interior, así como ese conocido toque a azufre, pero lo sorprendente no era eso, sino que el suelo cambiaba por completo desde el mismo marco de la puerta. Mientras que el sótano estaba completamente baldosado, el área que empezaba desde la puerta era roca pura. Llegó a vislumbrar una pared pedregosa, sudada y oscurecida, como si la hubiesen quemado, así como esos girones de neblina morada que ya había visto en el exterior.

—¿Eusi? —pronunció el nombre del dragón, esperando casi que rugiese y la sacase de ahí cagando leches—. ¿Estás ahí dentro?

Nada. Ni un solo sonido.

—Venga ya. No se te ocurra zamparte al demonio, todavía tiene que responder a mis preguntas y levantar la maldición —rezongó, más para sí misma que para quien quiera que estuviese allí dentro—. Soy Wilhelmina, aunque todos me llaman Willa. ¿Te parece bien si entro? Estoy buscando a Maren y...

Algo se movió entre las sombras, agitando la neblina morada. Escuchó el roce de algo contra el suelo, un sonido muy suave, sutil, que dejaba claro que allí dentro había algo.

—De acuerdo. Si me come un dragón, le echaré la culpa a ese irritante demonio.

Cruzó la puerta con decisión y, en el instante en que lo hizo, notó cómo su piel era atravesada por millones de agujas. Fue molesto, aunque no doloroso, la presencia inequívoca de que había una barrera en aquella puerta destinada a disuadir a quienes quisieran entrar... o evitar que lo que estaba dentro pudiese salir.

El cambio de ambiente fue inmediato y asfixiante. Aquí el olor a azufre era más presente, la humedad se le pegaba a la piel y hacía bastante calor como para ponerse a sudar de inmediato.

—Genial, una sauna —musitó para sí, avanzando unos pasos hacia la zona de la que procedía la luz. Ahora veía que había una especie de recodo, un lugar parcialmente aislado del que salía un bajo murmullo.

No entendió las palabras, a duras penas conseguía escuchar bien la voz, mas había algo familiar que la hizo avanzar hacia allí. Caminó despacio, procurando no hacer ruido, y entonces los vio.

Maren estaba allí. Y estaba en perfecto estado de salud. De hecho, permanecía recostado contra el enorme vientre del dragón, con las piernas estiradas delante de él y cruzadas a la altura de los tobillos. Volvía a estar sin camiseta. Su torso ahora estaba cubierto por una serie de símbolos y marcas que no había visto nunca antes. Sus ojos carmesíes refulgían y movía los labios, hablando en un idioma extraño, gutural, con una cadencia antigua y bastante musical.

Willa se quedó inmóvil, sus ojos pasaron del maestro demonio a la enorme criatura enroscada en torno a él. Su tamaño era colosal, hacía que su acompañante se viese diminuto en comparación. Tenía un cuello largo, terminado en una cabeza serpentina con cuernos o espinas que se extendían a lo largo del primero. Descansaba sobre cuatro patas, con unas gigantescas alas membranosas plegadas y una cola igual de espinosa que su cabeza desplegada por el suelo.

Conocía esa cola, era la misma que había creído vislumbrar cerrando la puerta.

Sin embargo, fueron los ojos ambarinos, con una pupila sesgada, los que la dejaron sin respiración cuando se abrieron y

posaron sobre ella.

Un sonido similar a un gorjeo reverberó en aquella especie de cueva, seguido por el resoplido de Maren, el cual volvió también la cabeza en su dirección, sin sorprenderle lo más mínimo su presencia allí.

—Ya te dije que hace lo que le da la gana.

El dragón volvió a hacer ese particular sonido mientras levantaba la cabeza que tenía apoyada en el suelo, como si quisiera mirarla mejor.

—¿Se ha muerto alguien arriba?

La pregunta de Maren tardó en penetrar en su mente. En aquellos momentos, Willa solo era consciente de una cosa: estaba ante un dragón de verdad y este la estaba mirando.

—Es...

—Un dragón, sí.

—Es...

—Enorme.

—Es...

—Eusi...

—Precioso.

La magnífica criatura volvió a emitir ese extraño gorjeo, su cabeza se elevó aún más y, antes de darse cuenta, la tenía tan cerca que pudo notar con mayor claridad el fuerte aroma a azufre.

—Tu percepción de la belleza deja mucho que desear —resopló Maren, pero había cierta risa en su voz—. Ves un dragón por primera vez en tu vida y no dices que es impresionante. No. Tú dices que es *precioso*.

—Porque lo es —afirmó, observando ahora su cabeza escamosa y cómo la tenue luz de un orbe flotante iluminaba el tono iridiscente de sus escamas. Era una mezcla entre negro y morado, con un remate dorado, casi como oro envejecido—. Enorme, magnífico y precioso.

El dragón sopló por la nariz, envolviéndola en esa humareda morada y haciéndola toser.

—Vale... eso sobraba —mencionó, agitando el aire delante de ella, para ventilarlo.

Un nuevo ruidito emergió de la garganta de la criatura antes de retirarse a su postura original y volver a cerrar los ojos.

—Venga. Ya que has roto mi única norma, no te quedes ahí —la llamó Maren con un gesto. Él no se había movido un centímetro de su cómoda posición—. Ausie te permite entrar en su nido. Puedes considerarte muy afortunada.

El dragón gorjeó de nuevo, mas no abrió los ojos.

—Ya lo sé —murmuró Maren con un resoplido—. Es mi calvario personal.

—Espero que no estés hablando de mí.

—Sí. Lo hacía —respondió él, con su habitual franqueza—. ¿Qué ha pasado? ¿Coma sigue vivo? ¿Boris ha entrado de nuevo en fase lunar? ¿Nix ha perdido algún tentáculo? ¿Lucrecia ha intentado acogotar de nuevo a Ezrael? ¿Oliver ha vuelto a invocar algo? ¿Vera? ¿Mati? ¿Vyktor?

Willa se detuvo ante él y se tomó unos segundos para verlo ahora bajo la luz del orbe que flotaba sobre ellos. Maren solo llevaba los pantalones y unas botas hasta la pantorrilla. No era el atuendo que solía usar arriba, pero tampoco lo eran las marcas que le cubrían el cuerpo y parte de los brazos.

—Si te lo estás preguntando, sí, siguen por debajo de la cintura del pantalón —ronroneó él, con su habitual descaro.

Puso los ojos en blanco y, sin pensárselo dos veces, se sentó en el suelo a su lado, aunque con cuidado de no tocar al dragón. Una cosa era que ese demonio lo usase de almohada y otra que ella lo tocase. Quería conservar sus miembros o todo su cuerpo fuera de las fauces de esa criatura.

—Recuérdame que en el próximo pedido del refugio te pida unas cuantas camisetas —le soltó—. Se ve que te has quedado sin ellas.

Los labios masculinos tiraron hacia arriba en una divertida sonrisa.

—Aquí hace calor —le dijo y notó un tironcito en la solapa de la chaqueta—. Puedes quitártela también, evitará que sudas como un pollo.

—Así estoy bien.

—Aquí no necesitas cubrir las marcas de la maldición, Willa —aseguró con naturalidad—. A Eusi no le importan lo más mínimo y yo... Ya las conozco.

Ladeó la cabeza, lo justo para mirarle de soslayo. Él no la miraba, tenía la vista fija en algún punto al frente, casi parecía cansado.

—O puedes seguir asándote como un pollo mientras disfrutas de nuestra magnífica compañía.

Puso los ojos en blanco y, para su propia sorpresa, empezó a quitarse la chaqueta, doblándola con cuidado y manteniéndola sobre su regazo.

—¿Todo bien por arriba, entonces? —insistió Maren.

—Coma se ha vuelto a comer las margaritas y Boris ha amenazado con convertirlo en abono para sus plantas. —Cruzó las piernas, buscando una postura cómoda—. Ese conejo mutante tiene una particular fijación con las flores del jardín.

—Y también con mis dedos —admitió él, extendiendo la mano que, ahora que se daba cuenta, terminaba en unas uñas largas y negras—. Es un bicho divertido.

Solo a alguien como él podría parecerle divertido que un conejo con una boca de piraña quisiera arrancarle un dedo cada vez que lo acariciaba.

—Ese bicho debería estar en... No sé. Su propio hábitat, supongo.

—No sobreviviría —chasqueó la lengua—. Acabaría en una cazuela antes de que pudiese dar un salto. Su carne es muy apreciada en los Bajos Fondos.

Se le revolvió el estómago de solo pensar que alguien se pudiese comer a Coma.

—Ni hablar. Nos lo quedamos.

Maren se rio entre dientes.

—Ya te dije que te había adoptado, brujita. No hay vuelta atrás.

Dejó escapar un resoplido y miró más allá de ellos, a la enorme cabeza del dragón.

—¿Qué hace aquí abajo? —murmuró, no quería molestar el sueño de la criatura—. ¿También lo has... acogido?

Los ojos carmesíes que hasta el momento la habían estado esquivando, se posaron sobre ella.

—Necesitaba un lugar tranquilo en el que poder descansar y dormir a gusto —respondió volviéndose a mirar al dragón—. A veces uno no necesita nada más que eso.

—Y por eso tú pasas tanto tiempo en este lugar —mencionó ella, comprendiéndolo al momento—. Aquí nadie te viene con quejas, con problemas o exigencias... y puedes estar solo.

—Nadie venía, en pasado —replicó, mirándola de nuevo—. Tú acabas de cargarte mi descanso.

—No lo habría hecho si hubieses contestado, en primer lugar —le recordó—. De hecho, ni siquiera habría entrado aquí.

—No te equivoques, entraste porque él te dejó —declaró, resbalando esa mano de uñas negras sobre el cuerpo del dragón—. Estás aquí sentada, porque él te lo permite y porque... es realmente difícil librarse de ti cuando se te ha metido algo entre ceja y ceja.

Se giró por completo hacia él, encarándolo.

—No puedes soltarme semejante bomba y luego hacer como si no hubiese pasado nada, Maren —le recordó—. No puedes decirme que mi tatarabuela te maldijo primero y luego escurrir el bulto. Las cosas no funcionan así.

—Lo que ocurrió entre tu tatarabuela y yo no tiene nada que ver contigo.

—¡Y una mierda que no! —Alzó la voz, dolida ante esas palabras. Extendió el brazo hacia él y señaló sus marcas—. ¡Esto tiene todo que ver! ¡Esta es la maldición que lanzaste sobre ella y sobre toda su sangre! ¡Es el motivo por el que me estoy muriendo!

Los ojos carmesíes cayeron sobre las manchas de sus brazos, sobre ese pedazo de piel muerta e insensibilizada.

—Yo no fui el que la lanzó, Willa, fui quien intentó detenerla.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. El silencio cayó entre ellos mientras el significado de estas se filtraba poco a poco en su mente.

—¿Qué? —Se le rompió la voz, se ahogó con su propio aliento.

Los dedos masculinos acabaron sobre su piel ennegrecida y su rostro adquirió una expresión de pesar.

—Las palabras tienen poder —añadió él con voz firme, dura y algo triste—. Las palabras dichas en un arranque de furia, en un momento de celos o de desesperación, pueden marcarte la vida de una manera que ninguna otra cosa puede hacerlo.

Cuando por fin levantó la cabeza y la miró, había verdadero arrepentimiento en sus ojos.

—Y también marcar tu muerte.

Se lo quedó mirando, pues lo que acababa de salir de su boca era una bomba mucho más grande que cualquiera que hubiese podido arrojar sobre ella.

Tardó en apartar la mirada, no por necesidad, sino porque estaba tan aturdida que no sabía cómo actuar. Se levantó, sus primeros pasos fueron tambaleantes. No quería huir, ni siquiera se le había pasado por la cabeza, era solo... necesitaba ganar distancia con él, con todo aquello.

Ese ligero raspado de algo arrastrándose contra el suelo dirigió su atención hacia la cabeza del dragón, había abierto uno de sus ojos y la siguió un instante antes de volver a cerrarlo.

Maren seguía en silencio. No la miraba. Él mismo parecía haberse sumido también en sus propios pensamientos, como si se arrepintiese de lo que acababa de salir de su propia boca.

«No soy de los que pierde el tiempo mintiendo, Wilhelmina».

Sus palabras de aquel día volvieron con más fuerza, si cabía, como un recordatorio de quién era realmente ese demonio. Porque después de mes y medio conviviendo bajo el mismo techo, sabía que sus ideas sobre él estaban equivocadas, que en realidad no le conocía, solo sabía lo que otros le habían contado.

«Toda historia tiene dos caras. Pueden comenzar de la misma manera, pero dependiendo de quién la cuente, el final será distinto».

Nunca una frase de su padre había tenido tanto sentido para ella como en este mismo instante. Y era curioso que le viniese justo ahora a la memoria.

O quizá no tanto. Desde aquella primera conversación con Maren, no había podido evitar pensar en su familia, en lo que sería

volver a casa y mostrarles que no solo que seguía con vida, sino que la pesadilla se había acabado por fin.

Una que acababa de cobrar un significado muy distinto al que siempre le había dado.

—¿Qué quieres decir con que... fuiste quien intentó detener la maldición?

Maren levantó la cabeza despacio y sus ojos se encontraron de nuevo. Su expresión volvía a ser indescifrable, ya no quedaba ni rastro de la pena de antes, mas aun así percibía que ni siquiera él conseguía aislarse del peso de sus propias palabras.

Lo vio respirar hondo y soltar el aire antes de volver a hablar.

—Exactamente eso —respondió con tranquilidad—. Intenté que Lyria no muriese en el mismo instante en que aquellas palabras la marcaron y la condenaron a muerte.

No era común escuchar el nombre de su tatarabuela y menos en boca de alguien ajeno a su aquelarre. Él lo había pronunciado sin vacilar. Le sorprendió no detectar ni un solo toque de rencor o de satisfacción, era lo que había esperado del demonio que la maldijo... Solo que ese ser no era el hombre que tenía delante, no era la imagen que había llevado toda la vida en su mente, que había conjurado en base al rencor y al dolor de varias generaciones de brujas malditas, consumidas por esa ponzoña.

Willa se quedó en silencio. Podría haber dicho que no, que estaba equivocado, ¿pero lo estaba?

Él seguía mirándola a los ojos. Parecía esperar que lo acusara, que lo tachase de mentiroso, y una parte de ella quería hacerlo. La que había padecido ese castigo, la que se había ido apagando, consumiendo durante este último año, quería gritarle y cruzarle la cara de una bofetada, llamarle embustero... Sin embargo, no lo hizo. Se dejó caer al suelo, sin importarle el lugar o la suciedad. Se sentó allí mismo, frente a él, envuelta de alguna manera por la colosal figura del dragón, que parecía preferir seguir con su siesta a prestar atención al par de individuos que ocupaban su cueva.

—¿Quién lanzó la maldición que pesa sobre mi sangre? —Esa era la pregunta adecuada, la única que podía dar una respuesta

directa, sin acertijos. Y esperarla, fue el mayor momento de tensión de toda su vida—. ¿Quién fue?

Una palabra, un nombre y todo cambiaría para siempre.

Hubiese sido él o ella, Willa sabía que llegados a este punto, su mundo se haría pedazos de igual modo. Ya no era la bruja que había dibujado aquel círculo en el salón de su casa, este último mes y medio en el refugio marcaba la diferencia.

—Nunca se trató de una maldición —respondió, recostándose de nuevo contra el dragón, como si necesitase de su contacto para enfrentarse a sus propios recuerdos—. No hubo un conjuro, ni un hechizo... Nunca fue una intención, sino la consecuencia de un momento de rabia, de una pataleta, en realidad... Lyria era propensa a ellas, sobre todo cuando no obtenía lo que deseaba. Y, sí. Si tengo culpa de algo, es de haberle negado lo que deseaba en esos momentos, algo que no le pertenecía...

—¿El qué?

Los labios masculinos se curvaron muy despacio, componiendo esa sonrisita que conocía bien, más esta vez no llegó siquiera a formarse del todo.

—Mi voluntad. —Hizo una mueca—. Ella me quería a mí, pero yo no tenía la menor intención de someterme a una bruja que cambiaba de opinión con la misma celeridad con la que cambia el viento. Era una mujer tan hermosa como poderosa, una de las brujas más extraordinarias y competentes con las que me he cruzado en mi extensa vida. Y también era orgullosa. Una mujer difícil en muchos sentidos e intransigente a veces. Estaba acostumbrada a conseguir lo que deseaba, ya fuese por su propio esfuerzo o por su fama. Y cuando no obtenía los resultados deseados, entonces se frustraba... Y la frustración jamás ha sido una buena guía, créeme, lo he aprendido en mis propias carnes.

Una descripción que no encajaba con la que ella tenía de la gran bruja de su aquelarre, de la todopoderosa y compasiva Lyria. Maren le estaba presentando a una mujer muy distinta a aquella de la que llevaba oyendo hablar toda su vida.

—No esperaba que la conocieses precisamente por sus defectos, sobre todo siendo la madre de tu línea de sangre. —No le

sorprendió lo más mínimo la conclusión del demonio, estaba segura de que se reflejaba en su cara la incredulidad y las dudas ante lo que relataba—. Tenía muchas virtudes, muchas, pero también contaba con un carácter difícil y con una terquedad que he visto en alguna de sus descendientes... sobre todo en la última.

—La maldición —concretó. Ese era el núcleo al que quería llegar, era la explicación que necesitaba para entender quién era en realidad el responsable de que su cuerpo se estuviese consumiendo, de que su vida se agotase—. ¿Cómo ocurrió?

Maren dejó escapar un profundo suspiro y echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo.

—Me negué a hacer un pacto con ella. —Las palabras salieron con cierta dureza—. Tu antepasada tuvo más éxito que tú al convocarme la primera vez. Debo decir que fue impresionante. Me tuvo a su merced durante varios días. Me irritó lo suficiente como para despertar mi curiosidad y escucharla. Quizá te sorprenda saber que fuimos compañeros durante un tiempo...

Algo se le removió por dentro al escuchar tal confesión, en especial dado el vistazo soslayado que él le dedicó.

—Era una bruja admirable, su poder estaba a la altura del mío, lo que hacía que las cosas fuesen más interesantes —sonrió de medio lado ante sus propios recuerdos—. Mantuvimos una buena amistad durante algún tiempo, aunque frente a otros éramos, como no, enemigos declarados... Por aquel entonces no estaba demasiado bien visto que un demonio y una bruja anduviesen en relaciones, del tipo que fuesen.

—¿Me estás diciendo que mi tatarabuela y tú...? —Lo miró de la cabeza a los pies y se estremeció. De todas las cosas que podía haber imaginado, aquella estaba vetada del todo en su mente—. Olvídalo. No quiero saberlo.

La sonrisa de Maren se hizo más intensa, con una pizca de malevolencia.

—No te hagas ilusiones, no hay ninguna historia de amor de por medio —le informó él con ese tono burlón que conocía muy bien—. Los dos éramos demasiado egoístas para preocuparnos por otra persona de esa manera.

Y este era el Maren que ella conocía. El que se escudaba detrás de la ironía, el que cambiaba de tema cuando no quería hablar de algo en concreto.

—Has dicho que te negaste a hacer un pacto con ella... —Willa recondujo la conversación.

Él asintió.

—Le negué mi sangre. —Se encogió de hombros con absoluta despreocupación—. El linaje es algo serio para los demonios y el mío no estaba destinado a mezclarse con el suyo.

Parpadeó lentamente, dejando que la comprensión de lo que acababa de decirle se filtrase poco a poco en ella.

—Lyria ambicionaba formar su propio aquelarre, el más poderoso de todos —continuó con su relato con lentitud, como si estuviese haciendo un esfuerzo para traer los recuerdos de aquel día a su mente—. Quería proteger a las futuras brujas de su sangre, darles poder, hacerlas más fuertes frente a un mundo que era cruel e implacable con cualquier individuo que practicara algo parecido a la hechicería... Y, sin embargo, lo que hizo fue condenarlas a todas.

Se hizo el silencio. Durante unos instantes, todo lo que escuchó fue el propio latido de su corazón acelerado, lo único que sintió fue la pegajosa humedad sobre su piel, recordándole el lugar en el que estaba, el dragón que dormía mientras Maren desgranaba una historia del pasado que nada tenía que ver con la que ella conocía.

La Lyria de la que él hablaba no era la bruja sobre la que llevaba escuchando hablar toda su vida. Maren la estaba retratando como alguien caprichosa, voluble e incluso diría que ambiciosa. Y, aun así, él parecía defenderla también, justificar su manera de proceder.

Estaba confundida, muy confundida.

—No... no lo entiendo —admitió en voz alta—. ¿Por qué alguien iba a condenar a aquellas mujeres a las que quería proteger?

—No las condenó a ellas, brujita, se condenó a sí misma —declaró él, encontrándose ahora con su mirada—. Como no obtuvo lo que deseaba por medio de mi sangre, convocó a alguien más.

El corazón le dio un vuelco. Un agorero presentimiento se apoderó de ella y supo, incluso antes de que el demonio frente a ella

lo relatase, cuál era el rumbo de aquella imprudente decisión.

—Lyria consiguió su pacto de sangre, pero el resultado de este fue... —Hizo una pausa, negó con la cabeza y remató con brusquedad—. No fue el esperado. —La mirada carmesí bajó sobre las manchas de sus brazos y Willa se quedó completamente quieta cuando vio cómo resbalaban los dedos sobre una de ellas—. Vino a mí furiosa y llena de rabia. Su cuerpo se estaba consumiendo, su piel ya había empezado a necrosarse y la criatura que tenía en su vientre, el legado de sangre que tanto había ansiado, se iba apagando con ella.

Volvió a quedarse en silencio durante algunos segundos, entonces dejó escapar un largo suspiro.

—Se había unido al demonio que había convocado en el círculo —continuó en un tono algo más bajo y duro, como si las palabras no quisieran abandonar su boca—. Karios. Ese es el nombre de tu tatarabuelo, por si quieres saberlo.

Aquello fue como una bofetada en toda la cara, un golpe de realidad que la dejó sin respiración y que, de no estar ya sentada, la habría enviado derechita al suelo.

—¿Un... un demonio?

Los labios masculinos se estiraron ligeramente, no llegó a ser una sonrisa, tan solo una mueca, pero era igual de irritante.

—Sí. Enhorabuena, tienes un demonio entre tus ancestros.

El mundo se paró en ese mismo instante. Todo se detuvo para Willa. Las palabras eran como un eco en su cabeza, repitiéndose una y otra vez, como si se tratase de una cacofonía que se va haciendo más y más potente.

—Su sangre está ya bastante diluida en tu línea de sangre —continuó Maren como si no acabase de pasarle por encima con una apisonadora—. No era un maestro, sino uno de los soldados del piso de abajo. Ya no está con vida, por cierto, lo cual es parte del motivo de que tú estés hoy aquí.

Le llevó un par de segundos más encontrar el habla, hasta que por fin barbotó:

—¿Me tomas el pelo?

—No, Willa. Me limito a responder a tus preguntas, ya que no has dejado de dar por culo buscando respuestas —respondió con su habitual sarcasmo. Era capaz de pasar de la seriedad a la burla en un parpadeo—. ¿No era eso lo que querías cuando entraste aquí?

Se lo quedó mirando y acabó asintiendo con sequedad.

—Sí. Lo era.

Maren entrecerró los ojos, chasqueó la lengua y resopló.

—No necesitas conocer todos los detalles. —Sentenció. Era obvio que no quería que profundizase en todo aquello. A pesar de ello, él siguió hablando—. La maldición la originó ella, su antepasada, al vincularse con un demonio a través de un círculo de invocación. Lyria forzó algo que debería haber sido entregado libremente, corrompió el vínculo. Ella sabía que no funcionaba así, lo supo en el mismo instante en que me convocó a mí por primera vez. Fui yo quien se lo dijo. —Lo vio apretar los puños, sus ojos refulgieron y tensó la mandíbula, aunque no dejó de hablar—. Y, a pesar de ello, me culpó a mí de su condición. Me responsabilizó a mí de su maldición, por haberme negado a su deseo. Y solo después me suplicó de rodillas que no dejase morir a su hija, que hiciese algo para mantener con vida su legado.

—Y lo hiciste —afirmó sin duda alguna. Ella era la prueba de que había sido así. Lo que quiera que hubiese hecho Maren, había permitido que su descendencia continuase existiendo.

Asintió con la cabeza y abarcó el espacio con un gesto de la mano.

—La traje aquí. A este mismo lugar... —Y eso fue una nueva sorpresa de lo más impactante—. Entonces no contaba con el poder para erradicar el veneno, pero sí podía detener durante algún tiempo su progresión.

Ella se tocó el brazo de forma automática, notando la rugosidad de la piel muerta bajo sus dedos, entendiendo al fin por qué no había enfermado aún más.

—Tuvo a su criatura aquí —admitió bajando ahora la mirada hacia sus propias manos—. Una niña. La primera bruja de tu línea de sangre y la primera en ser víctima de la semejante condena.

El dragón, que había estado en silencio hasta el momento, gorjeó bajito. Había abierto uno de sus ojos y miraba ahora a Maren, como si supiese algo que ella no. Vio al demonio llevar la mano sobre las escamas del cuerpo de la enorme criatura y susurrar algo en el mismo idioma que ya había escuchado antes. La bestia parpadeó y volvió a dejar caer el pesado párpado.

—Tu tatarabuela cumplió los veintisiete a los pocos días de traer al mundo a su hija —continuó él con voz más suave ahora. No dejaba de acariciar al animal, como si necesitase de su contacto para poder seguir hablando—. Sabía que la muerte estaba esperando para llevársela, podía sentir su presencia. Y, cuando llegó el momento, con su última respiración me ató con sus palabras a este lugar y a tu línea de sangre. Una jugada maestra que no vi venir. Incluso al borde de la muerte seguía culpándome por haberle negado mi sangre.

Cuando al fin volvió a mirarla, sus ojos carmesíes refulgían.

—Y aquí estoy ahora, quinientos años después, con una de sus descendientes también a las puertas de la muerte —le soltó con su habitual sarcasmo—. No supe que ese legado maldito se iniciaba en el último año de vuestras vidas hasta que sentí temblar las piedras por primera vez. Justo después de su vigesimosexto cumpleaños. Era como una cuenta regresiva, un año en el que la ponzoña se va extendiendo y culmina con la muerte de la bruja descendiente de su línea de sangre. La hija de Lyria fue la primera, pero no acabó con ella, siguió adelante, generación tras generación, con cada una de sus descendientes... Hasta que tú me convocaste.

No apartó la mirada a pesar de que había algo en ella que le ponía los pelos de punta.

—Los astros decidieron alinearse para que la muerte de ese demonio y tu providencial y bastante burda convocatoria coincidiesen en el tiempo —confesó, inclinándose hacia delante, como si quisiera asegurarse de que ella estaba todavía allí, que le prestaba atención—. Y aquí estamos ahora, en una nueva cuenta atrás, solo que esta vez el final no será el mismo. La maldición terminará contigo y la última de las piedras habrá caído por fin.

El silencio cayó de nuevo sobre el lugar, envolviéndolos a ellos durante un largo instante.

—Ya tienes las respuestas que estabas buscando, brujita —concluyó él, señalando con un gesto el otro lado de la enorme estancia—. Puedes volver arriba y seguir con tus tareas. Y, por favor, a menos que veas que la mansión empieza a desmoronarse piedra a piedra, no me busques. Hoy es mi día libre y quiero descansar.

Con esa última anotación, se giró y retomó ese particular dialecto con el que hablaba al dragón.

Este levantó la cabeza, sobresaltándola, sus ojos ambarinos se abrieron del todo, dejando atrás la somnolencia, y un pequeño resoplido de humo morado salió de los ollares de su nariz. No pasó ni medio segundo antes de oír de nuevo ese particular gorjeo, ahora con una intensidad mayor.

Willa se levantó con rapidez, miró al dragón y luego al demonio que había decidido ignorarla completamente. La revelación de Maren todavía resonaba en su cabeza, sus palabras le llenaban los oídos con el eco de algo que desconocía y que cambiaba el relato que ella conocía.

No podía responder, no sabía cómo hacerlo, así que hizo lo único que podía hacer en esos momentos. Dio media vuelta y abandonó aquel particular lugar.

La puerta se cerró a su espalda. Miró la gruesa madera y luego a su alrededor, reconociendo, ahora sí, el sótano, esa área que sí formaba parte natural de la mansión.

—Estas piedras no son su refugio... —musitó para sí, sintiendo cómo las lágrimas le vidriaban la mirada—. Siempre han sido su prisión.

Notó el picor y la humedad en los ojos antes de que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano, se tomó unos segundos para recomponerse y regresó arriba.

CAPÍTULO 7: LA FANTASMA QUE NECESITABA UN EXORCITA... PARA OTROS

Willa alternó la mirada entre la tarjeta de visita que tenía en las manos y el hombre de pie al otro lado del mostrador.

Julius Bernard Petrus Clytora.

**Sacerdote ordenado exorcista por la Orden Arcángel
*Exorcizamos a domicilio.***

Un *exorcista* en San Bartolomé. Si eso no era el preludio de una catástrofe, no sabía qué podía serlo.

El tipo había entrado por la puerta vestido como una especie de... Ni siquiera sabía cómo interpretar aquello. Parecía Neo, de Matrix, solo que con el pelo blanco de punta, gafas redonditas y unas cuantas cruces blancas adornando su ropa de... cuero.

Incluso sus botas de motorista tenían más tachuelas que un sofá.

—La señora Hécate fue muy específica en su petición —insistía el hombre con esa voz ronca y profunda que hacía que su aspecto resultase todavía más intimidante. Tenía el rostro fuerte, una mandíbula cuadrada y sus ojos de un azul muy claro le daban escalofríos. Era atractivo, de una manera bastante sobrenatural.

Y estaba aquí para devolver a las almas perdidas a su descanso eterno porque la señora M. Hécate Alisius lo había convocado para que liberara al San Bartolomé de los espíritus que estaban apegados a sus piedras y que no tenían la condición de huéspedes.

Matilda. La fantasma que vivía en el piso de arriba llevaba las dos últimas semanas quejándose de que no la dejaban descansar. Estaba empeñada en que la habitación contigua a la suya, la que estaba *vacía*, era un portal de tránsito continuo y estaba hasta los

mismísimos de escuchar cómo otros fantasmas entraban y salían sin invitación.

Maren había comprobado esa habitación él mismo después de recibir queja tras queja del espectro de la mansión y no había encontrado nada. En palabras del maestro demonio: *«No hay ningún jodido portal abierto en esa habitación. Que deje de tocar las narices o seré yo quien la mande al otro lado de una patada»*.

Desde la conversación que mantuvieron en la cueva de Eusi hace ya dos semanas, Maren pasaba algo más de tiempo en las plantas superiores. La mansión parecía haberse confabulado para que tuviese que arreglar goteras, tuberías que reventaban debido a su antigüedad e incluso puertas que decidían chirriar como si estuviesen despellejando a un gato.

Y no era la única, porque los huéspedes parecían haber desarrollado de la noche a la mañana una intensa necesidad del demonio.

«¿Dónde está Maren? Busca a Maren. Necesito ver a Maren. Maren tiene que venir ya».

Su empleador estaba a un exorcismo de acabar él mismo con todos los huéspedes y mandarlos al otro barrio. Y Willa intuía que, por una vez, no le importaría quedarse completamente solo en la mansión.

Quinientos años. No podía quitarse esa cantidad de tiempo de la cabeza y lo que realmente significaba para el demonio. Había estado atrapado en este lugar todo ese tiempo. El refugio había nacido de su desesperación, pero también de la necesidad de dar cobijo a aquellos que, como él, lo habían perdido todo por un golpe del destino.

Eusi había sido su primer huésped. El dragón llevaba ocupando este lugar más tiempo incluso que él. El viejo ermitaño era el último de su clase y se habían hecho compañía desde el inicio de su encierro. Dos individuos solitarios que encontraban solaz en la presencia del otro.

No sabía toda la historia, pues Maren le había dicho que no era suya para contársela, mas por lo que extrajo de aquí y de allá, intuía

que la bestia también había sido víctima de alguna especie de encadenamiento o venganza que lo había anclado a esta dimensión.

Como fuese, ahora también le permitía a ella entrar en su cueva, dándole la bienvenida con ese característico trino. Empezaba a pensar que le resultaba divertido el hecho de verlos a ambos pelearse por cualquier nimiedad.

Y es que su relación con Maren había pasado de «*jefe-empleada*» a «*demonio irritante - bruja maldita*». Si bien los primeros días después de aquella impactante revelación lo había evitado, pues necesitaba procesar todo lo que le había contado, luego bajó a buscarlo y, sin mediar palabra, lo arrastró al piso superior para que hiciese «*su trabajo*».

—*No puedes dejarme a mí sola al frente de San Bartolomé*—. Le había increpado, clavándole incluso el dedo en el pecho—. *No me pagas lo suficiente para esto*.

—*No te pago, brujita*.

—*¡Pues con más razón aún!* —Se había llevado las manos a las caderas y lo había fulminado con la mirada—. *Mueve el culo y sube arriba. Si Nix pierde otro tentáculo, Vyktor nos matará a todos*.

Se habían mirado unos instantes y, tras resoplar y quejarse de que necesitaba unas vacaciones de verdad, acabó volviendo arriba y haciéndose cargo de todo como hasta entonces.

Un mes. Ya solo le quedaba un mes para cumplir el trato que habían hecho. Treinta días para librarse por fin de su maldición y liberar a Maren de la suya propia.

Y no se trataba solo de que al fin fuese libre de este lugar, sino que pensaba limpiar su nombre.

El maestro demonio podía ser irritante al extremo y sacarla de quicio, pero en estos dos últimos meses había llegado a verlo como era en realidad. La imagen que se había formado de él no era real. Y no era solo porque ahora conociese la otra parte de la historia, una verdad que había permanecido oculta durante quinientos años, sino porque había llegado a conocerlo, a ver quién era en realidad.

Se lo debía. Le debía que su nombre fuese limpiado, que se supiese quién había sido en realidad la responsable del mal que

había acabado con tantas generaciones de brujas. Él no había sido el villano de la historia y ya era hora de que su aquelarre lo supiera.

En cuanto se cumpliese el plazo, volvería a casa y se encargaría de que todo el mundo supiese que aquella ponzoña ya no arrebataría más madres, ni más hijas. Que el futuro de su línea de sangre estaba libre por fin.

Y después... Bueno, pensaría en ello llegado el momento.

Se sacudió sus pensamientos y volvió a concentrarse en la tarjeta que tenía en las manos.

El exorcista seguía parloteando, aunque no había escuchado ni media palabra.

—Se nota el ambiente cargado en toda la casa. Las almas corrompidas han quedado ancladas a este lugar y se niegan a marcharse. Me ocuparé personalmente de limpiar el lugar hasta que se respire de nuevo aire puro.

Willa levantó la cabeza y se encontró con esos ojos azules.

—Verá... Padre Julius. —Ni siquiera estaba segura de cómo dirigirse a él—. Me temo que ha habido una equivocación. No hemos pedido los servicios de ningún exorcista... De hecho, lamento tener que decirle esto, pero... San Bartolomé tiene una política bastante clara con respecto a los de su... orden.

Intentó ser educada. A ella no se le daba tan bien como a Maren echar a la gente, carecía de su falta de escrúpulos y de su actitud amenazadora.

—No ha habido ninguna equivocación, hija, este lugar es un agujero negro... —declaró señalando todo el hall—. Hay almas aquí atrapadas, una intensa corrupción y...

—Y ya se está yendo por donde ha venido.

No pudo evitar soltar un suspiro de alivio al escuchar la voz de Maren.

—De eso nada —clamó al mismo tiempo una voz de ultratumba—. ¡Lo he llamado yo!

—¿Un exorcista, Mati? ¡En qué coño estabas pensando!

—Hay un portal en la habitación de al lado y no has hecho nada por remediarlo, así que, he contratado a alguien que lo haga —bufó la fantasma y volvió su espectral presencia hacia el Padre

Julius, quien, había que darle crédito, no se había inmutado lo más mínimo al encontrarse cara a cara con la fantasma—. Y menos mal que ha llegado, Padre.

—Señora Matilda, es un honor volver a estar ante usted.

Y aquello era lo último que podía esperar que sucediera.

El hombre se llevó la mano al corazón e inclinó la cabeza con absoluto respeto.

—¿Qué me he perdido? —preguntó a Maren, quien se había acercado al mostrador.

—Matilda es la fundadora de la orden.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos.

—Era exorcista en su vida pasada.

—Y una de las mejores —declaró esta, mirándoles por encima del hombro—. Cierra la boca, niña. No parezcas más tonta de lo que ya eres.

—A la bruja solo la insulto yo —rezongó Maren—. Y vete olvidando de exorcismos y demás historias. No quiero a otro imbécil echando abajo la casa. ¿Se te ha olvidado ya lo que pasó la última vez? ¡Estuvieron a punto de destruir el refugio!

—¡Eso fue porque intentaron exorcizarte a ti, pedazo de alcornoque! —reclamó la fantasma, llevándose las manos a las caderas—. ¿A quién se le ocurre quedarse dentro de la mansión cuando la están exorcizando?

—Se te olvidó el pequeño detalle de que no puedo abandonarla —siseó él.

La fantasma abrió la boca y volvió a cerrarla. Aunque el silencio le duró un segundo.

—Bueno, esta vez solo tiene que exorcizar una habitación —declaró, como si aquello fuese el fin del asunto—. Venga por aquí, Padre. Le enseñaré dónde está el portal.

—¡No hay ningún jodido portal!

Sin embargo, ni la fantasma ni el exorcista lo escucharon, ya que se dirigieron a las escaleras que llevaban al piso de arriba.

—Um, no es por meter el dedo en la llaga, pero... —Señaló a la pareja que desaparecía escaleras arriba—. ¿Siempre os habéis llevado tan bien?

Los ojos carmesíes del demonio cayeron sobre ella, entrecerró los ojos y siseó por lo bajo.

—Sí. Siempre —gruñó—. Y ahora, sal de ahí y échame una mano, Willa, porque de lo contrario, ni tú ni yo llegaremos al nonagésimo día de nuestro acuerdo.

Y aquello fue todo lo que necesitó para abandonar el mostrador y correr detrás de la pareja.

—¡Matilda, Padre Julius, alto en nombre... de quien sea!

—La van a liar. Ya lo estoy viendo.

Escuchó a Maren rezongar, mas él también la acompañó.

Las palabras del demonio acabaron por convertirse en realidad nada más dejar atrás el último escalón. Un grito de lamento resonó en la planta superior, acompañado de angustiosos sollozos. Y allí estaba Agnes, abrazada a la cintura del exorcista como si le fuese la vida en ello, con esos ojos llorosos y vestida como no la había visto hasta ahora; una lolita gótica.

—...culpable, soy tremendamente culpable...

—Ya, ya, hija mía...

—Solo anuncio desgracias, Padre —lloraba Agnes—. Toda la vida anunciando desgracias... Desgracia va... desgracia viene... ¡Ay, qué desgraciadita soy!

—Venga, venga...

—Tú estás viendo lo mismo que yo, ¿no? —murmuró Willa, volviéndose hacia Maren.

—*Desgraciadamente* —respondió, dedicándole un guiño.

Tardó todo un segundo en entender la referencia.

—*Ja-ja*. —Hizo una mueca y sacudió la cabeza—. Muy gracioso, jefe.

—Tengo mis momentos —aseguró, dejándola atrás para unirse a la escena.

—Eres una *banshee*, idiota —escuchó que rezongaba Matilda, quien ya estaba ante la puerta de la habitación vacía, con las manos en las caderas—. Lo tuyo es anunciar desgracias...

—¡Pero no me gustan! ¡Estoy sumida en una depresión perpetua! ¡Preferiría anunciar la Lotería!

—Entonces sí que ibas a deprimir a más de uno —bufó la fantasma con esa voz espectral.

Todavía estaba asimilando que Matilda hubiese sido en el pasado la fundadora de la orden de exorcistas a la que pertenecía el Padre Julius. ¿Cómo había acabado en San Bartolomé? ¿Y por qué seguía en este plano como espíritu?

Como si supiese que estaba pensando en ella, los ojos de ultratumba de la fantasma se posaron sobre ella y no pudo evitar que la recorriese un escalofrío de la cabeza a los pies.

—Tú, bruja, ¿dónde están las llaves de la habitación?

—No necesitas una llave para entrar, Mati —le recordó Maren incluso antes de que ella pudiese hacer algo.

—Yo no, pero vosotros sí, mendrugo —soltó la mujer—. Ahí dentro hay un portal.

—Ahí dentro no hay nada.

—¿Qué te apuestas a que sí lo hay?

—Mati, he abierto esa puerta mil veces, Willa ha limpiado la habitación en los últimos meses y nada ha intentado comérsela o poseerla —señaló Maren, haciéndola enarcar una ceja ante semejante respuesta.

—¿Perdona? Más les vale no intentarlo siquiera. Soy una bruja. Intentar poseerme a mí es una malísima idea...

—A mí me lo vas a decir —masculló por lo bajo.

—¿Aún no habéis follado? —La fantasma se llevó una mano al pecho como si le hubiese dado un ataque al corazón—. Almas de cántaro. ¿A qué esperáis? ¿A la boda?

—¿Va a haber una boda? —Agnes sorbió por la nariz y los miró a los dos como si acabasen de anunciarle una nueva tragedia—. ¿Por qué nadie me lo dijo? No queréis que vaya, es eso. Lo sé. Ay, qué penita tengo.

—¿Te vas a casar con ese demonio, hija? —se interesó el exorcista, quien seguía intentando despegar a la *banshee* de su cintura.

—Ni muerta... —respondió con menos convicción de la que debería haber expresado.

—Qué más quisiera ella —añadió al mismo tiempo Maren, con esa habitual ironía suya.

Habían contestado al mismo tiempo, por lo que acabaron por mirarse.

El silencio se instaló en el pasillo durante unos preciosos segundos.

—Sí, ya me parecía a mí —chasqueó Matilde, rompiendo el momento—. Estos dos están coladitos el uno por el otro, pero aún no se han dado ni cuenta.

—Los años no te han hecho más sabia, vieja, te han hecho más irritante —resopló Maren, avanzando a zancadas hacia la fantasma.

—Mira quién fue a hablar —chasqueó la espectral mujer y, acto seguido, hizo un gesto a la puerta—. Abre. Verás qué fiesta tiene montada ahí dentro.

—Yo no escucho nada —mencionó Willa, llevándose la mano al bolsillo del pantalón donde solía llevar siempre una llave maestra. No era la primera vez que alguien se quedaba encerrado en su habitación y tenía que abrirles.

—Pues deberías. Ya tienes un pie en la tumba, así que tus sentidos tendrían que ser mucho más afinados cuando se trata del otro lado —le soltó la mujer. Entonces llamó al Padre—. Julius. Tienes que expulsar a todos. No te dejes ni uno. ¡Con tanto ruido no hay quien duerma por las noches!

—Oh, entonces, ¿las voces venían de esa habitación? —Agnes recuperó la dignidad y abandonó la cintura del padre para ponerse de pie. Hoy estaba especialmente guapa, con ese atuendo—. ¿Y los lloros también? Pensé que Nix había vuelto a meter uno de sus tentáculos por el desagüe.

—¿Lloros? —preguntó Maren, mirando a la *banshee*.

—¡Aja! ¡Lo ves! ¡Ella también los oyó! —Se jactó el espectro y, sin perder un segundo, hizo una seña al exorcista—. Venga. A trabajar. Asegúrate de hacer el recuento antes para que no se quede ninguno.

—Pensé que el llanto era el de Nix, aunque... —Agnes se encogió un poco—. A veces parecía que lloraba una mujer y... ¡Te

juro que no era yo, Maren! ¡Yo conozco mi propio llanto!

Él se detuvo un segundo ante ella y le acarició el pelo. Fue solo un segundo, pero la expresión de la chica se suavizó.

—Willa, si ya has terminado de admirarme, ¿podrías abrir la puerta?

—Yo no te estaba... —Empezó a protestar solo para cerrar la boca al ver cómo sus labios intentaban mantenerse serios. La sonrisa estaba allí, una picaresca que hacía tiempo no veía en él. Sacudió la cabeza y se reunió con él junto a la puerta—. Tú y yo vamos a tener una charlita sobre quién admira realmente a quién, capullo.

Se limitó a hacerle un gesto a la puerta para que la abriese.

—Idiota... —farfulló ella para sus adentros, abrió la puerta y se quedó mirando una habitación completamente vacía—. Bueno, creo que queda claro que aquí no hay...

—Mierda.

—Te lo dije.

—Pues va a ser que sí hay un portal.

—¿Qué? —Se volvió hacia cada uno de ellos.

—Uy, sí. Es un portal —confirmó Agnes, asomándose desde el umbral—. ¿Quién lo ha convocado?

—Sé que yo no...

—Yo tampoco... —resopló Maren, llevándose las manos a las caderas.

—Tenéis un problema de tráfico bastante importante aquí, hijo.

—Lucrecia me va a crujir.

Willa no hacía más que mirar de uno a otro sin entender absolutamente nada, porque por más que miraba, no veía ni percibía absolutamente nada.

—Perdonad, ¿os estáis quedando conmigo? —inquirió un poco mosqueada.

Todos se volvieron hacia ella, Maren incluso entrecerró los ojos.

—¿No puedes verlo, brujita?

—¿Ver el qué? —Miró en torno a toda la habitación—. Aquí no hay nada.

—¿Estás seguro de que es una bruja? —El Padre Julius se fijó en ella con mayor atención.

—Segurísimo —confirmó Maren. Se reunió con ella y se inclinó hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura. Se la quedó mirando, escrutándola, como si buscase algo—. No es de las más competentes, pero tiene sangre de bruja corriendo por sus venas... entre otras cosas.

—Te estás pasando... —siseó.

Él parpadeó, sus ojos carmesíes parecieron refulgir. Un segundo después, sus labios volvían a curvarse.

—Luego puedes reñirme, ahora... permíteme. —Un segundo después, su boca estaba sobre la de ella. La lengua masculina atravesó sus labios cuando jadeó por pura sorpresa y cuando rozó la suya, notó cómo una descarga eléctrica se extendía por todo su cuerpo. El beso fue breve e intenso, tanto que cuando la abandonó se encontró necesitando apoyarse en él porque le daba todo vueltas —. Creo que ya estaría.

—¿Qué estaría? —susurró, lamiéndose los labios.

—*¡Oye, yo estaba primero...!*

—*¡Ponte a la cola como todos los demás!*

—*Ey, este no es el destino vacacional que nos prometieron.*

Willa parpadeó ante el incesante parloteo. No reconoció ninguna de aquellas voces, ni tampoco el murmullo que ahora le zumbaba en los oídos. Asomó la cabeza por el costado del demonio y se encontró con lo que parecía una apertura dimensional y una fila de figuras fantasmales de todas las tonalidades de gris y algunas otras un poco más... raras.

—¿Qué coño...? —jadeó, abriendo mucho los ojos, pues estaba viendo lo impensable.

—Has aprovechado para metérsela hasta la campanilla, ¿eh? —se carcajeaba Matilde.

—No seas vulgar, maestra —chasqueó el Padre Julius.

—Oh, eso ha sido... Muy bonito. —Agnes volvió a echarse a llorar.

Y Willa. Ella fue consciente de que ese maldito demonio acababa de besarla por segunda vez y lo había hecho delante de

todos. Se volvió como una flecha y lo apuntó con el dedo.

—Tú... Tú...

—Estaré encantado de repetir, pero fuera de horas de trabajo —le soltó él con su habitual desinterés—. Pues al final va a ser que sí había un portal...

—Te lo dije. —El espectro parecía más que satisfecha de tener la razón.

Volvió a mirar aquel corredor que parecía conectar esta habitación con otro lugar y se estremeció. Allí había cientos, si no miles, de espíritus.

—¿Quién...? —Se lamió los labios e hizo una pregunta más personal—. ¿Por qué demonios no podía percibir o ver nada de esto?

—Porque estás congelada. —La mano de Maren acabó sobre uno de sus hombros con suavidad—. Este lugar ha detenido tu vida a fin de poder preservarte y evitar que la maldición se te lleve antes de tiempo. Por eso hay cosas que... se te escapan.

—Oh.

Él asintió. Solo eso. Y fue suficiente. Ambos entendían lo que había detrás de esas palabras, todo lo que implicaba y no habían dicho, pues era algo que solo les competía a ellos.

—Maren, necesitaré tu permiso para poder llevar adelante las oraciones oportunas y dar así comienzo el exorcismo —anunció el padre Julius.

—Lo tienes —anunció y, sin otra palabra más, la empujó fuera de la habitación—. Ven. Mejor que estés fuera de la habitación mientras hacen la limpieza.

—Oh, hacía tiempo que quería hacer esto... —escuchó a Matilde a sus espaldas y echó un vistazo para verla remangarse sus fantasmales mangas con verdadero placer—. Bien, pupilo mío. Empecemos.

Su acompañante cerró la puerta antes de que pudiese ver lo que ocurría en su interior.

—Lo que van a hacer tocará a la puerta de la muerte —mencionó él ya en el pasillo—. No debes estar en el mismo lugar cuando esta abra. No es tu momento.

Se estremeció al pensar en ello.

—Sí. No tengo interés alguno en conocer a la Parca todavía.

—Me alegra oírlo —declaró él y, sin pensárselo dos veces, le envolvió los hombros con el brazo y la volvió, instándola a caminar de nuevo hacia las escaleras—. Por cierto, brujita. Sabes muy bien.

Willa ladeó la cabeza y lo miró.

—No empieces.

Maren se echó a reír, una risa sincera, que acabó contagiándola y poniendo en sus labios una amable sonrisa.

CAPÍTULO 8: CUANDO SE TERMINAN LOS TRATOS

Era una gran ironía que fuese a morir el mismo día en el que debería haber sido libre.

Tres meses. Noventa días. Hoy se terminaba el plazo del contrato con el Maestro Demonio al que había convocado, pero no estaba segura de si llegara a ver la luz de un nuevo día. Si la maldición no la había matado, era muy posible que fuese a hacerlo la mona capuchina que la miraba con cara de pocos amigos desde el mostrador de la recepción.

La cadena de acontecimientos había sido algo similar a la procesión de un funeral.

Primero un chillido procedente de la oficina de Lucrecia. Todo el mundo se quedó completamente inmóvil, antes de echar a correr como si le fuese la vida en ello. Jamás había visto a Boris desaparecer tan rápido. La bronca que le había estado echando, por enésima vez, porque Coma se había comido las macetas de sus geranios, quedó interrumpida por aquel grito.

Incluso su conejo mutante se había escondido como un rayo debajo de su mesa, haciéndose tan pequeño como le permitía su cuerpecito peludo.

Escuchó el sonido de la puerta abriéndose de golpe y a continuación los pasitos de la mona.

Si no fuese una psicópata de manual con tendencia a despellejar gente, le habría parecido mona la manera en la que venía caminando sobre sus patitas traseras, con esas diminutas gafas sobre el rostro y un papel entre las manos.

No le pareció mona, le pareció la mismísima llegada de uno de los jinetes del Apocalipsis.

Un salto. Fue todo lo que necesitó para tenerla cerca de su cara.

Lucrecia ni siquiera necesitaba hablar, su rostro peludo y esos ojos dorados eran lo bastante expresivos como para comprenderla sin necesidad de palabras.

—¿Qué he hecho? —La frase emergió de sus labios con cierto tono de fatalidad. No tenía la menor idea de qué flagrante delito podría haber cometido para que la administradora del refugio se presentase ante ella con semejante actitud.

La hoja que traía consigo acabó sobre el mostrador y señaló una línea con una de sus manitas.

Sus ojos se dirigieron de inmediato al documento, leyó la cabecera, identificándolo de inmediato como uno de los impresos que tanto le gustaban a la capuchina, y continuó bajando hasta donde tenía la mano.

—*Um...* Esa es la cantidad total de este último trimestre —murmuró, levantando la cabeza poco a poco para encontrarse con el ceño fruncido de la monita—. Alguien se vino un poquito arriba con... los pedidos de carne.

—¿*Quién?*

Escuchar su voz era casi más impactante que advertir su presencia.

Lucrecia no hablaba mucho, pero cuando lo hacía... ¡Sálvese quien pueda!

—Maren... —Willa fue bajando la voz casi sin darse cuenta—. Creo que... el pedido era para Eusi...

La mona se transformó en un milisegundo. Sus ojos adquirieron un brillo asesino, emitió un chillido animal y, girando sobre sus patitas, le dio la espalda antes de saltar al suelo.

—*Voy. A matar. A ese. Demonio.*

Un nuevo escalofrío le bajó por la columna al escuchar la aguda vocecilla, pero apenas tuvo tiempo de procesar sus palabras cuando la mona desapareció a la velocidad de la luz.

—No me pagan lo suficiente para llevarme estos sustos —murmuró para sí, llevándose la mano sobre el corazón. Le latía a

toda velocidad, como si acabase de estar cara a cara con la mismísima muerte—. Por Dios. Maren está perdido.

«Chiiiiiiiiii».

El chirrido del *comacodrejo* desde debajo de la mesa hizo que lo mirase. El animalito estaba moviendo la naricilla, olisqueando el aire, como si quisiera asegurarse de que la amenaza ya no estaba.

—Ya se ha ido Coma.

Si no lo creyese imposible, diría que el bicho incluso suspiró de alivio antes de dar un salto con esas enormes patas suyas y pegarse a sus piernas.

—Tengo que encontrar a Maren antes de que lo haga su familiar —resopló, inclinándose para rascarle entre las orejas—. O esa mona loca es capaz de matarle antes de que pueda liberarme de la maldición.

Antes de que ambos pudiesen quedar libres de sus respectivas prisiones.

—¿Esa era Lucrecia?

Willa se incorporó. El doctor Graves estaba en medio del hall, con su bata blanca y el estetoscopio en torno al cuello.

—La misma —confirmó, saliendo de detrás del mostrador—. Maren está en serios problemas.

—¿Cuándo no lo está, querida? —chasqueó el médico—. Ese demonio vive en una perpetua cuerda floja... Aunque parece que pronto la abandonará.

Se miraron. No estaba segura de si lo decía por la cuenta regresiva que siempre había contado para los dos o porque, si la mona daba con él, lo mataría.

—Esperemos que no la abandone a causa del cabreo monumental de una mona asesina —musitó ella, haciendo una mueca—. Yo... voy a ver si lo encuentro antes.

—Estuvo en mi consulta hace un rato —le informó al tiempo que señalaba con un dedo hacia el techo—. Vera vino a buscarle. Nix ha vuelto a inundar el pasillo de la primera planta.

—Lo sorprendente sería que no lo hiciese una vez a la semana, Doc —aseguró, abandonando la recepción para dirigirse a las escaleras que llevaban al primer piso—. Coma está detrás del

mostrador, ¿puedes echarle un vistazo para que no se zampe lo que no debe?

—Siempre he querido hacerle de niñera a una bestezuela sobrenatural... —respondió con goteante ironía, pero Willa lo tomó como un «sí».

—Solo no dejes que se coma el papel, le sienta fatal —añadió antes de desaparecer escaleras arriba.

Subió con rapidez, aferrándose al pasamanos para no caerse. Al menos ahora ya conseguía llegar arriba en una breve carrera sin dejarse los pulmones. Parecía que el trabajo no solo la había mantenido entretenida, sino que también la había puesto en forma.

Las voces llegaron a sus oídos incluso antes de que llegase al descansillo. Giró a la derecha y encontró el armario de la limpieza abierto. No muy lejos de allí, se oían un inconfundible chapoteo y el tono rezongón de Nix.

—Es injusto. Todo el mundo me acusa, me señalan como si yo fuese la peor plaga que había podido pasarle a San Bartolomé. Estoy hartos —resoplaba el chico—. Me voy a marchar. Ya lo verás. Y a ver a quién culpáis cuando ya no esté. Entonces veréis que yo tenía razón, que no era culpa mía...

—Nix, cielo. Había uno de tus tentáculos obstruyendo el desagüe. —La voz de Vera era suave, conciliadora.

—¡Fue un accidente! —se justificó el chico—. Os creéis que lo hago a propósito.

—No, no creemos que lo hagas a propósito —le aseguró la cambiante.

—Maren sí lo cree... ¡Lo dijo!

—*Um...* No dijo exactamente eso.

—Sí que lo hizo.

—No.

—¡Me odia!

—Que no te odia, Nix.

—Quiere más a Willa que a mí.

Y, con esa última frase, ella fue la que terminó frente a ellos, convirtiendo el momento de su aparición en algo tan fortuito como incómodo.

—¿Ves? Ya la he cagado otra vez —gimoteó el kraken adolescente, alzó las manos, dio media vuelta y se metió en su habitación. Lo próximo que oyó fue un chapoteo.

—Momento de drama. Lo pillo —aseguró, mirando a Vera, antes de que ella pudiese abrir la boca—. Vykto me informó que Maren estaba por aquí, ¿dónde...?

La cambiante de pelo rosa negó con la cabeza.

—Se fue hace un momento. —Señaló hacia el final del corredor—. Matilda lo llamó por no sé qué cosa de la orden de exorcistas. Tiene que estar en su habitación.

Siguió su dirección con la mirada y dejó escapar un suspiro.

—¿Qué ha pasado? Escuchamos a Lucrecia gritar... —Se estremeció y, un segundo después, donde había una humana, había una pequeña pantera... de color rosa—. Me da mucho miedo...

—No te preocupes. Es a Maren a quien quiere hacer pedacitos.

—Ay, Dios.

—Sí, eso mismo —suspiró e hizo un gesto hacia el final del pasillo—. Voy a ver si lo encuentro antes de que nos deje sin conserje.

Recorrió todo el corredor, dirigiéndose al otro lado de la planta en el que se encontraba la habitación de la bruja espectral. Encontró la puerta abierta, pero ni rastro de ninguno de los dos.

—¿Hola? ¿Matilde? ¿Maren? —llamó desde el pasillo. Ni loca volvía a meterse ahí dentro, no después de lo del portal.

—¿Qué coño le habéis hecho a Lucrecia? Acabo de cruzármela y está que escupe fuego por la boca. —La voz de ultratumba del espectro siempre le ponía los pelos de punta. Se dio la vuelta y allí estaba, al otro lado del corredor, en compañía de Agnes—. El demonio imbécil no está aquí, como puedes ver. Hoy parece tener un cohete en el culo, porque va de aquí para allá como si quisiera asegurarse de que la mansión no se hace pedacitos.

—Yo lo vi bajar. Iba a hablar con Boris sobre las nuevas plantas carnívoras que acaba de traer —mencionó Agnes, totalmente compungida—. Intentaron arrancarle un dedo... ¡Un dedo! ¿Y qué va a hacer Maren sin un dedo? Es una desgracia, una enorme desgracia...

—Boris.

—Sí, ya sabes. El licántropo gruñón con alma de jardinero —chasqueó Matilda—. Cualquier día, las plantas lo entierran a él. Quédate con lo que te digo.

—Dadas las cosas que suelen darse en San Bartolomé, no me sorprendería lo más mínimo, en verdad —admitió y, una vez más, salió en busca del demonio—. Tengo que encontrarlo antes de que Lucrecia decida que es una buena idea cargárselo.

—¿A Boris? Déjala, por Dios —clamó Matilda con una carcajada—. Será un alivio para todos en esta casa.

—A Maren —la corrigió.

—¿Qué ha hecho esta vez ese demonio idiota?

—Al parecer, pasarse en el presupuesto de la carne para Eusi.

—Ay, qué desgracia, qué desgracia...

—Sí. Lo será si no llego a Maren antes que esa mona psicótica.

—Le encantará que su chica esté tan preocupada por sus huesos. —Se carcajeó la fantasma—. Vete. Lucrecia cabreada es algo que ni yo aguantaría.

Aquello empezaba ya a parecerse a una absurda yincana, pensó Willa mientras volvía al piso de abajo y salía al jardín. Las flores que había creado ladraron a su paso, incluso le lanzaron una dentellada. Desde luego, eran unas desagradecidas. Las esquivó con rapidez y continuó hasta la fuente, para encontrarse finalmente con el hombre que estaba buscando en compañía del jardinero.

—Menos mal que te encuentro...

—¿Qué pasa, brujita? ¿Me echabas de menos? —Maren sonrió de esa manera tan suya.

Un ligero cosquilleo la invadió ante esa sonrisa. Últimamente le gustaba demasiado verla, no solo eso, acababa sonriendo también. Aquel maldito beso tenía mucho que ver, al igual que la particular tregua que parecía haberse instalado entre ellos.

Oh, todavía se lanzaban pullas y alguna que otra amenaza, pero tenía que admitir que ese último mes había disfrutado de la compañía de Maren. Habían hablado. Mucho. Lo cual era en sí mismo una novedad.

—Lucrecia quiere tu cabeza —le informó. Tenía que espabilarse. El quedársele mirando como si fuese un delicioso helado no le servía para nada.

—Te lo dije —resopló Boris, apuntando al demonio con el dedo—. El ángel estaba demasiado ocupado ayudando a Oliver con esas nuevas almas. A quien se le cuente. Un recolector despedido del infierno reconvertido en psicólogo de almas.

Sonrió para sí. Lo cierto es que Oliver parecía mucho más feliz y contento al tener la oportunidad de hacer lo que nacía de él; ayudar a las almas, en vez de mandarlas al infierno. Cuando le habló sobre su proyecto un mes atrás, estaba tan ilusionado que se alegró infinitamente por él. Además, aquello era la excusa perfecta para mantener también a Ezrael entretenido. El caído tenía muy buen fondo, intentaba ayudar en todo lo que podía, pero su necesidad de llevar todo a la perfección había puesto en peligro sus alas más de una vez. No había un solo habitante del refugio que no hubiese amenazado con desplumarlo.

Al menos había aprendido la lección con Lucrecia, ya que no se había asomado a su despacho ni para saludar.

Maren dejó escapar un largo resoplido y se reunió con ella junto al macizo de margaritas que, gracias a Dios, volvía a crecer sano y fuerte. Tendría que mantener a Coma lejos de ellas o se desataría una nueva guerra entre el viejo licántropo y el *comacodrejo*.

—¿Por qué ha sido esta vez? —preguntó, hundiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Últimamente había dejado de lado el cuero, aunque no su aspecto gótico. Eso sí, al menos llevaba camiseta.

—La factura trimestral de la comida destinada a Eusi —le dijo y lo vio hacer una mueca.

—Mierda. Se me olvidó abonar mi parte.

—¿Tu parte?

—Los gastos de Eusebio salen de mi bolsillo. —Se encogió de hombros como si aquello fuese lo más natural del mundo—. No te haces una idea de lo caro que sale alimentar a un dragón.

—Me lo puedo imaginar dado su tamaño —replicó, no sin cierta ironía—. Como sea. Lucrecia está muy cabreada. *Habló*, Maren. Me habló.

Él enarcó una ceja.

—¿Y? Yo tengo que oír sus discursos y broncas cada dos por tres —aseguró.

—Es que conmigo no habla. Nunca. Ni con la mayoría, según entiendo, porque cada vez que lo hace... todos desaparecen.

—En eso tiene razón la bruja —escuchó que confirmaba Boris, al otro lado del jardín—. Nadie quiere estar delante de Lucrecia cuando empieza a hablar. Da miedo.

—Si no levanta dos palmos del suelo...

—¡Maren!

Los tres saltaron como si les hubiesen soltado un petardazo justo al lado al escuchar aquella aguda y chillona voz.

Fue como una película de terror. La monita apareció entre la niebla morada, como una figura que va emergiendo y, finalmente, allí estaba. Llevaba una especie de bloc entre las manitas y, caminando sobre sus dos patas traseras, avanzó hasta detenerse delante del demonio.

Todo el mundo contuvo la respiración. O al menos Boris y ella lo hicieron, de eso no le cabía la menor duda.

La capuchina extendió el objeto hacia el demonio y, solo entonces se dio cuenta de que se trataba de un talonario.

—Firma. Ya.

—No me dejas pasar ni una, ¿eh? —resopló el demonio. Cogió el talonario, lo abrió e hizo una mueca—. Esto es mucho más de lo que debo.

—Intereses —dijo seca y precisa.

Los dos se miraron unos segundos, casi como si midiesen fuerzas.

—No hay quien te aguante —refunfuñó, a lo que la mona respondió con un pequeño sonidito ininteligible, pero fue suficiente para que el demonio manifestase una pluma y firmase el cheque antes de devolvérselo a la administradora del refugio.

Lucrecia confirmó que todo estuviese correcto antes de girarse ahora hacia ella y mirarla de la cabeza a los pies. Sus ojillos dorados se encontraron con los de ella durante unos segundos y resopló. No dijo nada, no le dedicó ningún gesto, se dio media vuelta y se fue como si no hubiese pasado absolutamente nada, contoneándose con rapidez.

—*Um*, ¿por qué tengo la sensación de que acaba de pasar algo? —murmuró, mirando al demonio.

—Le sorprende que hayas sobrevivido los tres meses de nuestro acuerdo —aseguró, sus ojos carmesíes recorrieron sus alrededores con lentitud—. Este es el nonagésimo día. En cuanto se ponga el sol... serás libre, Wilhelmina.

Era extraño escuchar su nombre completo en boca de ese hombre, pues cuando lo utilizaba, parecía hacerlo con solemnidad. Como si la respetase.

—Estarás deseando volver a casa, ¿no? —Su mirada cayó ahora sobre ella, con esa conocida intensidad.

¿Lo estaba? Hacía tan solo unos meses hubiese dado lo que fuera por escapar de aquí, por liberarse de su maldición y olvidarse para siempre del demonio que la había causado. Ahora, sin embargo, después de todo lo ocurrido, todo lo que quería era decirles a los suyos que seguía viva, que el horror había terminado... Y que no había sido un maestro demonio el que la había lanzado, sino su propia tatarabuela.

Sí. Sería interesante ver la cara que se le quedaba no solo a su padre y a sus hermanos cuando la viesen cruzar la puerta después de su veintisiete cumpleaños. Y hacerlo por su propio pie, respirando todavía... A su madrastra sin duda le daría un infarto.

La idea la hizo sonreír.

—No sé qué te diga. La última vez que estuve en ella había dejado un círculo de invocación en el suelo del salón —le recordó.

Maren se echó a reír.

—Cómo olvidar semejante obra de arte —replicó burlón.

Correspondió a su risa con una sonrisa propia.

—Tengo que volver. —Y ahí radicaba todo. No era un deseo, sino una obligación, la necesidad de cerrar un círculo—. Solo creerán

que la maldición al fin ha desaparecido cuando me vean cruzar el umbral el día de mi veintisiete cumpleaños. Además, alguien tiene que bajar a mi tatarabuela de una patada de su pedestal. Te lo debo.

Negó con la cabeza.

—No me debes nada, Willa. No fuiste tú quien me encerró.

Pero iba a ser la que lo liberase. Cuando el sol al fin se pusiese, la última piedra del maleficio caería y entonces... ambos serían realmente libres.

—No, no lo hice. Sin embargo, mi familia, toda ella, te debe una enorme disculpa, Maren —aseguró, acortando la distancia entre ellos—. Te deben reparación. Y, dado que soy la única que queda con algo de sentido común en mi linaje, permíteme que sea yo la que te pida perdón en nombre de todos ellos. Puede que ahora mismo solo tenga esa palabra para darte, pero te prometo que pronto tendré algo más.

—No tengo nada que perdonarte, brujita, aunque sí mucho que agradecer —la sorprendió con esa admisión—. Gracias por cuidar el refugio y a sus habitantes como lo has hecho estos tres meses.

Se encogió de hombros.

—Alguien tenía que hacerlo, dado que te pasabas la mayor parte del tiempo en el sótano.

Dejó escapar un nuevo bufido de risa y asintió.

—Te lo concedo.

—Oh, Dios. El todopoderoso conserje del refugio San Bartolomé concediéndome algo —se llevó la mano al pecho con fingido asombro y, acto seguido, le guiñó el ojo—. Creo que yo también querré que me firmes eso, solo para que luego no puedas desdecirte.

—Eres una bruja —chasqueó él, parecía genuinamente divertido.

—Lo soy —asintió manteniendo la sonrisa—. Soy tu bruja. La única que no ha caído rendida a tus pies.

—No sé, Willa, todavía quedan unas horas hasta la puesta de sol —aseguró dando un paso hacia ella, acortando la distancia—. Y

no te haces una idea de la clase de cosas que puedo hacer en ese lapso de tiempo.

—¿Arreglar tuberías?

—No estaba pensando en eso. —Le pellizcó la barbilla con los dedos y le levantó el rostro hacia él—. De hecho...

—¡Maren! ¡Maren, ven! ¡Nix ha vuelto a meter los tentáculos en el conducto del aire!

Los ojos del demonio refulgieron, sus dedos se apretaron sobre su piel antes de dejarla ir.

—Voy a derribar yo mismo esta jodida casa, te lo juro.

Willa rompió a reír, a reír de verdad. Por primera vez en los últimos tres meses sentía que la vida no se terminaría mañana, que podía disfrutar de cada uno de sus días haciendo algo más que maldecir su destino.

—¡Maren! ¡Date prisa!

—Pase lo que pase, espero que esto nunca cambie —se rio ella—. Ojalá hubiese más gente en el mundo como tú, Marenkinis.

—¿Atrapada entre los muros de una mansión?

—No, Maren —chasqueó ella y señaló dicha casa—. Alguien que, a pesar de sus propios problemas, siempre está dispuesto a arreglar los de los demás.

La brisa eligió ese momento para agitar las flores y acariciarles el pelo, haciendo que ese breve instante de silencio pareciese convertirse en un momento suspendido en el tiempo.

—Nunca pensé que diría esto, pero... voy a extrañarte, brujita —murmuró, la contempló unos segundos más y, sin otra palabra, dio media vuelta y se dirigió hacia la casa.

—Yo también, demonio —susurró para sí, mientras lo veía alejarse—. Yo también.

EPÍLOGO

—Sigues aquí.

Maren levantó la cabeza y se encontró con los sagaces ojos de Lucrecia clavados en él.

Esa criatura era capaz de leerle la cartilla sin abrir la boca, su expresión lo decía todo y, en esos momentos, dejaba claro que esperaba que estuviese lejos de allí y no sentado tras su escritorio, intentando ensamblar de nuevo la radio de las cocineras.

—¿Dónde esperabas que estuviese? ¿En el sótano? —Dejó escapar un pequeño resoplido—. Me habéis jodido incluso mi lugar de retiro.

La monita entró caminando sobre sus dos patas traseras, se subió a la mesa de un salto y se llevó sus manitas a las caderas mientras agitaba la cola como un látigo.

—Deja eso ahora mismo y vete.

—¿Ahora también vas a apropiarte de la conserjería?

Su familiar siseó, enseñándole esos dienteitos afilados.

—La bruja era bastante tonta, pero tú le ganas, Maren —aseguró con esa voz fina y aguada—. Ve a buscarla. Este lugar es un desastre. Tú eres un desastre. ¡Y a mí se me está acabando la paciencia!

Dejó las herramientas a un lado y al otro las piezas del aparato.

—Willa ha vuelto a casa —le recordó con paciencia—. Su presencia aquí iba a ser temporal. Lo sabías cuando nos convocó.

—Lo único que sé es que no es tan inepta como parecía al hacer aquella convocatoria —declaró Lucrecia—. Ve a buscarla. Si vuelvo a ver a ese *comacodrejo* en mi oficina intentando comerse la grapadora... ¡El bicho terminará en la cazuela! Se hizo responsable

de esa cosa, así que ahora no puede largarse y abandonarla así como así.

Vio cómo se subía las diminutas gafas y levantaba ligeramente la cabeza, adquiriendo una pose de jefa final total.

—El refugio San Bartolomé necesita a su bruja... y tú también —sentenció—. Mueve el culo y sal ahí fuera. Llevas quinientos años aquí encerrado, ya es hora de que te dé el aire de verdad. Y no se te ocurra volver si no es con ella.

Con esa última advertencia, movió sus deditos entre sus ojos y los de él, para luego saltar al suelo e irse caminando sobre sus patitas traseras.

—Dominado por una mona. ¡A dónde vamos a llegar! —Sin embargo, sonrió, miró a su alrededor y se levantó, sabiendo que había pospuesto el tiempo suficiente el dar ese paso.

No quería admitirlo, pero había estado retrasando este momento a propósito. Había buscado excusas y se había aferrado a ellas para impedirse a sí mismo dar aquel paso. Porque una vez que saliese de este lugar, todo cambiaría.

Había pasado los últimos cinco siglos atado a este lugar, construyendo San Bartolomé piedra a piedra, y ahora tenía miedo de abandonarlo. No por lo que podría pasarle a la mansión, ni siquiera a sus habitantes, todos ellos eran capaces de guardar el frente durante un tiempo, era por sí mismo, por temor a lo que pudiese encontrarse fuera de este capullo de seguridad.

La humanidad que él había conocido ya no existía, el tiempo había avanzado mientras él permanecía aquí anclado. Sí, había visto cada uno de los cambios del mundo, asimilándolos, adaptándose a ellos, pero sin formar parte de ellos.

Y ahora que sus cadenas ya no estaban, que podía cruzar el umbral más allá del jardín, temía hacerlo.

«El refugio San Bartolomé necesita a su bruja... y tú también».

¿Realmente la necesitaba?

La había necesitado para romper la maldición y liberarle de este encierro. Ese fue el motivo de que le permitiese arrastrar a Lucrecia a su círculo, por el que acudió a su llamada. Quería utilizarla y, de algún modo, acabar con este infierno. No pensó en

que la última descendiente de Lyria fuese como Willa, una bruja capaz de enfrentarse a él en un momento y ayudarle a mantener el equilibrio en el refugio al siguiente. Ella no era como su antepasada, no se parecían en nada y ese había sido el motivo de que despertase su interés.

Se lamió los labios y tragó al recordar su sabor, uno que llevaba grabado a fuego en su mente y en su alma. No se lo podía quitar de la cabeza, era como si ella lo hubiese embrujado de alguna manera y le fuese cada vez más difícil pensar en un futuro en el que la brujita no estuviese a su lado.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Necesito verla... —admitió para sí. Aunque fuese a distancia, aunque no pudiese intercambiar más pullas con ella o hablarle, necesitaba verla aunque fuese una última vez.

Se vistió con un solo pensamiento, dejando atrás el atuendo con el que solía vestirse en el refugio y adoptando una apariencia más humana. Hacía demasiado tiempo que no visitaba el mundo de los humanos y no quería desentonar. Un parpadeo después apareció ante el umbral que marcaba los límites del refugio, uno que jamás había podido cruzar... hasta entonces.

No dudó. No pensó. Dio un paso adelante y atravesó esa neblina morada que lo envolvía todo en aquella dimensión. Cuando salió al otro lado, una suave y aromática brisa lo envolvió. Sus oídos captaron de inmediato el sonido de voces, risas infantiles, el ladrido de un perro, el lejano rugido de los coches... Estaba fuera de su prisión.

Se quedó totalmente inmóvil, absorbiéndolo todo, intentando no retroceder a causa de la impresión. Era como ser bombardeado por demasiados estímulos. El cielo era demasiado azul, el mundo muy brillante y ruidoso, incluso el aire tenía otro aroma y acostumbrarse a ello le iba a llevar algo de tiempo.

Maren se permitió disfrutar por primera vez en cinco siglos de su libertad. Visitó ciudades, pueblos, caminó por la orilla del mar y volvió a recordar a qué sabía en realidad la comida de los humanos. Escuchó música callejera, sonrió al ver jugar a unos niños, incluso se

rio cuando un perro entusiasmado se puso a ladrar en torno a él, mientras sus dueños se deshacían en disculpas.

Durante unas horas absorbió la luz del sol, se llenó los pulmones de aire y dejó que aquella ansiada libertad corriese de nuevo por sus venas, recordándose a sí mismo que también estaba vivo.

El sol empezaba a caer sobre el horizonte cuando llegó al pequeño pueblo en el que residía Willa. No necesitaba una dirección, solo tenía que seguir su sangre para llegar a ella y eso fue lo que hizo.

—...no sé de dónde sacas tanta energía, hace menos de medio año prácticamente te agotaba ir de una punta a otra de la casa... — escuchó una voz femenina, algo rasgada, a través de las ventanas abiertas de una casa de planta baja, con un pequeño jardín frontal y un cierre de madera con una portezuela.

—Hace medio año me estaba muriendo, Elena. —Maren sonrió para sí al reconocer el tono sarcástico y el pellizco irritado en aquella segunda voz femenina—. Disculpa si lo último que me apetecía era correr una maratón.

—No hablemos del pasado. Lo importante es el aquí y el ahora, el que tú, hija mía, estés sana y viva. —Una tercera voz, esta algo gruesa y muy masculina, se unió a la conversación—. Ese es un milagro que hay que celebrar.

—Bastante celebración les dio ya a los del consejo de brujos, querido —chasqueó la mujer—. Me imagino que todavía estarán escupiendo sapos y culebras después de todo lo que nuestra Willa les contó.

—No dije nada más que la verdad.

—Una verdad que te contó un demonio.

—Una verdad que vive en mi sangre, que se muestra en mi piel y ha roto una maldición que ha hecho presa de las brujas de mi linaje desde hace cinco siglos. —Alguien estaba bastante cabreada en aquellos momentos. Sonrió para sí ante la fiera defensa de su brujita y empezó a rodear la cerca para dirigirse a la portezuela—. Mi tatarabuela fue la causante de ese cruel maleficio y aquel al que siempre hemos culpado, el único que me ha devuelto la vida y

acabado con semejante tortura. Me da lo mismo que lo creas o no, Elena, solo piensa que si en el futuro tú o los trillizos tenéis descendencia femenina, no tendréis que preocuparos por que se mueran antes de cumplir los veintisiete.

Un portazo reverberó en el interior de la casa.

—Willa, ¿a dónde vas?

—A casa. —Su voz se proyectó todavía más cuando la puerta principal se abrió y su pequeña bruja apareció llenando el umbral—. Vuelvo... a casa.

Las últimas palabras se vieron espaciadas por la sorpresa que se reflejó en su rostro en el momento en que lo vio.

—Maren... —Sus ojos se abrieron cada vez más. Lo recorrió con la mirada, como si no pudiese creerse que estuviese allí, ante ella—. ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

Las bisagras gruñeron cuando abrió la portezuela y entró al camino principal que llevaba hacia ella.

—Pasaba por el pueblo y se me ocurrió comprobar una cosa —respondió caminando hacia ella.

—¿El qué? —Willa dejó atrás el umbral y avanzó también hacia él. Ambos se encontraron a la mitad del camino.

—Si el mundo seguía siendo un desastre fuera de San Bartolomé —confesó, recorriéndola lentamente con la mirada. Se la veía distinta. No solo ya no había manchas en su piel, sino que esta se veía más lozana, más viva... igual que ella.

—¿Y lo es?

—Sigue siendo igual de ruidoso y agobiante, pero también tiene su encanto —declaró—. Además, posee algo que no tiene San Bartolomé.

Ella frunció el ceño.

—¿El qué?

—A ti, brujita. —Llevó la mano al rostro femenino y se lo acarició, disfrutando de nuevo de su tacto, de su aroma, de tenerla cerca—. Te tiene a ti.

La sonrisa que empezó a curvarle los labios lo llevó a sonreír también.

—¿Has ensayado lo que ibas a decirme cuando me encontrases o te ha salido así de natural?

Él bufó, aunque no por ello perdió la sonrisa.

—¿Quieres la verdad?

—Siempre, Maren.

—San Bartolomé te necesita —le soltó a bocajarro—. Todo está patas arriba desde que te fuiste. Oliver se ha deprimido, ese ángel estúpido nos sigue sacando de quicio, Nix corre el riesgo de quedarse sin tentáculos, Agnes está más negativa que nunca, incluso Boris se ha enfadado con sus plantas...

—¿Y tú? —La interrumpió ella.

—Yo te echo de menos, Willa. Me he acostumbrado a tenerte a mi alrededor, a que me des la lata y resuelvas aquello que yo no puedo resolver. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Sé que no tengo derecho a pedirte, aun así... ¿Podrías considerar el volver al refugio conmigo?

—Tienes suerte, demonio, porque estaba a punto de volver a casa... —afirmó, cogiéndole la cara entre las manos para acercarla más a ella—. Sí, Maren, creo que volveré al refugio contigo, pero con una condición.

—¿Cuál? —Se lamió los labios. Esa dulce boca nunca le pareció tan tentadora como en ese momento.

—Quema ese maldito uniforme.

Él se rio y, cuando le respondió, lo hizo muy cerca de su boca.

—Trato hecho, *brujita*. Trato hecho.

Y sin más, la besó como llevaba deseando hacerlo desde el día en que la conoció.